

GALVÁN, MANUEL DE JESÚS (1834-1910)

ENRIQUILLO

Esta leyenda histórica de Manuel de Jesús Galvan fue publicada en 1882.
Ambientada en el período colonial, se centra en el protagonismo del cacique quisqueyano
y en las descripciones con el pintoresquismo del color local.
Aquí se presenta la obra:

PRIMERA PARTE

- I - Incertidumbre
- II - Separación
- III - Lobo y Oveja
- IV - Averiguación
- V - Sinceridad
- VI - El Viaje
- VII - La Denuncia
- VIII - Exploración
- IX - La Persecución
- X - Contraste
- XI - El Consejo
- XII - Persuasión
- XIII - Desencanto
- XIV - Un Héroe
- XV - Consuelo
- XVI - El Socorro
- XVII - La Promesa
- XVIII - El Pronóstico
- XIX - Salvamento
- XX - Astros en el Ocaso
- XXI - El Convento
- XXII - Causa de Odio
- XXIII - Reclamación
- XXIV - El Encuentro
- XXV - La Demanda
- XXVI - Apogeo
- XXVII - Derechos Hereditarios
- XXVIII - Mutación
- XXIX - Informes Personales

XXX - Efecto Inesperado
XXXI - Impresiones Diversas
XXXII - Lucha Suprema

SEGUNDA PARTE

I - Alianza Ofensiva
II - Ansiedad
III - Presentación
IV - El Billete
V - El Consejero
VI - Alarma
VII - La Sospecha
VIII - El Aviso
IX - Nube de Verano

I

INCERTIDUMBRE

El nombre de Jaragua brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellissimo valle de Tempé, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la Naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación y poblaría de quimeras deslumbradoras. Como ellas, el reino indio de Jaragua aparece, ante los modernos argonautas que iban a conquistarlo, bajo el aspecto de una región maravillosa, rica y feliz. Regido por una soberana hermosa y amable; habitada por una raza benigna, de entendimiento despejado, de gentiles formas físicas; su civilización rudimentaria, por la inocencia de las costumbres, por el buen gusto de sus sencillos atavíos, por la graciosa disposición de sus fiestas y ceremonias, y, más que todo, por la expansión generosa de su hospitalidad, bien podría compararse ventajosamente con esa otra civilización que los conquistadores, cubiertos de hierro, llevaban en las puntas de sus lanzas, en los cascos de sus caballos, y en los colmillos de sus perros de presa.

Y en efecto, la conquista, poniendo un horrible borrón por punto final a la poética existencia del reino de Jaragua, ha rodeado este nombre de otra especie de aureola siniestra, color de sangre y fuego,—algo parecido a los reflejos del carbunclo. Cuando se pregunta cómo concluyeron aquella dicha, aquella paz, aquel paraíso de mansedumbre y de candor; qué fue de aquel régimen patriarcal, de aquella reina adorada de sus súbditos, de aquella mujer extraordinaria, tesoro de hermosura y de gracias, la historia responde con un eco lúgubre, con una relación espantosa, a todas esas preguntas. Perecieron en aciago día, miserablemente abrasados entre las llamas, o al filo de implacables aceros, más de ochenta caciques, los nobles jefes que en las grandes solemnidades asistían al pie

del rústico solio de Anacaona; y más tarde ella misma, la encantadora y benéfica reina, después de un proceso inverosímil, absurdo, muere trágicamente en horca infame. A tales extremos puede conducir el fanatismo servido por eso que impropiamente se llama razón de Estado.

Los sucesos cuya narración va a llenar las hojas de este pobre libro tienen su origen y raíz en la espantosa tragedia de Jaragua. Fuerza nos es fijar la consideración en la poco simpática figura del adusto comendador Frey Nicolás de Ovando, autor de la referida catástrofe. En su calidad de gobernador de la Isla Española, investido con la absoluta confianza de los Reyes Católicos, y depositario de extensísimas facultades sobre los países que acababa de descubrir el genio fecundo de Colón, los actos de su iniciativa, si bien atemperados siempre a la despiadada rigidez de sus principios de gobierno, están íntimamente enlazados con el génesis de la civilización del Nuevo Mundo, en la que entró por mucho el punto de partida trazado por Ovando como administrador del primer establecimiento colonial europeo en América, y bajo cuyo dilatado gobierno adquirió Santo Domingo, aunque transitoriamente, el rango de metrópoli de las ulteriores fundaciones y conquistas de los españoles.

Contemplemos a ese hombre de hierro después de su feroz hazaña, perpetrada en los indefensos y descuidados caciques de Jaragua. Veinte días han transcurrido desde aquella horrible ejecución. El sanguinario comendador, como si la enormidad del crimen hubiera fatigado su energía, y necesitara reponerse en la inercia, permanecía entregado a una aparente irresolución, impropia de su carácter activo. Tal vez los remordimientos punzaban sordamente su conciencia; pero él explicaba de muy distinta manera su extraña inacción a los familiares de su séquito. Decía que el sombrío silencio en que se encerraba durante largos intervalos, y los insomnios que le hacían abandonar el lecho en las altas horas de la noche, conduciendo su planta febril a la vecina rivera del mar, no eran sino el efecto de la perplejidad en que estaba su ánimo al elegir en aquella costa, por todas partes bella y peregrina, sitio a propósito para fundar una ciudad, en cuyas piedras quedara recomendado a la posteridad su propio nombre, y el recuerdo de sus grandes servicios en la naciente colonia. Además, se manifestaba muy preocupado con el destino que definitivamente debiera darse a la joven y hechicera hija de Anacaona, la célebre Higuemota, ya entonces conocida bajo el nombre cristiano de Doña Ana, y viuda con una hija de tierna edad del apuesto y desgraciado Hernando de Guevara. El comendador, que desde su llegada a Jaragua trató con grandes miramientos a la interesante india, redobló sus atenciones hacia ella después que hubo despachado para la ciudad de Santo Domingo a la infortunada reina, su madre, con los breves capítulos de acusación que debían irremisiblemente llevarla a un atroz patíbulo.

Fuera por compasión efectiva que le inspiraran las tempranas desdichas de Higuemota; fuera por respeto a la presencia de algunos parientes de Guevara que le acompañaban, los cuales hacían alarde de gran consideración hacia la joven viuda y de su consanguinidad con la niña Mencia, que así era el nombre de la linda criatura, cifrando en este parentesco aspiraciones ambiciosas autorizadas en cierto modo por algunas soberanas disposiciones; lo cierto es que Ovando, al extremar su injusto rigor contra Anacaona, rodeaba a su hija de las más delicadas atenciones. De otro cualquiera se habría podido sospechar que el

amor entrara por mucho en ese contraste; pero el comendador de Lares jamás desmintió, con el más mínimo deslíz, la austeridad de sus costumbres, y la pureza con que observaba sus votos; y acaso no sería infundado atribuir la aridez de su carácter y la extremada crueldad de algunas de sus acciones a cierta deformidad moral, que la naturaleza tiene en reserva para vengarse cuando siente violentados y comprimidos, por ideas convencionales, los afectos más generosos y espontáneos del alma.

Higuemota, o sea Doña Ana de Guevara, como la llamaremos indistintamente en lo sucesivo, disfrutaba no solamente de libertad en medio de los conquistadores, sino de un respeto y una deferencia a su rango de princesa india y de señora cristiana que rayaban en el énfasis. Su morada estaba a corta distancia del lugar que había sido corte de sus mayores y era a la sazón campamento de los españoles, mientras Ovando se resolviera a señalar sitio para la nueva población. Tenía la joven dama en su compañía o a su servicio los indios de ambos sexos que bien le parecía, ejerciendo sobre ellos una especie de señorío exclusivo: cierto es que su inexperiencia, lejos de sacar partido de esa prerrogativa, sólo se inclinaba a servir de amparo a los infelices a quienes veía más afligidos y necesitados; hasta que uno de los parientes de su hija se constituyó en mayordomo y administrador de su patrimonio con el beneplácito del Gobernador; y gracias a esta intervención eficaz y activa, desde entonces hubo terrenos acotados y cultivados en nombre de Doña Ana de Guevara, y efectivamente explotados, como sus indios, por los parientes de su difunto marido; ejemplo no muy raro en el mundo, y en todos los tiempos

La pobre criatura, abrumada por intensísimos pesares, hallaba muy escaso consuelo en los respetuosos homenajes de la cortesía española. Los admitía de buen grado, sí, porque la voz secreta del deber materno le decía que estaba obligada a vivir, y a consagrarse al bienestar de su Mencía, el fruto querido y el recuerdo vivo de su contrariado amor. Mencía, de tres años de edad, era un fiel reflejo de las bellas facciones de su padre, aquel gallardo mancebo español, muerto en la flor de sus años a consecuencia de las pérfidas intrigas de Roldán, su envidioso y aborrecible rival. Tan tristes memorias se recargaban de un modo sombrío con las angustias y recientes impresiones trágicas que atormentaban a la tímida Higuemota, habiendo visto inmolar a casi todos sus parientes por los guerreros castellanos, y separar violentamente de su lado a su adorada madre, al ser que daba calor y abrigo a su enfermo corazón. La incertidumbre de la suerte que aguardara a la noble cautiva en Santo Domingo, aunque no sospechando nunca que atentaran a sus días, era el más agudo tormento que martirizaba a la joven viuda, que sobre ese particular sólo obtenía respuestas evasivas a sus multiplicadas y ansiosas preguntas.

El pariente más cercano que tenía consigo Doña Ana era un niño de siete años, que aún respondía al nombre indio de Guarocuya. No estaba todavía bautizado, porque su padre, el esquivo Magicatex, cacique o señor del Bahoruco, y sobrino de Anacaona, evitaba cuanto podía el bajar de sus montañas desde que los extranjeros se habían enseñoreado de la isla; y solamente las reiteradas instancias de su tía, deseosa de que todos sus deudos hicieran acto solemne de sumisión a Ovando, lo habían determinado a concurrir con su tierno hijo a Jaragua, donde halló la muerte como los demás infelices magnates dóciles a la voluntad de Anacaona. El niño Guarocuya fue retirado por una mano protectora, la

mano de un joven castellano, junto con su aterrada pariente Higuemota, de aquel teatro de sangriento horror; y después quedó al abrigo de la joven india, participando de las atenciones de que ella era objeto. La acompañaba de continuo, y con especialidad al caer la tarde, cuando los últimos rayos de luz crepuscular todo lo impregnaban de vaga melancolía. Doña Ana, guiando los pasos de su pequeñuela, y seguida de Guarocuya, solía ir a esa hora al bosque vecino, en cuyo lindero, como a trescientos pasos de su habitación, sentada al pie de un caobo de alto y tupido follaje, se distraía de sus penas mirando jugar sobre la alfombra de menuda grama a los dos niños. Aquel recinto estaba velado a toda planta extraña, de español o de indio, por las órdenes del severo Gobernador.

Este había hecho solamente dos visitas a la joven; la primera, el día siguiente al de la matanza, con el fin de consolarla en su aflicción, ofreciéndole amparo y proveyendo a lo necesario para que estuviera bien instalada y asistida; la segunda y última, cuando despachó a la reina de Jaragua prisionera para Santo Domingo. Doña Ana le estrechó tanto en esa entrevista, con sus lágrimas y anhelosas preguntas sobre la suerte reservada a su querida madre, que el comendador se sintió conmovido; no supo al fin qué responder, y avergonzado de tener que mentir para acallar los lúgubres presentimientos de aquella hija infeliz, se retiró definitivamente de su presencia, encomendando a sus servidores de mayor confianza el velar sobre la joven india y colmaría de los más asiduos y obsequiosos cuidados.

Transcurrieron algunos días más sin alteración sensible en el estado de las cosas, ni para Ovando, que continuaba en su perplejidad aparente, ni para Doña Ana y los dos pequeños seres que hacían llevadera su existencia. Una tarde, sin embargo, —como un mes después de la cruel tragedia de Jaragua—; a tiempo que los niños, según su costumbre, triscaban en el prado, a la entrada del consabido bosque, y la triste joven, con los ojos arrasados en lágrimas, contemplaba los caprichosos giros de sus juegos infantiles,

—cuadro de candor e inocencia que contrastaba con el angustioso abatimiento de aquella hiedra sin arrimo—, oyó cerca de sí, con viva sorpresa, a tres o cuatro pasos dentro de la espesura del bosque una voz grave y apacible, que la llamó, diciéndole:

—Higuemota, óyeme; no temas.

La interpelada, poniéndose instantáneamente en pie, dirigió la vista asombrada al punto de donde partía la voz; y dijo con entereza:

—¿Quién me habla? ¿Qué queréis? ¿Dónde estáis?

—Soy yo, —repuso la voz—, tu primo Guaroa; y vengo a salvarte. Al mismo tiempo, abandonando el rugoso tronco de una ceiba que lo ocultaba, se presentó a la vista de Doña Ana, aunque permaneciendo cautelosamente al abrigo de los árboles, un joven indio como de veinticinco años de edad. Era alto, fornido, de aspecto manso y mirada expresiva, con la frente marcada de una cicatriz de herida reciente; y su traje consistía en una manta de algodón burdo de colores vivos, que le llegaba hasta las rodillas, ceñida a la

cintura con una faja de piel; y otra manta de color obscuro, con una abertura al medio para pasar la cabeza y que cubría perfectamente toda la parte superior del cuerpo; sus brazos, como las piernas, iban completamente desnudos; calzaban sus pies, hasta arriba del tobillo, unas abarcas de piel de iguana; y sus armas eran un cuchillo de monte que mal encubierto y en vaina de cuero pendía de su cinturón. y un recio y nudoso bastón de madera de ácano, tan dura como el hierro. En el momento de hablar a Doña Ana se quitó de la cabeza su toquilla o casquete de espartillo pardo, dejando en libertad el cabello, que abundante, negro y lacio le caía sobre los hombros.

II

SEPARACIÓN

Higuemota lanzó una exclamación de espanto al presentársele el indio.

No estaba exenta de esa superstición, tan universal como el sentí miento religioso, que atribuye a las almas que ya no pertenecen a este mundo la facultad de tomar las formas corpóreas con que en él existieron, para visitar a los vivos. Creyó, pues, que su primo Guaroa a quien suponía muerto con los demás caciques el día de la prisión de Anacaona, venía de la mansión de los espíritus; y su primer impulso fue huir. Dio algunos pasos, trémula de pavor, en dirección de su casa; pero el instinto maternal se sobrepuso a su miedo, volviendo el rostro en demanda de su hija, la vio absorta en los brillantes colores de una mariposa que para ella había cazado el niño Guarocuya; mientras que éste, en actitud de medrosa curiosidad, se acercaba al aparecido, que se había adelantado hasta la salida del bosque, y dirigía al niño la palabra con benévola sonrisa.

Ese espectáculo tranquilizó a la tímida joven: observó atentamente al indio, y después de breves instantes, vencido enteramente su terror, prevaleció el antiguo afecto que profesaba a Guaroa; y admitiendo la posibilidad de que estuviera vivo, se acercó a él sin recelo le tendió la mano con afable ademán, y le dijo:

—Guaroa, yo te creía muerto, y había llorado por ti.

—No, Higuemota; —repuso el indio—, me hirieron aquí en la frente; caí sin saber de mí al principiar la pelea, y cuando recobré el sentido me hallé rodeado de muertos; entre ellos reconocí a mi padre, a pocos pasos de distancia, y a mi hermano Magicatex, que descansaba su cabeza en mis rodillas. Era ya de noche; nadie vigilaba, y salí de allí arrastrándome como una culebra. Me fui a la montaña, y oculto en la casa de un pariente, curé mi herida. Después, mi primer cuidado fue mandar gente de mi confianza a saber de ti, de mi tía Anacaona; de todos los míos. Tamayo que huyó pocos días después, me encontró y me dio razón de todo. He venido porque si tú sufres, si te maltratan, si temes algo, quiero llevarte conmigo a las montañas, a un lugar seguro, que tengo ya escogido

como refugio contra la crueldad de los blancos, para todos los de mi raza. Espero, pues, tu determinación. Dos compañeros me aguardan cerca de aquí.

—Buen primo Guaroa —dijo Higuemota—, yo te agradezco mucho tu cariñoso cuidado; y doy gracias al cielo de verte sano y salvo. Es un consuelo para mis pesadumbres; éstas son grandes, inmensas, primo mío; pero no se puede remediar con mi fuga a los montes. Yo sólo padezco males del corazón; en todo lo demás, estoy bien tratada, y me respetan como a la viuda de Guevara; título que me impone el deber de resignarme a vivir, por el bien de mi hija Mencia, que llevará el apellido de su padre, y que tiene parientes españoles que la quieren mucho. Yo creo que no te perseguirán, pero debes ocultarte siempre, hasta que yo te avise que ha pasado todo peligro para ti.

Guaroa frunció el entrecejo al escuchar las últimas palabras de su prima.

—¿Piensas —le dijo—, que yo he venido a buscar la piedad o el perdón de esos malvados?

¡No, ni ahora, ni nunca! Tú podrás vivir con ellos; dejaste de ser india desde que te bautizaste y te diste a Don Hernando, que era tan bueno como sólo he conocido a otros dos blancos Don Diego y Don Bartolomé, que siempre trataban bien al pobre indio. ¡Los demás son malos, malos! Querían que nos bautizáramos por fuerza, y sólo éstos dijeron que no debía ser así; y quisieron que nos enseñaran letras y doctrina cristiana. Y ahora que todos estábamos dispuestos a ser cristianos, y creíamos que las fiestas iban a terminar con esa ceremonia, nos asesinan como a hutias; nos matan con sus lanzas y sus espadas a los unos, mientras que a los demás los asan vivos... No creo en nuestros cemíes, que no han tenido poder para defenderse; pero tampoco puedo creer...

—No hablemos más de eso, Guaroa —interrumpió la joven—: me hace mucho daño. Tienes razón; huye a los montes; pero déjame a mí cumplir mi deber y mi destino. Así me lo ha dicho otro español muy bueno, que también se llama Don Bartolomé”. Soy cristiana, y sé que no debo aborrecer ni aun a los que más mal nos hacen.

—Yo no lo soy, Higuemota —dijo con pesar Guaroa—; y no por culpa mía; pero tampoco sé aborrecer a nadie; ni comprendo cómo los que se llaman cristianos son tan malos con los de mi raza, cuando Dios es tan manso y tan bueno. Huyo de la muerte, y huyo de la esclavitud, peor que la muerte. Quédate aquí en paz, pero dame a mi sobrino Guarocuya, para que se críe libre y feliz en las montañas. Para él no hay excusa posible: no es todavía cristiano; es un pobre niño sin parientes ni protectores blancos, y mañana su suerte podrá ser tan desgraciada entre esta gente, que más le valiera morir desde ahora. ¿Qué me respondes?

Higuemota, que había bajado la cabeza al oír la última proposición de Guaroa, miró a éste fijamente. Su rostro estaba inundado en llanto, y con acento angustiado y vehemente le dijo:

—¡Llévate a Guarocuya! ¡Imposible! Es el compañero de juegos de mi Mencia, y el ser que más amo después de mi madre y la hija de mis entrañas. ¿Qué sería de ésta y de mi si él no estuviera con nosotras?

—Sea él quien decida su suerte —dijo Guaroa con solemne entonación—. Ni tú ni yo debemos resolver este punto. El Gran padre de allá' 3 arriba hablará por boca de este niño.

Y tomando a Guarocuya por la mano, lo colocó entre sí y la llorosa Doña Ana, y le interrogó en los términos siguientes:

—Dinos, Guarocuya, ¿te quieres quedar aquí o irte conmigo a las montañas?

El niño miró a Guaroa y a Doña Ana alternativamente; después dirigió la vista a Mencia, que continuaba entretenida con las flores silvestres a corta distancia del grupo, y dijo con decisión:

—¡No me quiero ir de aquí!

Guaroa hizo un movimiento de despecho, mientras que su prima se sonreía al través de sus lágrimas, como suele brillar el iris en medio de la lluvia. Reinó el silencio durante un breve espacio, y el contrariado indio, que a falta de argumentos volvía la vista a todas partes como buscando una idea en auxilio de su mal parada causa, se volvió bruscamente al niño, y señalando con la diestra extendida a un hombre andrajoso, casi desnudo —que cruzaba la pradera contigua con un enorme haz de leña en los hombros, y encorvado bajo su peso—, dijo con ímpetu, casi con rabia:

—Dime, Guarocuya, ¿quieres ser libre y señor en la montaña, tener vasallos que te obedezcan y te sirvan; o quieres cuando seas hombre cargar leña y agua en las espaldas como aquel vil naboría que va allí?

Pasó como una nube lívida por la faz del niño; volvió a mirar profundamente a Mencia y a Higuemota, y dirigiéndose con entereza a Guaroa:

—¡Quiero ser libre! —exclamó.

—Eres mi sangre —dijo el jefe indio con orgullo-. ¿Tienes algo que decir, Higuemota?

Esta no contestó. Parecía sumida en una reflexión intensa, y sus miradas seguían tenazmente al pobre indio de la leña, que tan a punto vino a servir de argumento victorioso a Guaroa. Luego, como quien despierta de un sueño, puso vivamente ambas manos en la cabeza de Guarocuya, imprimió en su frente un prolongado y tiernísimo beso, y con rostro sereno y convulsivo ademán lo entregó a Guaroa diciéndole estas palabras:

—Llévatelo; más vale así.

El niño se escapó como una flecha de manos de Guaroa, y corriendo hacia Mencia la estrechó entre sus bracitos, y cubrió su rostro de besos. Después, enjugando sus ojos llorosos, volvió con paso firme adonde su tío, y dijo como Higuemota:

—Más vale así.

Guaroa se despidió tomando la mano de su prima y llevándosela al pecho con respetuoso acatamiento. No sabemos si por distracción o por otra causa, ninguna demostración cariñosa le ocurrió dirigir la niña Mencia; y guiando de la diestra a su sobrino, se internó en la intrincada selva. A pocos pasos se perdió de vista entre los añosos corpulentos árboles, en cuya espesura le aguardaban sus dos compañeros indios, como él, jóvenes robustos..

III

LOBO Y OVEJA

El intendente o mayordomo de Doña Ana era un hombre como de cuarenta años de edad; llamábase Pedro de Mojica y tenía efectivamente parentesco próximo con el difunto Guevara, y por consiguiente con la hija de Higuemota.

Muy avara de sus dones se había demostrado la naturaleza con aquel individuo, que a una notable fealdad de rostro y cuerpo unía un alma sórdida y perversa. En su fisonomía campeaba un carácter grotesco, del cual trataba de aprovecharse, para mitigar, con chistes y bufonadas que excitaban la risa, el desagradable efecto que a todos causaba su pésima catadura, sus espesas y arqueadas cejas, nariz curva como el pico de un ave de rapiña, boca hendida casi hasta las orejas, y demás componentes análogos de toda su persona. Tenía grande esmero en el vestir; pero sus galas, el brocado de su ropilla, las vistosas plumas del sombrero, la seda de sus greguescos y el lustre de sus armas, todo quedaba deplorablemente deslucido por el contraste de unas carnosas espaldas que parecían agobiarle bajo su peso, inclinándose hacia adelante, y un par de piernas que describían cada cual una curva convexa, como evitándose mutuamente. Una eterna sonrisa, que el tal hombre se esforzaba por hacer benévola, y sólo era sarcástica y burlona, completaba este tipo especial, y lo hacía sumamente divertido para que consiguiera vencer la repugnancia instintiva, primera impresión que hacia en los ánimos la presencia del hidalgo Pedro de Mojica.

Su entendimiento era despejado; trataba los negocios de interés con grande inteligencia, y su genio especulador y codicioso lo conducía siempre a resultados seguros y a medros positivos.

Así, mientras que todos sus amigos y compañeros de la colonia se dejaban mecer por ilusiones doradas, y rendían el bienestar, la salud y la vida corriendo desalados tras los

deslumbradores fantasmas que forjaba su imaginación, soñando siempre con minas de oro más ricas las unas que las otras; nuestro hombre tomaba un sendero más llano y cómodo; veía de una sola ojeada todo el partido que podía sacarse de aquellos feraces terrenos y de la servidumbre de los indios, y, como el águila que acomete a su presa, se disparaba en línea perpendicular sobre la viuda Doña Ana de Guevara, cuyo rango y posición especial abrían inmenso campo a las especulaciones codiciosas de Mojica, a favor de su precioso título de pariente y protector nato de la niña Mencía.

Reclamó, pues, la tutela de Doña Ana, cuya inexperiencia, según él, la hacía incapaz de velar por sí y por sus intereses; pero Ovando, aunque decidido favorecedor de Don Pedro, que le había ganado la voluntad con su trato ameno y la lucidez de sus discursos, no quiso concederle la cualidad de tutor, temiendo investirle con una autoridad que pudiera degenerar en despótica, y producir nuevos cargos para su asendereada conciencia.

No creyó que la altivez del hidalgo se aviniera al título de mayordomo, y su sorpresa fue grande cuando al contestar a Mojica que, en su sentir, Doña Ana debía gobernarse y gobernar su casa ni más ni menos que como una dama de Castilla, y que para esto le bastaba con un buen intendente, Don Pedro le manifestó su deseo de llenar las funciones de tal, en obsequio a la fortuna y el porvenir de su tierna sobrina.

Accedió gustoso el gobernador a tan honrada y modesta solicitud, y desde ese punto Don Pedro entró en campaña, desplegando los grandes recursos de su ingenio para lograr más cumplidamente su objeto.

Su principal empeño era apoderarse del ánimo de Doña Ana, y a este fin tentó las vías del amor, con un arte y una audacia dignos de mejor éxito que el que obtuvo; pues la joven de todas sus tentativas correspondió con un desdén tan glacial, con unas demostraciones de antipatía tan francas e inequívocas, que por fuerza tuvo que reconocer muy pronto el contrahecho galán lo ineficaz y absurdo de su pretensión.

Un momento pensó en proponer a su protector Ovando que le diera a la viuda por esposa; pero recordaba el tono grave, la alta consideración con que el gobernador había hablado de la joven señora, y desistió de su intento, temeroso de echarlo todo a perder descubriendo la ambición que era el móvil oculto de todas sus acciones.

Se resignó, pues, a su papel de intendente, y lo desempeñó con rara habilidad. Prodigaba los agasajos y caricias a su amada sobrina Mencía; hablaba constantemente de sus propósitos de educarla brillantemente, de hacer fructificar su fortuna, y llevarla un día a Castilla para enlazarla con algún señor principal: era celosísimo defensor de los derechos y prerrogativas de Doña Ana, bajo el doble concepto de princesa india y señora cristiana; y tanto hizo, que consiguió captarse el aprecio y la confianza de la agradecida madre, convencida al fin de que aquel pariente le había llovido del cielo, y que, después de ella, nadie podría tomar un interés más sincero por la suerte de su Mencía; y al calor de esta convicción, olvidó completamente los pruritos amorosos de su intendente, que sólo habían durado el espacio de tres o cuatro días, al entrar en funciones cerca de la bella

Higuemota; la que por otra parte estaba muy avezada a mirar con indiferencia los efectos de la admiración que generalmente causaba su peregrina hermosura.

Pero el señor Mojica distaba mucho de los sentimientos benévolos que magistralmente afectaba. La repulsa que sus primeras pretensiones obtuvieran había herido vivamente su amor propio; y si por un momento las desgracias de la joven habían impresionado su alma y encendido en ella alguna chispa de verdadero amor, el despecho de la derrota había convertido esa chispa en hoguera de odio, y nada le hubiera sido tan grato como exterminar a aquella infeliz criatura, a quien las circunstancias y sus cálculos egoístas le obligaban a tratar ostensiblemente con la solicitud de un padre, y a velar cuidadosamente por su existencia y bienestar, como los filones de cuya explotación debía él recoger grandes y pronto medros.

Y así, mientras acotaba terrenos e inscribía en sus registros vasallos indios al servicio de Doña Ana, y establecía en diversos puntos del territorio de Jaragua hatos y granjerías de todo género, un pensamiento fijo ocupaba su mente; un propósito siniestro se asentaba en su ánimo; un problema tenazmente planteado ocupaba su imaginación: hallar el modo de perder a Doña Ana de Guevara, apropiándose todos los bienes de que él, Mojica, era mero administrador.

IV

AVERIGUACIÓN

Ya las sombras de la noche tendían su manto de gasa sobre los montes, y obscurecían gradualmente la llanura, cuando Higuemota, con su niña de la mano, regresaba de su paseo triste y reflexiva, habiéndola abandonado aquella fugaz entereza que acababa de ostentar en su brusca despedida de Guarocuya.

Salió a recibirla en el umbral de la habitación el oficioso Don Pedro, quien, según su costumbre, le dirigió su más agradable sonrisa con un “buenas tardes, prima”; y tomó en seguida a la niña Mencía en sus membrudos brazos, prodigándole los más cariñosos epítetos.

De repente, Don Pedro revolió su mirada escrutadora en todas direcciones, y como hablando consigo mismo, hizo por lo bajo esta observación.

—Pero ¡es extraño! ¿Dónde está ese rapaz de Guarocuya?

Al oír este nombre, Doña Ana se estremeció, saliendo de la distracción de que no acertaba el intendente a sacarla con sus zalamerías y exagerados elogios a las gracias de la niña.

El arte de mentir era totalmente desconocido a la sencilla y candorosa Higuemota; y así, ni siquiera intentó disimular su turbación al verse en el caso de explicar la ausencia de su sobrino.

Por de pronto, comprendió la parte crítica de la situación, que hasta entonces no se había presentado a su poco ejercitada perspicacia. No se le había ocurrido, al despedir a Guarocuya, que este incidente debía ser notado y ejercer alguna influencia en su posición respecto a la autoridad española. Estaba acostumbrada a mandar en su casa y en los que la rodeaban, con entera libertad, y la intervención de Mojica estaba tan hábilmente velada por formas afables y discretas, que apenas se hacía sentir, ni dejaba entender a la viuda que alguien pudiera tomarle cuenta de sus acciones..Su natural despejo, sin embargo, al oír el nombre de Guarocuya en los labios de Mojica, le advirtió que la situación salía de los términos ordinarios, y que el hecho de la desaparición del niño debía ofrecerse a interpretaciones enojosas. Vaciló un momento; repitió el nombre de su sobrino, y luego dijo con la mayor naturalidad:

—Un hombre se lo llevó.

—¿Se lo llevó! ¿A dónde? —repuso con extrañeza Don Pedro.

—A ver a sus parientes de la montaña —contestó tranquilamente Doña Ana.

—¿Sus parientes?... ¿Qué hombre es ése? —insistió vivamente Mojica, que encontraba gran motivo de alarma en esta aventura.

Higuemota balbuceó algunas palabras ininteligibles, y ya entonces, perdiendo la serenidad real o fingida que hasta ese punto había conservado, se desconcertó visiblemente, y guardó silencio.

Don Pedro también calló, y permaneció muy preocupado durante la cena, que se sirvió a breve rato. Una vez terminada ésta, rompió el tético silencio que había reinado en la mesa, y volvió a interpelar a Doña Ana, con acento de mal comprimido enojo, en los términos siguientes:

—Preciso es, señora prima, que me digáis con toda franqueza adónde ha ido el niño Guarocuya, y quién se lo llevó.

—Ya os he dicho que un hombre se lo llevó a la montaña —respondió con resolución la joven—: y creo que basta, pues no estoy obligada a daros cuenta de lo que yo hago.

—Es verdad —dijo, conteniéndose trabajosamente Don Pedro—, mas yo debo estar al corriente de todas vuestras relaciones, para cumplir las obligaciones de mi cargo como es debido.

—¿Soy yo prisionera acaso, y vos mi alcaide, señor? Decídmelo sin rodeos.

—No, señora; pero debo dar cuenta de todo al Gobernador, y lo que está pasando es muy grave para que no se lo refiera con todos sus pormenores.

Doña Ana reflexionó antes de dar respuesta; en la réplica de Mojica había una revelación; aunque rodeada de respeto y señora de su libertad y de su casa, sus acciones estaban sujetas a la vigilancia de la autoridad, y podrían, al par que las de su infortunada madre, ser acriminadas hasta lo infinito, como trascendentales a la tranquilidad y al orden de la colonia. Además, Guaroa no podría ir muy lejos: hacía poco más de dos horas que se había despedido de ella; y cuatro jinetes bien montados podrían fácilmente, a juicio de la joven, darle alcance y traerle preso; y tal vez darle muerte, que todo podía ser.

Estas consideraciones inspiraron a Doña Ana la contestación que debía dar a Don Pedro, que con la torva mirada fija en el rostro de la joven parecía espiar sus más recónditos pensamientos.

—Señor primo —dijo Higuemota—, no hay nada malo en esto: nada que pueda ofender ni al Gobernador ni a nadie. Mañana os diré quién fue el que se llevó a Guarocuya, y dónde podréis encontrarle.

Don Pedro se conformó muy a su pesar con este aplazamiento; pero él también necesitaba madurar su resolución en una noche de insomnio, antes de dar paso alguno que pudiera comprometer y desbaratar todo el artificio de sus aspiraciones positivistas; y haciendo un esfuerzo, dirigió a su prima una horrible mueca con pretensiones de sonrisa afable, y se despidió de ella diciéndole:

—Está bien; buenas noches, y mañana temprano me lo contaréis todo.

V

SINCERIDAD

Cuando el sol esparció su primera luz, el día siguiente al de los sucesos y la plática que acabamos de recapitular, ya el hidalgo Don Pedro de Mojica había concebido y redondeado un plan diabólico.

Cualquiera que fuese la explicación que Higuemota le diera de la aventura de la víspera, el rencoroso intendente estaba resuelto a no dejar pasar la ocasión de perder a la joven en el concepto del Gobernador, reivindicando al mismo tiempo la tutela de la niña Mencía, como su más próximo pariente, y entrando así más de lleno en la propiedad de los bienes que administraba; hasta que el diablo le proporcionara los medios de quitar también de su camino aquel débil obstáculo a su codicia; cuando no pudiera llegar a su objeto utilizando sagazmente la inocencia de aquella criatura, que ya creía sujeta a su poder discrecional, como la alondra en las garras del gavilán.

Se vistió apresuradamente, y fue a ver a Doña Ana. Ésta acostumbraba dejar temprano el lecho, para sus penas angosto y duro, y salir a la pradera acompañada de una vieja india, a recoger la consoladora sonrisa del alba.

Recibió sin extrañeza a Mojica, que se le presentó al regresar ella de su paseo, y entró desde luego en materia, como quien tiene prisa en zanjar un asunto desagradable.

—Nunca os había visto temprano, señor primo: ¿venís a saber lo que pasó con Guarocuya?

—Según lo convenido, señora prima, espero que me lo contaréis todo.

—Es muy sencillo —repuso Higuemota—. Ayer tarde a la hora de paseo se me presentó mi primo Guaroa; me propuso llevarse a Guarocuya a la montaña, y no vi inconvenientes en ello.

Esto es todo.

—Pero, señora —dijo con asombro Mojica—, ¿vuestro primo Guaroa no murió en la refriega de los caciques?

—Eso mismo pensaba yo —contestó Higuemota—, y me asusté mucho al verle; pero quedó vivo, y me dio mucha alegría verlo sano y salvo.

Y así prosiguió el diálogo; con fingida benevolencia por parte de Don Pedro; con sencillez y naturalidad por parte de Higuemota, que, como hemos dicho, no sabia mentir, y considerando ya en salvamento a Guaroa, no veía necesidad alguna de ocultar la verdad.

Cuando Mojica acabó de recoger los datos y las noticias que interesaban a su propósito, se despidió de Doña Ana con un frío saludo y se encaminó aceleradamente a la casa en que se aposentaba el Gobernador.

VI

EL VIAJE

Seguido Guaroa de sus dos fieles compañeros, que alternativamente llevaban, ora de la mano, ora en brazos, al pequeño Guarocuya, según los accidentes del terreno, se internó desde el principio de su marcha en dirección a la empinada cordillera de montañas, por la parte donde más próximamente presentaba la sierra sus erguidas y onduladas vertientes.

Caminaban aquellos indios en medio de las tinieblas y entre un intrincado laberinto de árboles, con la misma agilidad y desembarazo que si fueran por mitad de una llanura

alumbrada por los rayos del sol. Silenciosos como sombras, quien así los hubiese visto alejarse del camino cautelosamente, no hubiera participado de los recelos que tuvo Higuemota de que pudieran haberles dado alcance los imaginarios jinetes que salieran en su persecución. Hacia las doce de la noche la luna vino en auxilio de aquella marcha furtiva; y el niño Guarocuya, cediendo al influjo del embalsamado ambiente de los bosques, se durmió en los robustos brazos de sus conductores. Estos redoblaban sus cuidados y paciente esmero, para no despertarlo.

Así caminaron el resto de la noche, en dirección al Sudeste; y al despuntar la claridad del nuevo día llegaron a un caserío de indios, encerrado en un estrecho vallecito al pie de dos escarpados montes. Todas las chozas estaban aún cerradas, lo que podía atribuirse al sueño de sus moradores, atendido a que un resto de las sombras nocturnas, acosadas de las cumbres por la rosada aurora, parecía buscar refugio en aquella hondonada. Sin embargo, se vio que la gente estaba despierta y vigilante, saliendo en tropel de sus madrigueras tan pronto como Guaroa llevó la mano a los labios produciendo un chasquido desapacible y agudo.

Su regreso era esperado por aquellos indios; él les refirió brevemente las peripecias de su excursión, y les mostró al niño Guaro-cuya, que había despertado al rumor que se suscitó en derredor de los recién llegados. Los indios manifestaron una extremada alegría a la vista del tierno infante, que todos a porfía querían tomar en sus brazos, tributándole salutations y homenajes afectuosos, como al heredero de su malogrado cacique y señor natural. Guaroa observaba estas demostraciones con visible satisfacción.

Allí descansaron los viajeros toda la mañana, restaurando sus fuerzas con los abundantes aunque toscos alimentos de aquellos montañeses. Consistían éstos principalmente en el pan de yuca o casabe, maíz, batatas y otras raíces; bundá, plátanos, huevos de aves silvestres, que comían sin sal, crudos o cocidos indistintamente y carne de hutía.

Después de dar algunas horas al sueño, Guaroa convocó a su presencia a los principales indios, que todos le reconocían por su jefe. Les dijo que la situación de los de su raza, desde el día de la sangre —que así llamaba a la jornada funesta de Jaragua—, había ido empeorando cada día más; que no había que esperar piedad de los extranjeros, ni alivio en su miserable condición; y que para salvarse de la muerte, o de la esclavitud que era aún peor, no había otro medio que ponerse fuera del alcance de los conquistadores, y defenderse con desesperación si llegaban a ser descubiertos o atacados. Les recomendó la obediencia, diciéndoles que él, Guaroa, los gobernaría mientras Guarocuya, su sobrino, llegara a la edad de hombre; pero que debían mientras tanto reverenciar a éste como a su único y verdadero cacique; y por conclusión, para reforzar con el ejemplo su discurso, hizo sentar al niño al pie de un gigantesco y corpudo roble; le puso en la cabeza su propio birrete, que a prevención había decorado con cinco o seis vistosas plumas de flamenco, y le besó respetuosamente ambos pies; ceremonia que todos los circunstantes repitieron uno a uno con la mayor gravedad y circunspección.

Terminada esta especie de investidura señorial, Guaroa acordó a sus amigos el plan de vida que debían observar los indios libres en lo sucesivo; y se ocupó con esmerada

previsión de los mil y mil detalles a que era preciso atender para resguardarse de las irrupciones de los conquistadores. Todo un sistema de espionaje y vigilancia quedó perfectamente ordenado; de tal suerte, que era imposible que los españoles emprendieran una excursión en cualquier rumbo, sin que al momento se transmitiera la noticia a las más recónditas guaridas de la tierra. Guaroa, hechos estos preparativos, indicó en sus instrucciones finales a los cabos de su confianza el Lago Dulce, al Nordeste de aquellas montañas, como punto de reunión general, en caso de que el enemigo invadiera la sierra; y determinó fijamente el lugar en que iba a residir con su sobrino, a la margen de dicho lago. En seguida emprendió su marcha, acompañado de un corto séquito de indios escogidos, que llevaban a Guarocuya cómodamente instalado en una rústica silla de manos, formada de recias varas y flexibles mimbres, y mullida con los fibrosos y rizados copos de la guajaca.

El niño todo lo miraba y a todo se prestaba sin manifestar extrañeza. Tenía siete años, y a esta tierna edad ya entreveía y comenzaba a experimentar todo lo que hay de duro y terrible en las luchas de la existencia humana. Sin duda ráfagas de terror cruzarían su infantil ánimo, ya cuando viera la feroz soldadesca de Ovando dar muerte a los seres que rodeaban su cuna, incluso a su propio padre; ya más adelante, cuando el grito agudo del vigía indio, o el remoto ladrido de los perros de presa, alternando con los ecos del clarín de guerra, anunciaban la aproximación del peligro, y los improvisados guerreros se aprestaban a la defensa, o respondían con fúnebre clamor a la voz de alarma, creyendo llegada su última hora.

¡Qué tristes impresiones, las primeras que recibió aquel inocente en el albor de su vida!

Profundamente grabadas quedaron en su alma benévola y generosa, templada tan temprano para la lucha y los grandes dolores, así como para el amor y todos los sentimientos elevados y puros.

VII

LA DENUNCIA

El diligente Don Pedro de Mojica se puso en dos zancadas, como suele decirse, en casa del Gobernador. Este acababa de vestirse, y estudiaba tres o cuatros planos topográficos que tenía en una mesa. Su preocupación capital y constante era la fundación de su villa, según se ha dicho al principio de nuestra historia; y los oficiales y caballeros de su séquito, con febril emulación, trazaban cada día un plano, según su buen gusto o su capricho; o bosquejaban un espacio de la costa, el que más adecuado les parecía al efecto; y escribían memorias y descripciones infinitas, que todas merecían la más prolija atención del comendador, deseoso del mejor acierto en tan ardua materia.

Estaba, pues, en esta su ocupación favorita, cuando le anunciaron la presencia de Don Pedro.

Este era tratado por su Señoría como un amigo de confianza y tenía sus entradas francas en el gabinete; pero en la ocasión que referimos, renunció estudiosamente a tal prerrogativa, a fin de dar la conveniente solemnidad a su visita. Ovando, que se había incorporado al oír la voz de su fámulo anunciándole a Don Pedro, esperó buenamente a que este entrara en seguida, y tomó a absorberse con gran cachaza en sus estudios topográficos.

Cinco minutos después volvió el ayuda de cámara diciendo:

—Don Pedro de Mojica espera las órdenes de Vuestra Señoría, y dice que tiene que hablarle de asuntos muy graves.

—¡Que entre con mil diablos! —contestó el comendador— ¿A qué vienen esos cumplimientos?

Don Pedro creyó apurado el ceremonial, y entró haciendo a Ovando una mesurada cortesía.

—¡Qué mala cara traéis hoy, señor hidalgo! —exclamó en tono chancero el Gobernador—.

¿Habréis descubierto algún nuevo derecho desatendido de vuestra interesante prima, y venís a reclamar su validez?

—Lejos de eso, Señor —contestó Mojica—; vengo a daros una nueva muy desagradable. Esa Doña Ana que en tanta estima tenéis, es indigna de vuestra protección; y siguiendo las huellas de la mala hembra que le dio a luz, paga con traiciones los obsequios que le tributamos, y celebra conferencias con los indios alzados de la montaña.

Y después de este exordio, refirió la aventura de la víspera, torciendo a su antojo el relato de Higuemota, y afeando el cuadro con los más siniestros toques, a fin de llenar de celos y alarmas el ánimo de Ovando.

Oyó éste al denunciador con profunda atención: su semblante contraído y ceño adusto no prometían nada bueno para la pobre acusada, y Mojica no podía dudar del pleno éxito de su intriga, en lo que interesaba a sus sentimientos vengativos.

Cuando hubo terminado su relato, el Gobernador le preguntó en tono severo:

—¿No tenéis más que decir?

—Concluyo, Señor —dijo Mojica—, que Doña Ana es culpable; que como tal merece las penas que la ley reza contra los reos de traición, incluso la pérdida de bienes; mas como

tiene una hija de caballero español, la cual es inocente de las culpas de su madre, y el deber de la sangre como pariente me impone la obligación de velar por el bien de esta niña, pido a Vuestra Señoría que, al proceder contra la madre, adjudique todos sus bienes a la hija, y me nombre su universal tutor, como es de justicia.

—Será como deseáis —respondió Ovando, poniéndose en pie—, siempre que resulte cierto y verdadero todo lo que me habéis dicho; en otro caso, —y aquí la voz del comendador se hizo tonante y tomó una inflexión amenazadora—, aprestaos a ser castigado como impostor, y a perder cuanto tenéis, incluso la vida.

Dichas estas palabras, llamó a sus oficiales y les dictó varias órdenes breves y precisas. Fue la primera reducir a prisión a Don Pedro de Mojica, que lleno de estupor se dejó conducir al lugar de su arresto, sin poder dárse cuenta de tan inesperado percance. La segunda disposición de Ovando fue hacer comparecer a su presencia a Doña Ana, recomendando toda mesura y el mayor miramiento al oficial encargado de conducirla; y por último, Don Diego Velázquez, capitán de la más cumplida confianza del Gobernador, recibió orden de aprestarse y disponer lo conveniente para marchar en el mismo día a las montañas, al frente de cuarenta infantes y diez caballos.

Media hora no había transcurrido cuando se presentó en la morada del Gobernador la tímida Higuemota, acompañada del oficial que había ido en su demanda, y seguida de una india anciana que llevaba de la mano a la niña Mencía. Ovando recibió a la madre con señalada benevolencia, y se dignó besar la tersa y contorneada frente de la pequeñuela, que respondió al agasajo con plácida sonrisa. La inquietud de Higuemota cedió el puesto a la más pura satisfacción al ver un recibimiento tan distinto del que sus aprehensiones la hicieran prometerse; y cuando el gobernador le dirigió la palabra, había recobrado su habitual serenidad.

—Decidme,- Doña Ana de Guevara —dijo Ovando con cierta entonación ceremoniosa y afable al mismo tiempo;- ¿qué objeto habéis tenido al conferenciar en secreto con el rebelde Guaroa, y al entregarle vuestro sobrino, en la tarde de ayer?

—Guaroa, señor —respondió Higuemota—, se me apareció sin que yo esperara su visita; hasta ignoraba que viviera. No le tenía por rebelde, pues sólo me dijo que huía por evitar la muerte; y consentí en que se llevara a Guarocuya, mi querido sobrino, por temor de que éste, cuando fuera más hombre, se viera reducido a esclavitud.

—Os creo sincera, Doña Ana —repuso el comendador—, pero extraño que temierais nada contra el porvenir de vuestro sobrino, que vivía a vuestro lado, y participaba del respeto que a vos merecidamente se tributa.

—Mi intención ha sido buena, señor —dijo con hechicera ingenuidad la joven—: habré podido incurrir en falta por ignorancia; pero ni remotamente pensé causaros disgusto, pues de vos espero que, así como me dispensáis vuestra protección y hacéis. que todos me traten con honor, también llegue el día en que pongáis el colmo a vuestras bondades, devolviendo a mi adorada madre la libertad, y, con ella, a mí la tranquilidad y la alegría.

A estas últimas razones, el comendador balbuceó algunas palabras ininteligibles; invadióle una gran emoción, y con voz trémula dijo al fin a la joven:

—No hablemos de eso por ahora... Lo que mi deber me ordena, Doña Ana, es evitar que volváis a tener ninguna relación con los indios rebeldes; y como no quiero mortificaros con privaciones y vigilancia importuna, he resuelto que paséis a residir en la ciudad de Santo Domingo, donde viviréis mucho más agradablemente que aquí. Podéis, pues, retiraros y preparar todo lo que necesitéis para ese viaje. Yo cuidaré de vuestra suerte y la de vuestra hija.

Diciendo estas palabras se despidió con un amable saludo, y Doña Ana salió de la casa, acompañada como antes, sin saber si debía felicitarse por su nuevo destino, o considerarlo como una agravación de sus desdichas. La idea de que iba a ver a su madre en la capital de la colonia al cabo se sobrepuso a todos los demás afectos de su alma; y hasta acusó de tardo y perezoso al tiempo, mientras no llegaba el instante de decir adiós a aquellas peregrinas riberas, testigos de sus ensueños de virgen, de sus breves horas de amor y dicha, de sus acerbos pesares como esposa, y, en último lugar confidentes de sus dolores y angustias, por la sangre y los sufrimientos de la raza india; por la crueldad y los malos tratamientos de que eran víctimas todos los seres que habían cubierto de flores su cuna, y embellecido los días de su infancia. La pobre criatura no podía prever que, al mudar de residencia, en vez de encontrar el regazo materno para reclinar su abatida frente, iba a recibir el golpe más aciago y rudo que al corazón de la amante hija reservaba su hado adverso e implacable.

VIII

EXPLORACIÓN

Don Pedro de Mojica fue puesto en libertad el mismo día; volvió a entrar aparentemente en la gracia del comendador, y recibió de éste el encargo, hecho con el dedo índice hacia arriba y el puño cerrado, de administrar con pureza los bienes de Doña Ana de Guevara. El solapado bribón se deshizo en protestas de fidelidad, y salió al trote como perro que logra escapar de la trampa donde su inadvertencia le hiciera caer. Reinaba cierta confusión en sus ideas, y su pensamiento andaba, con inútil afán, en pos de un raciocinio sosegado y lógico, sin lograr encontrarle; a la manera de un timonel que, perdida la brújula, no acierta a dirigir su rumbo en el seno de la tempestad, y pone la proa de su barco a todos los vientos. El estaba libre, es verdad; pero Doña Ana lo estaba también; él conservaba la intendencia de los bienes de su prima; pero ésta continuaba tan señora y respetada como antes, mientras que el terrible dilema del Gobernador ofrecía en último término una horca; para Doña Ana, si Don Pedro justificaba su acusación; para Don Pedro, si Doña Ana era inocente.

—¿He triunfado? ¿he sucumbido? —se preguntaba ansiosamente el contrahecho hidalgo—. ¿Quedan las cosas como estaban antes? Pues ¿por qué me prendió el Gobernador? ¿por

qué me puso en libertad? ¿Por qué Doña Ana está tranquila? ¿Por qué sigo siendo su intendente? ¿Por qué...? ¡Qué diablos! Ya que ella no me pone mala cara, preguntémosle lo que ha pasado, y ella me dará la clave de este enigma.

Y diciendo y haciendo, Mojica, que en medio de su soliloquio había llegado jadeando a la presencia de Higuemota, y se había sentado maquinalmente mirándola de hito en hito, le dirigió en tono manso y melifluo esta pregunta:

—¿Cómo os recibió el Gobernador, señora prima?

—Con la bondad de un padre —respondió sencillamente Higuemota.

—¿Y qué le declarasteis?

—Todo.

—Y él, ¿qué dijo entonces?

—Nada.

Don Pedro se quedó estupefacto.

Sin duda Doña Ana había penetrado su perfidia, y se vengaba burlándose de él. Esto fue lo que ocurrió al hidalgo; pero se equivocaba: la joven, cándida y sencilla, creía que las preguntas de Mojica envolvían el recelo de que el Gobernador hubiera mostrado alguna severidad en la entrevista, y concretándose a este concepto, satisfacía a su entender la curiosidad de su oficioso pariente, a quien suponía enterado de la orden de viaje, porque ignoraba absolutamente el percance de su prisión y la subsiguiente reserva del Gobernador.

Estaba acostumbrada a la intervención activa de Don Pedro, y en este caso creía que el tenor de su conferencia con Ovando era el único incidente que había escapado a esa intervención.

La perplejidad del hidalgo subió, pues, de punto con este quid pro quo 17. No sabía qué pensar, y ya iba a retirarse en el colmo de la incertidumbre, cuando Higuemota, que también permanecía pensativa, volvió a mirarle, y le dijo:

—Supongo que nos acompañaréis a Santo Domingo.

—¡A Santo Domingo! —exclamó con un sacudimiento de sorpresa Mojica.

—Pues ¿que no lo sabíais?

—No, señora; es decir... estaba en duda... Algo me dijeron de esto... —murmuraba casi entre dientes Mojica, temeroso de comprometerse más con el Gobernador, o de perder su

autoridad en el concepto de Doña Ana si descubriera su ignorancia en la materia de que se trataba.

Reflexionó un momento, y cruzó por su frente un rayo de infernal alegría: ya veía claro. Su intriga no había sido estéril. Doña Ana iba a Santo Domingo en calidad de prisionera, sin sospecharlo, y él se quedaría al frente de sus bienes como tutor de Mencia; —esto no era dudoso.

—Si, señora —dijo esta vez con voz segura—: iréis a Santo Domingo; pero yo no puedo acompañaros, porque debo quedarme hecho cargo de vuestra hija...

—¡De mi hija! ¿qué decís? —interrumpió vivamente Doña Ana—; mi hija no se aparta de mí: va donde yo fuere, y yo no voy sin ella a ninguna parte.

Mojica no replicó; cualquier palabra suya podía ser indiscreta, y él se consideraba como un hombre de pie sobre un plano inclinado, terso y resbaladizo, cuyo extremo inferior terminara en el borde de un abismo.

Se despidió más tranquilo, y a poco rato fueron a buscarle de parte del Gobernador. Acudió al llamamiento, y Ovando le dijo en tono imperativo y áspero:

—Disponed todo lo necesario para que Doña Ana se embarque mañana en la noche.

—¿Va en calidad de prisionera, señor?

—¡Va libre! —le dijo el Gobernador con voz de trueno-: cuidad de que nada le falte a ella ni a su hija; que la acompañen los criados que ella escoja, sin limitarle el número; que se le trate con tanto respeto y tanta distinción, como si fuera una hija mía; ¿estáis?

Don Pedro bajó la cabeza, y se fue a cumplir las órdenes del Gobernador.

Entretanto, Diego Velázquez, al frente de su corta hueste, emprendía marcha aquella misma tarde, y pernoctando al pie de los ciclópeos estribos de la Silla, entraba al amanecer del día siguiente en los estrechos y abruptos desfiladeros de las montañas. Guaroa y sus indios iban a ser tratados como rebeldes, y reducidos por la fuerza al yugo de la civilización.

IX

LA PERSECUCIÓN

El espionaje de los indios no era un accidente anormal, que se efectuara por virtud de consignas especiales, y sujeto a plan u organización determinada. Era un hecho natural,

instintivo, espontáneo, y no ha faltado quien suponga que estaba en la índole y el carácter de aquella raza. Pero esto no era sino una de tantas calumnias como se han escrito y se escriben para cohonestar las injusticias; porque es muy antigua entre los tiranos la práctica de considerar los efectos de su iniquidad como razonables motivos para seguir ejerciéndola. El indio de Haití, confiado y sencillo al recibir la primera visita de los europeos, se hizo naturalmente arisco, receloso y disimulado en fuerza de la terrible opresión que pesaba sobre él; y esta opresión fue haciéndose cada día más feroz, a medida que los opresores iban observando los desórdenes morales que eran la necesaria consecuencia de sus procedimientos tiránicos.

El indio, a quien extenuaba el ímprobo trabajo de lavar oro en los ríos, guardaba cuidadosamente el secreto de los demás yacimientos auríferos que le eran conocidos, y aplicaba todo su ingenio a hacer que permanecieran ignorados de sus codiciosos verdugos: si tenía hambre, estaba obligado a refinar sus ardides para hurtar un bocado, a fin de que el látigo no desgarrara sus espaldas, en castigo de su atrevimiento y golosina; y así aquella raza infeliz, de cuyo excelente natural había escrito Colón que “no había gente mejor en el mundo”, degeneraba rápidamente, y se hacía en ella ley común la hipocresía, la mentira, el robo y la perfidia. Cuando los cuerpos se rendían a la fatiga y los malos tratamientos, ya las almas habían caído en la más repugnante abyección. Tanto puede la inexorable ferocidad de la codicia.

Los recientes sucesos de Jaragua, al refugiarse Guaroa en las montañas, habían aguzado, como era consiguiente, la predisposición recelosa de los indios. Ningún movimiento de los españoles, ninguna circunstancia, por leve e insignificante que fuera, pasaba inadvertida para su atenta y minuciosa observación. Desde las riberas del litoral marítimo donde tenían su asiento los establecimientos y nuevas poblaciones fundadas por los conquistadores, hasta el riñón más oculto de las montañas donde se albergaba el cacique fugitivo, ‘los avisos funcionaban sin interrupción, como las mallas de una densa red, partiendo del naboria que con aire estúpido barría la casa del jefe español, y corriendo de boca en boca por un cordón perfectamente continuado de escuchas y mensajeros; del aguador al leñador, del leñador al indio viejo y estropeado, que cultivaba al pie de la montaña un reducido conuco; y del indio viejo a todos los ámbitos del territorio.

Esto hacía que la faena impuesta por Ovando a Diego Velázquez ofreciera en realidad más dificultades de las que a primera vista podían esperarse. El capitán español llevaba por instrucciones capturar o matar a Guaroa a todo trance, debiendo recorrer las montañas con el ostensible propósito de reorganizar el servicio de los tributos, interrumpido y trastornado por la muerte trágica de los caciques. Mientras que la hueste española hacía el primer alto a la entrada de los desfiladeros de la Silla, la noticia de su expedición cundía con rapidez eléctrica por todas partes, y llegaba a los oídos del prudente y precavido Guaroa, en la mañana del día siguiente. El jefe indio, que había fijado su residencia en la ribera del lado más distante del camino real, se aprestó inmediatamente a recibir y aposentar los fugitivos que desde el mismo día, según las órdenes e instrucciones que de antemano había comunicado a su gente, no podían menos de comenzar a afluir en derredor suyo. Como se ve, el plan de campaña de los indios tenía por base principal la fuga; y no podía ser de otro modo, tratándose de una población inerme y aterrada por

recientes ejemplares. Después de diez años de experiencia, los indios de La Española, a pesar de su ingénito valor, no podían proceder absolutamente como salvajes sin noción alguna suficiente para comparar sus débiles fuerzas con las de sus formidables enemigos. El período de combatir dando alaridos y ofreciéndose en muchedumbre compacta al hierro, al fuego de la arcabucería y a las cargas de caballería de los españoles, había pasado con los primeros años de la conquista, y su recuerdo luctuoso servía esta vez para hacer comprender a Guaroa que debía evitar en todo lo posible los encuentros, y fiar más bien su seguridad al paciente y penoso trabajo de huir con rapidez de un punto a otro, convirtiendo sus súbditos en tribu nómada y trashumante, y esperándolo todo del tiempo y del cansancio de sus perseguidores.

No quiere esto decir que estuviera enteramente excluido el combate de los planes de Guaroa; no. El estaba resuelto a combatir hasta el último aliento, y de su resolución participaban todos o los más de sus indios; pero solamente se debía llegar a las manos cuando no hubiera otro recurso; o cuando el descuido o la fatiga de los españoles ofreciera todas las ventajas apetecibles para las sorpresas y los asaltos. Fuera de estos casos, la estrategia india, como la de todos los grandes capitanes que han tenido que habérselas con fuerzas superiores, debía consistir en mantenerse fuera del alcance de los enemigos, mientras llegara el momento más favorable para medirse con ellos. Los extremos siempre se confunden, y la última palabra de la ciencia militar llegará a ser probablemente idéntica al impulso más rudimentario del instinto natural de la propia conservación.

Según lo había supuesto el caudillo indio, al caer la tarde del mismo día de la entrada de Velázquez en los desfiladeros comenzaron a llegar al Lago Dulce los principales moradores de las montañas, con sus deudos y amigos más aptos para las agitaciones y los azares de la vida errante que iban a emprender, y muchos de ellos acompañados de sus mujeres e hijos. Guaroa les dio albergue en un extenso guanal, a corta distancia del lago, donde con poco trabajo quedaron improvisadas espaciosas y abrigadas viviendas, cubiertas de guano, cuyos troncos redondos y derechos tienen cierta semejanza con las esbeltas columnas de que tan feliz uso ha sabido hacer la arquitectura árabe. Allí pudo admirarse la previsión de que eligió aquel sitio como punto de reunión general. Los mantenimientos y variedad de víveres enriquecían toda la ribera del azulado y vistoso lago. Sus tranquilas aguas, si no eran las más puras y gustosas al paladar, ofrecían en cambio fácil y abundante pesca; mientras que contra las exigencias de la sed, multitud de fuentes y manantiales brindaban sus límpidas y refrigerantes corrientes, deslizándose por en medio de deliciosos vergeles naturales, en los que confundían y estrechaban sus caprichosos lazos, en agraciado consorcio, lozanas enredaderas silvestres cuya pomposa florescencia engalanaba los arbustos con variados y brillantes matices, y donde al pasar el aura apacible embalsamaba su aliento con los perfumes robados a las hierbas aromáticas.

Diego Velázquez penetró en la sierra, y pronto echó de ver la soledad y el abandono que reinaba a su redor; pocos indios, los más ancianos, los inválidos y algunas horribles mujeres, eran los ejemplares que de la raza se ofrecían a su vista. No era la primera vez que él visitaba la montaña, adonde le habían conducido anteriormente comisiones importantes, como la de percibir los tributos, y persuadir a los indios a formar caseríos o

poblados, renunciando a su vida aislada y huraña. En esta diligencia había obtenido lisonjeros resultados, que hacían honor a su talento y su destreza para tratar con aquellos indígenas. Tenía entre ellos algunos conocidos con quienes había ejercido actos de bondad, y que le demostraban siempre gratitud y cariño. Pero en vano buscó, indagó y preguntó por algunos de sus colomboños, que así solía llamar familiarmente a los que para significarle amor y adhesión tomaban su nombre; costumbre muy común entre aquellos naturales. Todos huían de su vista cuidadosamente; y es muy probable que mientras Velázquez abrumaba con preguntas inútiles al indio viejo que apáticamente fumaba su túbano sentado a la puerta del bohío, el individuo cuyo paradero investigaba con tanto ahínco el capitán español, estuviera mirándolo y oyéndolo desde su escondite en la vecina arboleda.

Esta exploración infructuosa duró un mes: los escasos habitantes con quienes tropezaba Velázquez parecía que se habían dado el santo y seña para responder de un modo invariable: todos hacían el papel de estúpidos; hablaban maquinalmente y con absoluta incoherencia, de lo que les era preguntado. Si alguna vez se conseguía por excepción topar con un ser medianamente razonable, sus respuestas producían mayor confusión: decía que la gente estaba en el trabajo; que la habían dejado atrás, muy lejos; que iba a venir, que la esperaran hasta la noche; y cuando ésta llegaba y la gente no, se mostraba el informante muy maravillado; se ofrecía a conducir los españoles al lugar del trabajo, y en la primera hondonada, o en la espesura que le parecía a propósito, se ocultaba y evadía como si fuera espíritu puro dejando a los españoles extraviados en la oscuridad, o entretenidos en coger maíz y raíces alimenticias que abundaban en los cultivos abandonados de toda aquella parte de la sierra.

Alguna vez tomaban la precaución de atar al guía, y amenazarle con palos o con la muerte si cometía algún engaño o trataba de escaparse; pero todo era inútil: llegaban después de mil fatigas a un lugar tan solitario como los demás, y allí se detenía el indio diciendo: —aquí los dejé, yo creía que aquí estaban—; o cosa parecida. No se podía obtener mayor luz, ni por buenas ni por malas; comenzaban a menudear los palos sobre el testarudo guía, sin conseguir arrancarle un suspiro; y algunos había tan constantes y sufridos, que morían a golpes y no volvían a proferir una sola palabra. El capitán se desesperaba con el escaso fruto que iba produciendo su expedición, y sólo una cosa veía en la sorprendente conducta de los montañeses: que la inspiraba el miedo, efecto de la ejecución de Jaragua. Era evidente que los indios huían y se ocultaban por terror, abandonando cuanto tenían y atentos a resguardar solamente las vidas.

Sea por piedad o por política, esta conclusión de Diego Velázquez le indujo a poner en práctica procedimientos más reflexivos y humanitarios. Trató indistintamente bien a todos los naturales que pudo haber a mano; los agasajó y procuró inspirarles confianza en medio de los españoles: si alguno se ofreció a servirle de guía lo dejó en absoluta libertad, dando orden de que le permitieran escapar sin perseguirle ni alborotarle, si tal era su voluntad. Por último, prodigaba sus amplias botas de vino andaluz, de que andaba bien provisto, dando a gustar el generoso licor a los pobres ancianos, que no tardaban en aficionársele de veras, merced a este mágico estimulante;

y así, al cabo de una semana de estar practicando tan benévolo sistema, Velázquez forzaba en sus últimos atrincheramientos la estudiada reserva de sus cotidianos convidados.

Uno de aquellos montañeses —el que más idiota parecía al principio-, llegó un día a embriagarse con las repetidas libaciones, y dio rienda suelta a la entumecida lengua. Velázquez aprovechó diestramente el momento, y arrancó al avinado hablador cuantas noticias e indicaciones le hacían falta. Cuando el indio llegó a rendirse al sueño báquico, ya el capitán español sabía el paradero de Guaroa y de su tribu. Inmediatamente dispuso la marcha para esa misma noche.

Al anochecer volvió el viejo en su acuerdo, recapacitó sobre su funesta indiscreción, y llamando sin demora a un muchacho hijo suyo, acostumbrado sin duda a tales comisiones, lo despachó por en medio de los bosques y al favor de las tinieblas, llevando a Guaroa el aviso de que los españoles iban a caer sobre él.

Fue forzoso abandonar apresuradamente las hospitalarias riveras del Lago Dulce, que por lo poco accidentada era de fácil acceso para los caballos, el elemento de guerra más temido por los indios. Una escarpada montaña, casi cortada perpendicularmente por la naturaleza, y cuya cima estaba siempre envuelta en un velo de nubes, fue el sitio escogido por Guaroa para mudar su campo. Esa fortaleza natural sólo tenía un descenso practicable, aunque sumamente disimulado por la maleza, del lado Sudoeste, y daba paso por un angosto y profundo barranco hasta el pie de otra montaña contigua, no menos fragosa y abrupta que la que podemos llamar segundo campamento de Guaroa.

Cuando Velázquez llegó a la orilla del Lago Dulce halló los vestigios de la reciente presencia de los indios, y no pudo menos que admirar la previsora inteligencia con que aquellos infelices habían elegido aquel pintoresco y ventajoso refugio. Hasta se arrepintió, por un buen movimiento involuntario de su alma, de haberles perturbado en su pacífico retiro. Como que por lo visto sólo se trataba de perseguir a pobres fugitivos ajenos a todo pensamiento de agresión, dormía en los españoles esa fiebre de exterminio que solía despertarse con trágico fracaso desde que recelaban cualquier intento sanguinario contra su existencia. Y por tanto, seguían la pista de los indios, estimulados más bien por el deber y por el amor propio, y dando rienda a su espíritu aventurero, y ganoso de derramar la sangre de los que casi era un sarcasmo llamar rebeldes.

Así, desde que llegaron al guanal del Lago y se hallaron agradablemente instalados, Velázquez quiso descansar unos días en tan bellos sitios y se limitó a enviar diariamente pequeñas rondas de exploradores a las montañas vecinas.

La que ocupaba Guaroa con su gente sólo era adecuada para servir como reducto de guerra; pero a esta única ventaja se había limitado con aquella mole escarpada el favor de la Naturaleza.

Los depósitos de agua potable en los canjilones de la granítica meseta eran reducidos y escasos.

No había allí sembrados ni cultivos de ninguna especie, y en dos o tres días quedaron consumidos los víveres que se habían llevado del Lago, y las pocas frutas silvestres que se pudieron encontrar. Desde entonces el hambre comenzó a hacerse sentir entre los refugiados de la inhospitalaria montaña despacharon las mujeres y los niños (excepto Guarocuya) a sus respectivas casas, y fue preciso organizar cuadrillas de merodeadores que, buscando el rumbo opuesto a la zona que ocupaban los enemigos, fueron extendiendo gradualmente sus excursiones famélicas hasta los valles del río Pedernales, al Sur. Ignoraban que en la desembocadura de este río se hallaba apostado hacia poco tiempo, con el fin de vigilar y custodiar aquella costa, un destacamento español cuyos ociosos soldados también vivían del merodeo por los alrededores.

Un día a tiempo que los exploradores de Guaroa, en número de ocho, despojaban un lozano maizal de sus rubias mazorcas, se vieron rodeados de repente por varios soldados españoles, los cuales lograron aprisionar a tres de los indios: los demás emprendieron la fuga para sus montañas, y los presos fueron conducidos a la presencia de un anciano capitán español que los trató benignamente, les inspiró confianza, e interrogándoles con destreza llegó a adquirir todos los datos necesarios para saber el paradero de Guaroa y el género de vida que llevaba con su gente. Al saber que los fugitivos eran en tan crecido número, el oficial español se alarmó vivamente, y presuroso acudió, con la mayor parte de sus soldados y conducidos por los indios prisioneros al través de los montes, a participar su descubrimiento a Diego Velázquez.

No tardó el jefe español en emprender operaciones activas para sojuzgar o destruir aquellos indios alzados. Su tropa, dividida en tres destacamentos, penetró por distintas partes en la sierra, llevando por objeto la escarpada montaña que servía de sitio a Guaroa.

Pero la vigilancia de este caudillo proveyó a la defensa con una oportunidad y buen concierto admirables. No bien comenzaron a subir los soldados españoles por la áspera eminencia, cuando una lluvia de gruesas piedras derribó a varios de ellos sin vida; tres veces acometieron denodados, y otras tantas rodaron revueltos con enormes rocas por aquella empinada ladera.

Esta defensa se hacía en absoluto silencio por parte de los indios: su jefe así lo había ordenado; pero el aviso de que por otro lado de la montaña se presentaban nuevos enemigos puso la consternación en los ánimos, y prorrumpieron en lastimeras exclamaciones.

Solicito Guaroa acudió a todos; los exhortó a la esperanza; los tranquilizó, y les señaló el punto de retirada que su previsión había reservado para el trance final, y que los enemigos ignoraban. Esto devolvió el ánimo a sus hombres, que volvieron a la lucha a tiempo para rechazar el asalto simultáneo de los españoles, y lo consiguieron una vez más. Las sombras de la noche vinieron a terminar aquella jornada, y a su favor los indios operaron su retirada por el barranco, internándose en las vecinas montañas. Al amanecer del día siguiente, Diego Velázquez ordenó nuevamente el asalto a las posiciones disputadas la víspera, y esta vez, sin más resistencia que la opuesta por los obstáculos

naturales de la áspera subida, llegó a la cumbre de la montaña, quedándose estupefactos los agresores al encontrar su altiplanicie en la más completa soledad.

X

CONTRASTE

Muchos días de activas pesquisas fueron necesarios para llegar a descubrir el nuevo paradero de los indios: otros tres asaltos con igual éxito resistió Guaroa, y logró evadirse con todos los suyos como la primera vez.

Pero no consiguieron escapar de igual modo a la persecución cada vez más apremiante y activa del hambre. Entre aquellas breñas había pocas siembras: las frutas silvestres, el mamey, la guanábana, la jagua y el cacheo escaseaban de más en más; las hutías e iguanas no bastaban a las necesidades de la tribu, y era preciso buscar otra comarca más provista de víveres, o morir.

El jefe indio no vaciló: los merodeadores que pocos días antes habían logrado huir de las manos de los españoles en el campo de maíz, en las inmediaciones del río Pedernales, recibieron órdenes de ir a explorar aquel mismo contorno, para determinar el punto preciso que ocupaban los conquistadores en esa parte de la costa, y el número de sus soldados.

Las prudentes instrucciones de Guaroa, fielmente ejecutadas, dieron por resultado el regreso feliz de los exploradores al cabo de tres días: hacia la boca del río, según lo que refirieron, los españoles tenían una guardia como de veinte hombres: de éstos una ronda de ocho individuos salía todas las mañanas a recorrer los contornos; pero al anochecer regresaban a su cuartel para pasar la noche todos reunidos.

El campo indio se puso en marcha aquella misma tarde con dirección a los maizales, adonde llegaron hacia la medianoche. El maíz fue brevemente cosechado hasta no quedar una mazorca; y los indios, cargados de provisiones para algunos días, volvieron a internarse en las montañas, hacia el Este de Pedernales, aunque acamparon mucho más cerca de las siembras que cuando levantaron su campo de la víspera.

La ronda española echó de ver el despojo al día siguiente. Los pacíficos indios del contorno, interrogados por los españoles sobre la desaparición del maíz, no sabían qué responder, y, en su afán de justificarse contra toda sospecha, ayudaron a los soldados a practicar investigaciones activas que muy pronto hicieron descubrir las huellas de los nómadas nocturnos.

El oficial que tenía a su cargo el puesto de Pedernales despachó inmediatamente un correo a Diego Velázquez para advertirle lo que ocurría; pero este emisario, que era un

natural del país, tardó muchos días en atravesar las montañas para llegar al campamento de los españoles, de nuevo instalados en las orillas del Lago.

Diego Velázquez había regresado a este último sitio por más fértil y cultivado, con su tropa diezmada, hambrienta y extenuada por sus penosas marchas por aquellas casi inaccesibles alturas. Dio cuenta de su situación a Ovando, que permanecía en Jaragua, habiendo hecho al fin elección de sitio y trazado el plan para la fundación de la villa de Vera Paz a corta distancia del Río Grande, y en las faldas de la Silla. El buen comendador creyó sin duda desagaviar a la Majestad Divina y descargar su conciencia del crimen de Jaragua, echando los cimientos de la iglesia y un convento de frailes franciscanos, al mismo tiempo que colocaba la primera piedra de la casa municipal de la futura villa, y ordenaba la construcción de una fortaleza, que debía dominar la población desde un punto más escarpado, al Nordeste.

En estas ocupaciones le halló la misiva de su teniente Diego Velázquez, causándole extraordinaria indignación la audacia de los rebeldes indios. Mandó al punto reforzar con cincuenta hombres a capitán español, y que fueran por mar a Pedernales otros veinticinco, para que reunidos a la fuerza que allá estaba, cooperaran enérgicamente en la nueva campaña que Velázquez emprendería entrando en la sierra por el lado del Norte. Estas fuerzas iban perfectamente equipadas, y provistas de víveres, que se embarca ron en la carabela destinada a la costa del Sur una parte, mientras que la otra acompañaba al destacamento de tierra, llevada en hombros de los indios de carga.

Cuando todo estaba listo, y la carabela acababa de recibir su cargamento, un hombre, joven aún, de porte modesto al par que digno y majestuoso, un español del séquito de Ovando, se presentó en el alojamiento de éste. Al verle, el gobernador manifestó grata sorpresa y exclamó en tono familiar y afectuoso:

—Gracias a Dios, Licenciado, que os dejáis ver después de tantos días. ¿Ha pasado ya vuestro mal humor y tristeza? Mucho lo celebraré.

El individuo tan benévolamente increpado contestó:

—Dejemos a un lado, señor, mis melancolías: de este mal sólo puede curarme la convicción de hacer todo el bien que está a mi alcance a mis semejantes. Y pues que, loado sea Dios, Vuestra Señoría está de acuerdo conmigo en que espiritual y materialmente conviene atraer con amor y dulzura estos pobres indios de Jaragua, que todavía andan llenos de terror por los montes, más bien que continuar cazándoles como bestias feroces, contra toda ley divina y todo derecho humano...

—¿Volvéis a vuestro tema, señor Bartolomé? ¿Qué más queréis? Los indios meditaban nuestro exterminio; su inicua reina trataba de adormecernos pérfidamente para que sus vasallos nos degollaran en el seno de su mentida hospitalidad; ¿y quisierais que hubiéramos tendido el cuello a los asesinos como mansos corderos?

—Hablemos seriamente, señor me parece que sólo en chanza podéis decir eso que decís; y esa chanza cuando aún humean las hogueras de Jaragua, es más cruel todavía que vuestro juego del herrón y el signo sacrílego de tocar vuestra venera para comenzar la matanza en aquella tarde funesta.

—Basta, señor Las Casas —dijo el Gobernador frunciendo el ceño-; os estáis excediendo demasiado. Ya os he dicho que me pesa tanto como a vos la sangre vertida, la severidad que he debido desplegar; pero si os hallaseis en mi puesto, a fe mía, Licenciado, que haríais lo mismo.

Bartolomé de Las Casas se sonrió, al oír esta suposición, de un modo original; el Gobernador pareció advertirlo, y repuso con impaciencia:

—Al cabo, ¿qué deseáis? ¿Qué objeto trae vuestra visita?

—Deseo, señor, acompañar la expedición a Pedernales; allí debe haber crímenes que prevenir, lágrimas que enjugar, y mis advertencias tal vez eviten muchos remordimientos tardíos.

—Estáis bueno para fraile, señor Bartolomé.

—Ya otra vez os he dicho, señor, que pienso llegar a serlo, con la ayuda de Dios, y hago en la actualidad mi aprendizaje.

Ovando miró a su interlocutor, y algo de extraordinario halló en aquella fisonomía iluminada por una ardiente caridad; pues le dijo casi con respeto:

—Id con Dios, señor Bartolomé de Las Casas, y no creáis que tengo mal corazón.

El hombre ilustre que más tarde había de asombrar hasta a los reyes con su heroica energía en defensa de la oprimida raza india, se inclinó ligeramente al oír esta especie de justificación vergonzante, y contestó gravemente:

—¡El Señor os alumbre el entendimiento, y os dé su gracia!

Formulado este voto salió con paso rápido, y dos horas después navegaba con viento favorable en dirección a la costa del Sur..

XI

EL CONSEJO

Tan pronto como Diego Velázquez recibió las fuerzas que aguardaba en Lago Dulce, emprendió su nueva expedición al centro de las montañas, concertando su movimiento

con el comandante de Pedernales, según las instrucciones de Ovando, para que, siguiendo el curso del río, aguas arriba, con las debidas precauciones, fuera ocupando cuantos víveres y mantenimientos hallara al paso en aquellas riberas, que eran precisamente las más cultivadas; tanto para aumentar las provisiones de los expedicionarios, cuanto para privar de ese recurso a los indios. De este modo contaba Velázquez con que, marchando con rumbo directo al Sur desde el Lago, hasta llegar al río, y siguiendo aguas abajo, no podría menos de encontrarse a los dos o tres días con la tropa procedente de la sierra para impeler los indios hacia la parte menos escabrosa, en dirección a la boca del río, donde lograría desbaratarlos fácilmente.

La primera parte de este plan salió conforme a los cálculos del jefe español, por cuanto al tercer día de su marcha se encontró con los de Pedernales acampados en un recodo del río al pie de la montaña, en un punto en que ésta se yergue brusca y casi perpendicularmente desde la misma ribera, mientras que las límpidas aguas fluviales sirven de orla a la verde y amenísima llanura que se extiende a la margen occidental. Pero en lo que del plan respectaba a los alzados indios no salió tan acertado; porque al empezar el ojeo, después de algunas horas de descanso, se hallaron señales ciertas de que habían abandonado su último campamento, inmediato a las siembras de Pedernales, y volvían a esconderse en las inaccesibles alturas.

He aquí lo que había sucedido. Mientras la tropa reposaba, algunos de los indios que llevaban en hombros las provisiones se evadieron con su carga en busca de sus compatriotas, a quienes prestaron el doble servicio de proveerles de alimentos para muchos días, y de advertirles la proximidad de los perseguidores.

La exasperación de Diego Velázquez llegó al colmo cuando se convenció de que los indios se le escurrían de entre las manos, después de tan penosas diligencias para dar con ellos; pero con esa constancia invencible que fue el carácter distintivo de los hombres de hierro que acometieron la conquista del mundo revelado por el genio de Colón, el jefe español dio nuevas órdenes y disposiciones para llegar al objeto que hacia ya casi tres meses estaba persiguiendo inútilmente.

Disponíanse, pues, los españoles a levantar el campo, cuando Bartolomé de Las Casas, que acompañaba al comandante de la costa, sin armas, vestido con jubón y ferreruelo negro (lo que le daba un aspecto extraño entre aquellos hombres equipados militarmente), y llevando en la mano un nudoso bastón rústico, que le servía de apoyo en los pasos difíciles del río y las montañas, se acercó familiarmente a Velázquez y le dijo sonriendo:

—Señor Diego, frustré laboras; en vano trabaja vuestra merced: los indios se escapan de vuestras manos en lo sucesivo, como vienen haciéndolo hasta aquí, y nuestras armas van a quedar deslucidas en esta campaña contra un adversario invisible, que no nos ataca, que evita hasta las ocasiones de resistirnos, y no hace más guerra que huir, para salvar su miserable existencia.

—¿Qué queréis decir, señor Bartolomé?

—Quiero decir que sien vez de proseguir vuestra merced organizando cacerías contra esos infelices seres inofensivos, procurarais hacerles entender que no se trata de matarlos, ni de hacerles daño, ellos se darían a partido, con grande gloria vuestra y salud de vuestra ánima.

Diego Velázquez no era un malvado: impresionable, como todos los de su raza; imbuido en las falsas ideas religiosas y políticas de su tiempo, seguía el impulso fatal que movía a todos los conquistadores, queriendo someter a fuego y sangre los cuerpos y las almas de los desgraciados indios; pero su generosidad se manifestaba tan pronto como una ocasión cualquiera, una reflexión oportuna detenía sus ímpetus belicosos, y la razón recobraba su imperio. El lenguaje de Las Casas, diestramente impregnado de sentimientos compasivos, disipó las prevenciones sanguinarias del guerrero español, como la luz solar disipa las nieblas de una mañana de otoño.

—Pero ¿quién persuadirá a los indios de que pueden entregarse bajo seguro? —preguntó Velázquez a Las Casas.

—Yo —respondió éste sencillamente—: iré con guías indios; veré a Guaroa, y espero reducirlo a buenos términos.

Velázquez se admiró de esta resolución, que revelaba una intrepidez de género desconocido para él; la intrepidez de la caridad; y como la fe es contagiosa, llegó a participar de la que alentaba el magnánimo corazón de Las Casas: avínose al buen consejo de éste, y desde entonces vislumbró un éxito completo para la pacificación que le estaba encomendada.

XII

PERSUASIÓN

Veamos entretanto cuál era la situación en el campo de Guaroa. Su gente, regularmente provista de subsistencia para algunos días, gracias a la deserción de los indios de Pedernales del campo español, comenzaba a avezarse a la vida nómada y azarosa que había emprendido. Ya sabían aquellos hijos de las selvas, gracias a las lecciones y el ejemplo de su caudillo, improvisar barracas con ramas de árboles, para resguardarse de la intemperie: ya cada uno de los fugitivos, además del recio arco de mangle con cuerdas de cabuya y saetas de guaconejo, sabía manejar con destreza y agilidad una pesada macana, o estaca de ácano, madera tan dura y pesada como el hierro; y los más atrevidos hablaban de no permanecer más tiempo a la defensiva, sino acechar a sus perseguidores, y causarles todo el daño posible.

Pero el prudente Guaroa no aspiraba a tanto: su plan, como ya dijimos, se reducía a irse sustrayendo con su tribu de la persecución, cambiando continuamente de sitio, y no pelear hasta no verse en el último aprieto; contando con la posibilidad de hallar un

escondite en aquellas breñas, bastante oculto e inaccesible para que los españoles perdieran hasta la memoria de que había indios alzados.

Esto ofrecía varias dificultades, y principalmente la de no abundar los jagüeyes, o charcas de agua, en aquellas alturas. El indio previsor, cada vez que mudaba de sitio, se aplicaba a hacer cavar hondas fosas en los vallejuelos o barrancos que separaban una eminencia de otra, en aquella intrincada aglomeración de montañas; logrando así reforzar sus defensas, y en las frecuentes lluvias que atrae la sierra, estancar crecidas cantidades de agua.

Guarocuya seguía siendo el objeto de todos los cuidados, y el ídolo de aquella errante multitud de indios. Su gracia infantil, su humor igual y benévolo, sus juegos, todo interesaba altamente a los pobres fugitivos, que cifraban en aquel niño esperanzas supersticiosas. Corría, saltaba con imponderable agilidad; seguía a pie, sin fatiga ni embarazo, a su vigoroso tío, por los caminos más ásperos; hasta que, admirado de tanta fortaleza en tan tiernos años, Guaroa lo hacía llevar en hombros de algún recio indio, sin que el niño mostrara en ello satisfacción o alegría.

El joven jaragüeno, de veinticuatro años de edad, que había estado al servicio del célebre alcalde mayor Roldán, cuando éste se rebeló contra Colón en Jaragua, era el que con más frecuencia llevaba sobre sus espaldas al infantil cacique. Su amo le había impuesto el nombre español de Tamayo, por haber encontrado semejanza entre algunos rasgos de la fisonomía del indio con los de otro criado de raza morisca que tenía ese nombre y se le había muerto a poco de llegar de España a la colonia. El antiguo escudero de Roldán parecía haber heredado el aliento indómito de aquel caudillo, primer rebelde que figuraba en la historia de Santo Domingo.

Manejaba bien las armas españolas; llevaba espada y daga que logró hurtar al escaparse a las montañas, y hallaba singular placer en hacer esgrimir esas armas a su pupilo Guarocuya, que por esta causa, y por conformarse Tamayo a todos sus gustos y caprichos de niño, lo amaba con predilección..Siendo el único que podía decirse armado entre los indios, Tamayo era tal vez por lo mismo el más osado y más fogoso de todos. Un día, seguido del niño Guarocuya, descendió de la montaña un buen trecho alejándose del campamento: vagaba a la ventura buscando iguanas, nidos de aves y frutas silvestres, cuando advirtió que se acercaban haciéndole señas dos indios, precediendo a un hombre blanco, uno de los temidos españoles. Este, sin embargo, nada tenía de temible en su aspecto ni en su equipo. Iba vestido de negro, y su única arma era un bastón, que le daba el aire pacífico de un pastor o un peregrino.

Tamayo miró con sorpresa a los viajeros; pero sin inmutarse, desenvainó su espada, se puso en guardia y preguntó a los indios qué buscaban.

La respuesta le tranquilizó completamente, y más el rostro afable, para él muy conocido, de Las Casas, que no era otro el compañero de los guías indios. Estos contestaron a Tamayo indicándole al emisario español, y diciéndole en su lengua que venía a hablar con el jefe de los alzados.

Antes que acabaran de explicarse, Guarocuya, reconociendo a Las Casas, había corrido a él con los brazos abiertos, dando muestra del más vivo júbilo: el español lo recibió con bondadosa sonrisa, se inclinó a él, le besó cariñosamente en la mejilla, y le dijo:

—Mucho bien te hace el aire de las montañas muchacho.

Volvió a la vaina Tamayo su aguzada tizona, y quitándose el sombrero que a usanza española llevaba, se acercó a Las Casas y le besó la mano.

Éste lo miró como quien evoca un recuerdo: —¿Quién eres? me parece conocerte —le dijo.

—Sí, señor —contestó el joven indio—; vuestra merced me ha visto primero en Santo Domingo, hace un año, sirviendo a mi señor Roldán, cuando lo embarcaron para España. Poco después mi nuevo amo me trataba muy mal, y me vine a mi tierra a servir a mi señora Anacaona, hasta el día de la desgracia.

—Cierto —repuso Las Casas—. Guianos a donde está tu jefe.

En el camino Tamayo explicó a Las Casas la razón del respeto afectuoso que manifestaba hacia su persona. Siempre le vio sonreír y consolar a los pobres indios: en Jaragua presencié su dolor y desesperación al ver la matanza de los caciques.

En cuanto al niño, la alegría que experimentó al ver aquel hombre de los ojos expresivos, de semblante benévolo, se explica por los agasajos y pequeños regalos que recibiera de Las Casas en los cortos días que mediaron entre la llegada de éste con Ovando a Jaragua, y la sangrienta ejecución de los caciques. El niño se hallaba a su lado, en la plaza, en el acto de la salvaje tragedia, y fue el bondadoso Las Casas quien lo tomó en brazos, y arrastrando a Higuemota, helada de terror, puso a ambos en momentánea seguridad, velando después sobre ellos, hasta que Ovando dio cabida a un sentimiento compasivo; —oyó quizás la voz del remordimiento- y les acordó protección y asistencia. La criatura pagaba al filantrópico español los beneficios que su inocencia no alcanzaba a comprender, demostrándole la más afectuosa y espontánea simpatía.

Las Casas fue recibido con respeto y cordialidad por el jefe indio. Habló a éste largamente: le pintó con vivos colores la miseria de su estado actual, lo inminente de su ruina, el daño que estaba causando a los mismos de su raza, y la bondad con que Velázquez se ofrecía a recibirlo otra vez bajo la obediencia de las leyes, cuyo amparo le aseguraba, prometiéndole obtener para él y los suyos un completo perdón del Gobernador Ovando. Al oír este nombre aborrecido, Guaroa contestó estas palabras: “Pero yo no perdono al Gobernador, y si he de vivir sometido a él, mejor quiero morir ¡Notable concepto, que denotaba la irrevocable resolución de aquel generoso cacique! Bien es verdad que los sentimientos heroicos eran cosa muy común en los indios de la sojuzgada Quisqueya, raza que se distinguió entre todas las del Nuevo Mundo por sus nobles cualidades, como lo atestiguan Colón y los primitivos historiadores de la conquista; y

como lo probaron Caonabó, Guarionex, Mayobanex, Hatuey y otros más, cuyos nombres recogió cuidadosamente la adusta Clío.

De los argumentos de Las Casas hubo sin embargo uno que hizo gran fuerza en el ánimo del cacique; tal fue el reproche de estar causando la ruina de su raza. La recta conciencia de aquel indio se sublevó al ver delante de sí erguida la responsabilidad moral de tantas desdichas. Al punto reunió en torno suyo a todos sus compañeros; y les dijo lo que ocurría; les transmitió las observaciones de Las Casas, y los exhortó a acogerse a la benignidad de la clemencia de los conquistadores. Todos o los más estaban convencidos; bajaron la cabeza, y aguardaron la señal de partir. Una voz preguntó a Guaroa

—Y tú, ¿qué harás? —Permaneceré solo en los bosques —dijo sencillamente el caudillo; y mil gritos y sollozos protestaron contra esa inesperada resolución.

Tamayo fue el primero que se obstinó en acompañarle; otros cien siguieron su ejemplo, y pronto el efecto de los discursos de Las Casas y del mismo Guaroa fue a perderse ante el exceso de abnegación de los indios, y su adhesión al honrado jefe que les enseñó el amor a la libertad.

El español dijo entonces con entereza:

—Pues bien; tenéis el derecho a vivir como las fieras; de comprometer vuestra existencia, de haceros cazar de día y de noche por estos montes; pero no tenéis el derecho de sacrificar a vuestros caprichos a este pobre niño, que no sabe lo que hace, ni tiene voluntad propia. Yo me lo llevaré para que sea feliz, y algún día ampare y proteja a los que de vosotros queden con vida, en su temeraria rebelión contra los que sólo quieren haceros conocer al verdadero Dios.

Este lenguaje arrojó la confusión en las filas. Tamayo y otros muchos juraron no dejar que se llevaran al niño cacique, y Las Casas deploraba el mal éxito de su misión, cuando Guaroa intervino, diciendo: —Tiene razón el español; no debemos sacrificar a Guarocuya: que se vaya con él, y que le acompañen todos. Así conviene, porque entonces no será difícil que me permitan permanecer en paz en mis montañas; pero si somos muchos, no me lo permitirán.

Presentando así bajo una nueva fase el asunto, el generoso Guaroa sólo se propuso determinar a sus compañeros a abandonarle y salvarse sin él. Y realmente lo consiguió: Las Casas emprendió el regreso al campamento español seguido de Tamayo, que dejó sus armas a Guaroa, y llevaba en brazos al niño; en pos de éste iba la mayor parte de los indios alzados: unos pocos se quedaron con su jefe, ofreciendo presentarse al día siguiente, lo que no cumplieron, sin duda por más desconfiados, o por causas de ellos solos sabidas.

Al percibir la multitud de los rendidos, Velázquez, en la embriaguez del entusiasmo, estrechó en sus brazos a Las Casas felicitándole por el buen resultado de su empresa, y besó afectuosamente a Guarocuya, diciendo que desde aquel momento se constituía su

padrino y protector; los indios sometidos fueron tratados con agasajo y dulzura, y durante tres días la paz y el contento reinaron en vega afortunada que el Pedernales riega y fertiliza con sus rumorosas corrientes; el triunfo de los sentimientos humanos sobre las pasiones sanguinarias y destructoras parecía que era celebrado por la madre naturaleza con todas las galas y magnificencias de la creación, en aquellos parajes privilegiados del mundo intertropical.

XIII

DESENCANTO

En medio de la pura alegría que experimentaba el capitán español, saboreando el insólito placer de practicar el bien, y de convertir en misión de paz y perdón su misión de sangre y exterminio, una inquietud secreta persistía en atormentarle. Las instrucciones que Ovando le remitiera a Lago Dulce eran tan terminantes como severas. El riguroso Gobernador sólo había previsto un caso: el de forzar a los indios en sus posiciones; perseguirlos sin tregua ni descanso, y castigar ejemplarmente a todos los rebeldes. Nunca admitió la hipótesis de una rendición a partido, ni menos de una gestión pacífica por parte de su teniente. Esto último, en las ideas dominantes de Ovando, no podía ser considerado sino como una monstruosidad. Los naturales o indígenas eran numerosos; los españoles, aunque armados y fuertes, eran muy pocos, y su imperio sólo podía sustentarse por un prestigio que cualquier acto de clemencia intempestiva había de comprometer. Este era el raciocinio natural de los conquistadores, y Diego Velázquez estaba demasiado imbuido en la doctrina del saludable terror para poder sustraerse al recelo de haber cometido, al transigir con los indios, una falta imperdonable en el concepto del Gobernador. Las Casas, a quien comunicó sus escrúpulos, le tranquilizó con reflexiones elocuentes, sugeridas por su magnánimo corazón; y tal era su confianza en que Ovando no podría menos de darse por satisfecho del éxito obtenido con los rebeldes, que se ofreció a llevarle personalmente la noticia, aún no comunicada por el indeciso Velázquez. El expediente pareció a éste muy acertado; escribió sus despachos al Comendador en términos breves, refiriéndose absolutamente al relato verbal que de los sucesos debía hacer Las Casas. Partió, pues, el buen Licenciado contento, y seguro de dejar en pos de sí la paz y la concordia en vez de la desolación y los furores de la guerra.

De acuerdo con Velázquez se llevó a Tamayo y al niño, a fin de que no se demorara el bautizo de éste: Velázquez reiteró su propósito de proteger al agraciado caciquillo, sintiendo que el deber le privara de servirle de padrino en el acto de recibir la iniciación en la fe del Cristo.

Hizose la travesía por mar con próspero tiempo y muy en breve. Tan pronto como puso el pie en la ribera de Yaguana, acudió el celoso Licenciado a la presencia de Ovando, a cumplir su comisión. Fue recibido, con perfecta cortesía por el Comendador, quien de veras le estimaba; pero en la reserva de su actitud, en el ceño de su semblante, echó de ver Las Casas que no era día de gracias. Efectivamente, Ovando estaba de pésimo humor,

porque hacía dos días que el heroico y honrado Diego Méndez, el leal amigo del Almirante Don Cristóbal Colón, había llegado a Jaragua, enviado por el ilustre descubridor desde Jamaica, en demanda de auxilios por hallarse náufrago y privado de todo recurso en aquella isla. El viaje de Méndez y sus cuatro compañeros, en una frágil canoa desde una a otra Antilla, tiene su página brillante y de eterna duración en el libro de oro del descubrimiento, como un prodigio de abnegación y energía.

Ovando, resuelto a no suministrar los socorros pedidos, sentía sin embargo dentro del pecho el torcedor que acompaña siempre a las malas acciones, a los sentimientos malignos. Mordíale como una serpiente el convencimiento de que su proceder inicuo, abandonando a una muerte cierta al grande hombre y a sus compañeros en la costa de un país salvaje, le había de atraer la execración de la posteridad. La presencia de Méndez, el acto heroico llevado a cabo por aquel dechado de nobleza y fidelidad, era a sus propios ojos un reproche mudo de su baja envidia, de su menguada y gratuita enemistad hacia el que le había dado la tierra que pisaba y la autoridad que indignamente ejercía 35 . En medio de esta mortificación moral y de tan cruel fluctuación de ánimo le halló Las Casas cuando fue a darle cuenta de la pacificación del Batoruco, y así predisuelto contra todo lo bueno, vio en la benéfica intervención del Licenciado y en la clemencia de Diego Velázquez el más punzante sarcasmo, la condenación más acerba de sus malos impulsos, y por lo mismo una violenta cólera se apoderó de él, estallando como desordenada tempestad.

—¿A esto fuisteis, señor retórico, al Batoruco? —dijo encarándose con Las Casas— ¿Qué ideas tenéis sobre la autoridad y el servicio de sus Altezas los Reyes? ¿Habéis aprendido en vuestros libros a ir como suplicante a pedir la paz a salvajes rebeldes, a gente que sólo entiende de rigor, y que de hoy más quedará engreída con la infame debilidad que ha visto en los españoles? ¡Esto es fiar en letrados! ¡Oh! Yo os aseguro que no me volverá a acontecer; y en cuanto a Velázquez, ya le enseñaré a cumplir mejor con las instrucciones de sus superiores.

—Señor Gobernador —dijo en tono firme Las Casas—, Diego Velázquez no tiene culpa alguna: prestó el crédito que debía a mis palabras, a la recomendación con que Vuestra Señoría se sirvió honrarme; y sea cual fuere el concepto que os merezcan a vos, hombre de guerra, mis letras y mis estudios, ellos me dicen que lo hecho, bien hecho está; y sólo el demonio puede sugeriros ese pesar y despecho que demostráis porque se haya estancado la efusión de sangre humana.

—Retiraos en mal hora, Licenciado —repuso el irritado Gobernador—, y estad listo para embarcaros para Santo Domingo mañana mismo. ¡No hacéis falta aquí!

Las Casas se inclinó ligeramente, y salió con paso tranquilo y continente sereno.

En cuanto Ovando quedó solo, escribió una vehemente carta a Diego Velázquez, reprendiéndole por haberse excedido de sus instrucciones, y ordenándole que sin demora se pusiera en campaña para exterminar los indios que hubieran permanecido alzados. Un correo llevó aceleradamente esta carta a Pedernales, atravesando las montañas.

El mismo día, Las Casas condujo al niño Guarocuya al naciente convento de Padres Franciscanos, un vasto barracón de madera y paja que provisionalmente fue habilitado por orden de Ovando en la Vera Paz, mientras se construía el monasterio de cal y canto. Los buenos franciscanos recibieron con grandes muestras de amistad a Las Casas, y gustosos se encargaron del niño con arreglo a las recomendaciones del Licenciado, hechas por sí y a nombre de Diego Velázquez, quien proveería a todas las necesidades del caciquillo. En el mismo acto procedieron a administrarle el bautismo, y, por elección de Las Casas, se le impuso el nombre de Enrique, destinado a hacerse ilustre y glorioso en los anales de La Española.

Tamayo quedó también en el convento al servicio del caciquillo, a quien amaba con ternura.

Cumplidas estas piadosas atenciones, el Licenciado Las Casas hizo sus cortos preparativos de viaje, y al amanecer del siguiente día, impelida su nave por las auras de la tierra, se alejó de aquella costa siempre hermosa y risueña, aunque manchada con los crímenes y la feroz tiranía del Comendador Frey Nicolás de Ovando.

XIV

UN HÉROE

Diego Velázquez recibió la terrible orden del Gobernador cuando menos la esperaba. Inmensa pesadumbre embargó su ánimo al ver que había incurrido en el enojo de su jefe; y atento sólo a desagraciarle, puso en pie su gente, y al favor de la luna entró otra vez en las montañas, muy de madrugada, en busca de Guaroa y los demás indios que aún no se le habían sometido personalmente.

El capitán español llevaba guías indios expertos, a quienes se había ofrecido una gran recompensa si se lograba capturar a los alzados, prometiéndose a dichos guías que no se quería otra cosa que apoderarse de aquellos obstinados rebeldes, para tratarlos tan bien como a los que se habían presentado voluntariamente.

Creyeron los pobres indios esta engañosa promesa juzgando por su propia experiencia la bondad y mansedumbre de Velázquez y sus soldados; y a las tres horas de marcha advirtieron al jefe español que habían llegado al pie de la montaña que servía de albergue a Guaroa.

Amanecía plenamente: de los ranchos o cabañas cubiertas de ramas de árboles, que servían de viviendas a los confiados y perezosos indios, se escapaba ese humo azulado y leve que denuncia los primeros cuidados con que el hombre acude a las más imperiosas necesidades de su existencia: algunos vagaban con aire distraído alrededor de la rancharía, o yucuyagua, llevando en la boca el grosero túbano. Distinguíase a primera vista la figura escultural de su caudillo, que abismado en honda meditación se reclinaba,

con el abandono propio de las grandes tristezas, en el tronco de un alto y robusto córvano, de cuya trémula copa, que el sol hacía brillar con sus primeros rayos, enviaba el ruiseñor sus trinos a los ecos apacibles de la montaña: los árboles, meciendo en blanco susurro el flexible follaje, respondían armónicamente al sordo rumor del mar, cuyas olas azules y argentadas se divisaban a lo lejos desde aquellas alturas, formando una orla espléndida al extenso y grandioso panorama.

Aveníanse con tan magnífica escena aquella quietud, aquel absoluto descuido de los indios: es de presumir que, cerciorados por sus espías de que no se había hecho daño alguno a los presentados por Las Casas, los rezagados estuvieran meditando llevar también a efecto su completa sumisión, y de aquí provinieran su confianza y negligencia.

De improviso, el estridente sonido de un clarín rasgó los aires, partiendo de un ángulo de la meseta; y apenas se hubo extinguido la última nota de su bélica tocata, otro clarín y otro contestaron desde los dos ámbitos opuestos, apareciendo por los tres puntos a la vez la hueste española, precedida del fragor de sus arcabuces, del áspero ladrido de sus perros de presa, y al grito en Granada poco antes glorioso, de ¡cierra España! intempestivo y profano en aquel monte, cargando con ciega furia a salvajes inofensivos e indefensos..Atónitos, sorprendidos y aterrados los infelices indios con la brusca acometida de los guerreros españoles, prorrumpieron en clamores lastimeros y trataron de huir; pero la muerte les salió al paso por todas partes en el filo de los aceros castellanos: la sangre de las víctimas enrojeció el suelo: el incendio no tardó en asociarse a la obra de exterminio, y las pajizas cabañas, convertidas en ardiente hoguera, abrazaron los cuerpos de los que, paralizados por el terror, permanecieron a su pérfido abrigo: los que, medio chamuscados ya, huyeron del fuego, rematados por el furor de los hombres, y sólo consiguieron una muerte más pronta en las puntas de las lanzas. Por todo aquel campo reinaba la desolación y el estrago.

Un guerrero indio, sin embargo, uno solo, hizo frente con ánimo varonil a la ruda embestida de los desatados agresores, y esgrimiendo una fulgurante espada castellana sorprendió a su vez, por el extraordinario arrojo y la fuerza de sus golpes, a los soldados, que no esperaban hallar un ánimo tan brioso en medio de tantos consternados fugitivos, un león formidable entre aquellos tímidos corderos.

Tres muertos y cinco heridos yacían en tierra, al rigor de los golpes del bizarro indio, y los soldados cargaban nuevamente sobre él, resueltos a exterminarlo, cuando una voz imperiosa los contuvo, diciendo: —¡Teneos! ¡No le matéis!

Era Diego Velázquez, que acudía con la espada desnuda. Desde lejos había visto al denodado combatiente defender su vida del modo heroico que se ha dicho; y su índole generosa volvió a preponderar, inspirándole el deseo de salvar aquel valiente.

—Ríndete —le dijo—; y yo seré tu amigo, y nadie te hará mal.

—¿Quién cree en tus palabras? —contestó con desprecio Guaroa (que no era otro el esforzado indio)—. Cuando nos habías ofrecido la paz, y contábamos con ella, vienes con los tuyos a asesinarlos a traición: ¡sois falsos y malvados!

—¡Ríndete! —repuso Velázquez, haciendo un rápido movimiento de avance, y dirigiendo la punta de su espada al pecho de Guaroa.

Este retrocedió vivamente, descargando al mismo tiempo un tajó furioso que el capitán español paró con magistral habilidad. El combate se trabó entonces entre los dos, no permitiendo el caballero Velázquez que ninguno de los suyos le ayudara. Llovían las cuchilladas de Guaroa como atropellado granizo; pero todas se estrellaban en el arte y la imperturbable sangre fría de su adversario, el cual cien veces pudo atravesar el corazón del impetuoso indio, pero no aspiraba sino a desarmarlo; como lo consiguió al cabo, mediante un diestro movimiento de desquite.

Precipitóse Guaroa a recobrar su espada, y habiéndose adelantado a impedirselo un español, el contrariado guerrero sacó la daga que llevaba pendiente de la cintura, y después de haber hecho ademán de herir con ella al que estorbaba su acción, viéndose cercado por todas partes, se la hundió repentinamente en su propio seno. ¡Muero libre! dijo; y cayó en tierra exhalando un momento después el último suspiro.

Así acabó gloriosamente, sin doblar la altiva cerviz al yugo extranjero, el noble y valeroso Guaroa; legando a su linaje un ejemplo de indómita bravura y de amor a la libertad, que había de ser dignamente imitado en no lejano día. El caudillo español, movido a respetuosa compasión ante aquel inmerecido infortunio, derramó una lágrima sincera sobre el cadáver del jefe indio, al que hizo dar honrosa sepultura en el mismo sitio de su muerte. La semilla del bien, depositada por el ilustre Las Casas en el ánimo de Diego Velázquez, no podía ser ahogada, y comenzaba a germinar en aquel joven militar, de índole bondadosa, aunque extraviada por las viciosas ideas de su tiempo, y por los hábitos de su ruda carrera.

XV

CONSUELO

Llegó felizmente a la metrópoli colonial el Licenciado Las Casas, once días después de su partida de Jaragua. Su notable talento, la amenidad de su trato y la bondad de su carácter le habían captado todas las simpatías de los moradores, grandes y pequeños, de la naciente ciudad del Ozama; y así fue recibido con generales demostraciones de afecto y alegría al desembarcar en el puerto. Su alojamiento estuvo constantemente lleno de amigos que iban a oír de su boca noticias relativas al Gobernador Ovando y a los sucesos que había presenciado en Jaragua. Los pobres indígenas, empleados en los trabajos públicos, y los que mas sufrían la opresión de los colonos, acudían como atraídos instintivamente por aquel ser benéfico, que los trataba con amor y liberalidad,

preludiando de ese modo los cien y cien actos heroicos que más tarde le granjearan el hermoso dictado de protector de los indios.

Las impresiones que el Licenciado había traído de Jaragua se manifestaban enérgicamente en sus conversaciones, y la vehemencia de su lenguaje, alzándose contra las tiranías y crueldades de que había sido testigo, le atrajo desde entonces enemistades y animadversión de parte de todos aquellos que se habían acostumbrado a considerar el Nuevo Mundo como una presa, y a sus naturales como bestias domesticables y de explotación usual, ni más ni menos que el asno o el buey. Muchos de los colonos que fueron a visitarle salieron hondamente disgustados de la extremada libertad de sus invectivas, que herían de lleno sus intereses y contrariaban sus ideas favoritas. Las Casas decía altamente que no quería que los lobos lo tuvieran por amigo.

Uno de sus primeros cuidados fue visitar y consolar a Higuemota, cuyo viaje desde Jaragua a la capital se había efectuado hacia más de dos meses, sin incidente digno de mención. Llegó la infeliz hija a su destino; supo el fin atroz y afrentoso de su madre, y pensó morir de dolor al ahogarse en su pecho la quimérica esperanza que había abrigado de volver a verla y vivir en su compañía. Recordemos el ingenioso recurso de aquel celebrado pintor griego, que no hallando el medio de expresar suficientemente los afectos de un padre que ve inmolar a su amada hija, lo presentó en su cuadro cubierto el rostro con un velo. De igual modo debemos renunciar al propósito de describir la situación en que quedó el ánimo de la pobre Higuemota, al saber que la infortunada reina de Jaragua había perecido en horca infame.

Cuando Las Casas la halló, apenas podía conocerla; tal era la demacración de sus facciones, el trastorno y la descomposición de su antes tan bella y agraciada fisonomía. Ella se reanimó un tanto al percibir a Las Casas, y una fugaz sonrisa, más triste que las lágrimas, iluminó como un rayo crepuscular su abatido semblante.

—Animo, señora —le dijo con voz conmovida Las Casas—. El mal que los hombres os hacen, Dios Nuestro Señor os lo recompensará un día.

—La muerte sería el mejor bien para mí, señor Bartolomé, si no tuviera esta hija —contestó la doliente Doña Ana.

—Por ella debéis vivir, señora, y sufrir con resignación vuestras desdichas. No perdáis, por la desesperación o la inconformidad, el rico galardón que vuestros sufrimientos os dan, el derecho de prometeros en un mundo mejor, y esperad tranquilamente a que el Todopoderoso quiera poner fin a tantas pruebas.

Para la desamparada joven era un consuelo este lenguaje, y las respetuosas demostraciones de interés compasivo que le prodigaba Las Casas. Su corazón se desahogó en el llanto, y desde entonces recobró el valor necesario para tolerar la existencia, consagrándola exclusivamente al amor de su angélica Mencía.

Ovando había dispuesto que se proveyese con amplitud a las necesidades materiales de Doña Ana; pero sus órdenes, dictadas a distancia, fueron obedecidas parsimoniosamente en esta parte, pues los oficiales encargados de cumplirlas, no estando al cabo de la solicitud especial que las inspiraba, tampoco creían empañada su responsabilidad en descuidar el cumplimiento de ellas; y por lo mismo, no había quien se ocupara en someter las operaciones del codicioso administrador Mojica a una eficaz intervención, provechosa a los intereses de la viuda de Guevara. Felizmente, Las Casas no era hombre que se conformara con ser espectador mudo de los daños causados por la iniquidad, sin aplicarse con todas sus fuerzas a procurar la reparación o el remedio. Vio a la bella india sumida en honda tristeza, indiferente a todo, y, si no privada de recursos y asistencia, careciendo de aquellas decorosas comodidades que requerían su rango y sus condiciones personales. El Licenciado, con su actividad y eficacia características, tomó a su cargo la protección de aquella desgraciada joven; instó, reclamó, proveyó a todo, y obtuvo que las autoridades, avergonzadas de su descuido y temiendo el enojo de Ovando, dedicaran su atención y su celo al bienestar de Doña Ana, colmándola de cuantos obsequios permitían los recursos de la colonia, al mismo tiempo que reducían a Mojica a la obligación perentoria de rendir cuentas de su administración.

XVI

EL SOCORRO

No tuvo tiempo Las Casas, al despedirse de Yaguana, de ver a Diego Méndez, enviado desde Jamaica por el naufrago y desamparado Colón en demanda de auxilios. Los dos eran muy amigos, pero ya se sabe que el Licenciado tuvo que disponer en breves horas su viaje en cumplimiento de las estrechas órdenes del irritado Gobernador. Siete meses estuvo el leal emisario del Almirante instando en vano al duro y envidioso Ovando, para que enviara los ansiados socorros a los naufragos de Jamaica. Bajo un pretexto u otro, el Comendador difería indefinidamente el cumplimiento de un deber tan sagrado como importante. Por último, el infatigable Méndez obtuvo licencia para retirarse a Santo Domingo a esperar barcos de España, a fin de asistir a aquel importante objeto. Después de un penoso viaje a pie, desde Jaragua hasta el Ozama, llegó por fin Méndez a la capital, donde fue cariñosamente recibido y hospedado por Las Casas.

Lo que estas dos almas generosas y de tan superior temple experimentaron al comunicarse recíprocamente sus aventuras, sus observaciones y sus juicios; la indignación en que aquellos dos corazones magnánimos ardieron al darse cuenta de la ingratitude dureza con que era tratado el grande hombre que había descubierto el Nuevo Mundo, como de la crueldad que iba diezmando a los infelices naturales de la hermosa isla Española, sería materia muy amplia. y saldría de las proporciones limitadas de esta narración. Basta decir en resumen que aquellos dos hombres, ambos emprendedores, enérgicos y de distinguida inteligencia, no se limitaron a deplorar pasivamente las maldades de que eran testigos, sino que resolvieron combatirlas y corregirlas por los

medios más eficaces que hallaran a mano, o en la órbita de sus facultades materiales e intelectuales.

Desde entonces el nombre de Don Cristóbal Colón resonó por todos los ámbitos de Santo Domingo, acompañado de amargos reproches al Gobernador Ovando. En todas las reuniones públicas y privadas, en la casa municipal y en el atrio del templo como en la taberna y en los embarcaderos de la marina; a grandes y pequeños, laicos y clérigos, marineros y soldados, hombres y mujeres, a todos y a todas partes hicieron llegar Las Casas y Méndez la noticia del impío abandono en que Ovando dejara a Colón y sus compañeros en Jamaica, privados de todo recurso y rodeados de mil peligros de muerte. Esta activa propaganda conmovió profundamente los ánimos de toda la colonia, y cuando Ovando regresó al fin, de Jaragua, encontró la atmósfera cargada de simpatías por Colón, y de censuras de su propia conducta; pero, altivo y soberbio como era, lejos de ceder a la presión del voto general, se obstinó más y más en su propósito de dejar al aborrecido grande hombre desamparado y presa de todos los sufrimientos imaginables.

Tal era la disposición de los ánimos en la capital, cuando llegó la noticia de que los indios de Higüey se habían rebelado. El terrible Cotubanamá —el bravo indio que, sublevado anteriormente fue reducido a la obediencia por el valor y la sagacidad política de Juan de Esquivel, tomó en señal de amistad el nombre de su vencedor, y cumplía los capítulos pactados con estricta fidelidad—, había vuelto a dar el grito de guerra contra los españoles, porque Villamán, teniente de Esquivel, contra los términos estipulados por éste al celebrar la paz, exigía de los indios que llevaran los granos del cultivo obligatorio a Santo Domingo. Los soldados españoles vivían además muy licenciosamente en aquella Provincia, y a su antojo arrebatában las mujeres a los pobres indios, sus maridos. Estos, después de mil quejas inútiles, colmada la medida del sufrimiento con las exigencias arbitrarias de Villamán, se armaron como pudieron, y, con su caudillo Cotubanamá al frente, atacaron un fuerte que había construido Esquivel cerca de la costa, lo quemaron, y mataron la guarnición, de la que no se escapó sino un soldado que refirió en Santo Domingo los pormenores del trágico suceso.

Ovando creyó buena la oportunidad para ocupar poderosamente la atención pública y desviaría del vivo interés que la atraía hacia el naufrago Colón. Pero se engañaba. Al mismo tiempo que Juan de Esquivel volvía a salir contra los sublevados indios de Higüey, los vigilantes amigos del Almirante, Las Casas y Méndez, no dejaban adormecerse los compasivos sentimientos que habían logrado suscitar en su favor.

Casi dos años hacía que los frailes franciscanos, en número de doce, habían pasado al Nuevo Mundo con Ovando, instalándose en la naciente ciudad de Santo Domingo. En su convento, modestísimo al principio, recibieron la instrucción religiosa muchos caciques de la isla, sus hijos y allegados, con arreglo a las pródigas órdenes comunicadas por la Reina Isabel al Gobernador.

De este mismo plantel religioso salieron para ejercer funciones análogas los buenos frailes que ya hemos mencionado, en Jaragua, encargados por Las Casas de la educación del niño Enrique, antes Guarocuya, señor del Bahoruco.

El Licenciado y Diego Méndez fueron solícitos a hablar con el Prior de los franciscanos, el Padre Fray Antonio de Espinal. Era éste un varón de ejemplar virtud y piedad, muy respetado por sus grandes cualidades morales, más aun que por el hábito que vestía. Recibió plazeramente a los dos amigos, siéndolo muy afectuoso de Las Casas, en cuya compañía había venido de España en la misma nave. Convino con ellos en que era inicuo el proceder de Ovando respecto a Colón, y se ofreció a hablarle, para reducirlo a mejores sentimientos.

Así lo hizo en el mismo día. Ovando recibió al buen religioso con las mayores muestras de veneración y respeto, y cuando supo el objeto de su visita, se mostró muy ofendido de que se le juzgara capaz de abrigar malas intenciones respecto del Almirante.

—Mientras aquí se me acrimina —dijo-, y se supone que miro con indiferencia la suerte de un hombre a quien tanto respeto como es Don Cristóbal, ya he cumplido con el deber de mandarle un barco, el único de que pude disponer en Jaragua, después de que su emisario Méndez se vino para aquí, a encender los ánimos con injustas lamentaciones.

Ovando, con esta declaración equívoca, lograba salir del paso difícil en que se hallaba. Cierto era que, después de la partida de Diego Méndez de Jaragua, había enviado a Diego de Escobar con un pequeño bajel, que por todo socorro conducía para Colón un barril de vino y un pernil de puerco, fineza irónica del Gobernador de La Española para el Descubridor del Nuevo Mundo; pero por lo demás, Escobar no llevaba a los tristes náufragos otro consuelo que la expresión del supuesto pesar con que Ovando había sabido sus infortunios, y la imposibilidad de mandarles un barco adecuado para conducirlos a Santo Domingo, por no haber ninguno entonces en la colonia; aunque ofreciendo enviarles el primero que llegara de España.

Cumplido este singular encargo a calculada distancia de los barcos náufragos, Escobar se hizo nuevamente a la vela, dejando al infortunado Almirante y a sus subordinados en mayor aflicción que antes de tener semejante prueba de la malignidad del Comendador. Éste, sin embargo, se refería equívocamente a la comisión de Escobar, cuando hizo entender a Fray Antonio que había mandado un barco a Don Cristóbal. El buen religioso se retiró muy satisfecho con esta nueva, que momentáneamente tranquilizó a Las Casas y Méndez, quienes jamás pudieron figurarse el cruel sarcasmo que la tal diligencia envolvía.

Esperaron, pues, más sosegados, el regreso del barco, en el que contaban ver llegar a los náufragos; pero su asombro no tuvo límites, ni puede darse una idea de su indignación, cuando a los pocos días regresó Escobar con su bajel, y, por confidencia de uno de los marineros tripulantes, supieron la verdad de lo sucedido. Volvieron a la carga con mas vigor, revolvieron todas sus relaciones en la ciudad, que eran muchas, y refirieron el caso a Fray Antonio, que participó del enojo y la sorpresa de los dos amigos.

Entonces se empleó contra el malvado Gobernador un resorte poderoso, terrible, decisivo en aquel tiempo. El primer domingo siguiente al arribo de Escobar con su barco, los púlpitos de los dos templos que al principio eran los únicos en que se celebraba el culto

en la capital de la colonia, resonaron con enérgicos apóstrofes a la caridad cristiana olvidada, a los deberes de humanidad y gratitud vilipendiados en las personas del ilustre Almirante y demás náufragos abandonados en las playas de Jamaica 40. Hasta se llegó a amenazar a los responsables de tan criminal negligencia con la pena de excomuni6n mayor, como a impíos fraticidas. El golpe fue tan rudo como irresistible; el sentimiento p6blico estaba profundamente excitado, y el perverso Gobernador, vencido y avergonzado, expidi6 el mismo d6a las 6rdenes necesarias para que saliera una nave bien equipada y provista de toda clase de auxilios en busca de los náufragos.

Al mismo tiempo hizo Ovando facilitar a Diego M6ndez las cantidades que hab6a recaudadas de las rentas del Almirante creyendo que el fiel emisario las llevar6a consigo a Espa6a antes del arribo de aqu6l a la colonia; pues sab6a que el mayor deseo de M6ndez era cumplir en todas sus partes las instrucciones de Don Crist6bal, pasando a la corte a ventilar sus asuntos con los soberanos; y no le pesaba al maligno Gobernador que Col6n, hall6ndose sin aquellos recursos a su llegada a Santo Domingo, acelerase el t6rmino de su residencia en la colonia, que era lo que m6s conven6a a la ambici6n de Ovando, siempre alarmado con los leg6timos derechos del Almirante al gobierno de que 6l estaba en posesi6n, por efecto del injusto despojo ejercido contra aquel grande hombre por los celos pol6ticos de Fernando el Cat6lico. Diego M6ndez us6 mejor de aquel dinero: con la menor parte de 6l compr6 una carabela de buena marcha, que cargada de provisiones y cuanto pod6a necesitar Col6n, fue despachada en horas con rumbo a Jamaica, desluciendo as6 el tard6o socorro enviado por Ovando; y el resto lo entreg6 a Fray Antonio para que lo pusiera en manos del Almirante a su arribo a las playas de Santo Domingo. S6lo entonces emprendi6 el valeroso y leal amigo de Col6n su viaje a Espa6a.

XVII

LA PROMESA

Las Casas por su parte, no estando ya retenido en la capital por el noble inter6s de ayudar a M6ndez en su ardua empresa de hacer entrar en raz6n al Comendador, pidi6 a 6ste licencia para ir a Higüey a compartir los trabajos de la expedici6n contra los indios sublevados. Bien record6 Ovando la solicitud id6ntica que le hizo el Licenciado en Jaragua, cuando quiso asistir a la guerra del Batoruco; pero esta vez estaba completamente seguro de que los esfuerzos caritativos de Las Casas ser6an est6riles, y que sus sanguinarias instrucciones a Esquivel tendr6an puntual ejecuci6n al pie de la letra. Por consiguiente, concedi6 de buen grado y con sarc6stica sonrisa la licencia que se le ped6a, contento en su interior de los trabajos que el generoso joven iba a arrostrar en Higüey, para recoger el amargo desenga6o de que nadie le hiciera caso. Efectivamente, Las Casas no hizo en aquella guerra de devastaci6n y exterminio sino el papel, nada grato para su compasivo coraz6n, de espectador y testigo de las m6s sangrientas escenas de crueldad, contra las que en vano levantaba su elocuente voz para evitarlas o atemperar el furor implacable de Esquivel y sus soldados. Todo se llev6 a sangre y fuego: la espada y la horca exterminaron a porf6a millares y millares de indios de todas clases y sexos.

Inútilmente se ilustró aquella raza infeliz con actos de sublime abnegación inspirados por el valor y el patriotismo. El caudillo español, con sus cuatrocientos hombres cubiertos de acero, y algunas milicias de indios escogidos en la sumisa e inmediata provincia de Icacagua, no menos valerosos y aguerridos que los higúeyanos, todo lo arrolló y devastó en aquel territorio, que ofrecía además pocas escarpaduras inaccesibles y lugares defendidos. El jefe rebelde Cotubanama, cuya intrepidez heroica asombraba a los españoles, reducido al último extremo, habiendo visto caer a su lado a casi todos sus guerreros, se refugió en la isla Saona, contigua a la costa de Higüey; permaneció allí oculto algunos días, y al cabo fue sorprendido y preso por los soldados de Esquivel, a pesar de la desesperada resistencia que les opuso. Conducido a Santo Domingo, no valió la empeñada recomendación de su vencedor, movido sin duda por un resto de la antigua amistad que profesaba al valeroso cacique, para que se le perdonara la vida; y el inexorable Ovando lo hizo ahorcar públicamente. Las Casas había regresado a la capital, no bien terminó la campaña, con el alma enferma y llena de horror por las atrocidades indecibles que había presenciado en la llamada guerra de Higüey.

—Buenas cosas habréis visto, señor Las Casas —dijo el Comendador con cruel ironía al presentársele el Licenciado.

—Ya las contaré a quien conviene —respondió el filántropo.

—¿A quién? —repuso altivamente Ovando.

—¡A la posteridad! —replicó mirándole fijamente Las Casas.

XVIII

EL PRONÓSTICO

Al cabo de un año de angustias y esperanzas constantemente defraudadas, vieron llegar los tristes náufragos de Jamaica los deseados bajeles salvadores. No es este lugar para la narración minuciosa de los trabajos y las peripecias que experimentó el magnánimo Colón en aquel período de durísimas pruebas. El y su esforzado hermano Don Bartolomé habían tenido que luchar contra la insubordinación y la licencia de la mayor parte de sus compañeros; se habían visto expuestos a morir de hambre, a causa de negarse los indios, agraviados por los españoles rebeldes, a proveerles de víveres; los que al cabo obtuvo Colón, recobrando al mismo tiempo la veneración de aquellos salvajes, gracias al ardid de pronosticarles un eclipse de luna próximo como señal del enojo divino, por haberle ellos desamparado ⁴³. La realización del eclipse, y acaso más aún, la resolución con que los dos ínclitos hermanos tuvieron que castigar al fin los desmanes de su gente, le atrajeron las mayores muestras de adhesión de parte de los indios, que le ofrecieron sus toscos alimentos en abundancia.

La salud del Almirante quedó profundamente quebrantada con los innumerables padecimientos físicos y morales que le abrumaron en aquella desdichadísima expedición.

Cuando llegó el momento de despedirse de los indios, derramaron éstos lágrimas de pesar por la ausencia de Colón, a quien creían un ser bajado del cielo; tanto se recomienda, aun en el ánimo de ignorantes salvajes, la práctica de los principios de humanidad y de justicia.

La adversidad que incesantemente acompañó al Almirante en todo el curso de este su cuarto viaje de descubrimientos, persistió en contrariarle durante la travesía de Jamaica a La Española.

Vientos recios de proa, las fuertes corrientes entre ambas islas, y la mar siempre tormentosa, le hicieron demorar cuarenta y seis días en esa navegación que se hacía ordinariamente en ocho o diez. Anclaron los dos bajeles en el puerto de Santo Domingo el 13 de agosto de 1504.

XIX

SALVAMENTO

Conmovidos como estaban todos los ánimos a favor de Colón, cuyos grandes trabajos e infortunios eran en aquel tiempo el tema favorito de los discursos y las conversaciones en La Española, la noticia de su arribo al puerto fue sabida con universal regocijo. A porfía acudieron solícitos a recibir al grande hombre todos los moradores de la ciudad primada de las Indias, así personas constituidas en autoridad como los simples particulares; y tanto sus más íntimos amigos como los que con mayor fiereza le habían hostilizado en los días de su poder. Ovando el primero, sea por efecto de disimulo y de su política cortesana, o bien porque realmente se sintiera conducido por el torrente de la simpatía general, a sentimientos más dignos y elevados de los que antes dejara ver respecto al ilustre navegante, se apresuró a prodigarle las más rendidas muestras de respeto y deferencia. Un oficial de su casa fue a la rada en un bote ricamente equipado, a invitar a Colón en nombre del Gobernador a entrar con sus naves en el puerto del Ozama. La fresca brisa del mediodía era favorable a esa entrada, que los dos bajeles efectuaron a todas velas, y con tal celeridad y gallardía que se les hubiera creído animados del deseo de responder a la impaciencia de los numerosos espectadores que guarnecían toda la ribera derecha del caudaloso Ozama. Cuando los bajeles arriaron sus velas y detuvieron su marcha, una inmensa aclamación llenó el espacio, vitoreando al Descubridor y Almirante; vítores que Ovando sancionó, subyugado por las circunstancias, alzando de la cabeza el birrete de terciopelo negro con lujosa presilla, en señal de cortesía al glorioso nombre de Colón. Apareció éste sobre la alta popa de su nave, apoyándose trabajosamente en el brazo de un joven adolescente de simpática fisonomía, su hijo natural y más tarde su historiador, Fernando Colón, el cual le había acompañado a despecho de su juvenil edad, en todas las rudas pruebas de aquel terrible viaje. Muy en breve recibió la falúa del gobernador,

decorada con gran magnificencia, a los hermanos, el Almirante y Don Bartolomé Colón, y al joven Fernando. El entusiasmo de la multitud llegaba a su colmo; pero al desembarcar el Almirante, la expresión de ese entusiasmo cambió de súbito, y de regocijada y ruidosa que era se tomó en silenciosa y patética. Los trabajos, las privaciones y las angustias del alma habían impreso su devastadora huella en aquel semblante venerable, y encorvado penosamente aquel cuerpo macilento que todos habían conocido erguido y recio como un busto de antiguo emperador romano: su frente, acostumbrada a recibir la luz del cielo investigando los secretos del horizonte e interrogando la marcha de los astros, se inclinaba ahora tristemente hacia la tierra, como aspirando ya al descanso del sepulcro... Las lágrimas brotaron de todos los ojos y rodaron por todas las mejillas al contemplar la viviente ruina, y muchos sollozos se oyeron entre la multitud. Las Casas acudió el primero a estrechar profundamente conmovido la diestra del grande hombre, y Ovando se adelantó entonces vivamente a recibirle, celoso en esto, como en todo, de la primacía de su cargo. Colón correspondió con afectuosa sonrisa a esta demostración, y el Gobernador le estrechó entre sus brazos, compungido y lloroso como si fuera el mejor amigo de aquel hombre, cuyos sufrimientos e infortunios había él agravado con su maligna y estudiada indolencia. Así, la hipocresía y la ambición han caminado siempre juntas.

Los Colones se alojaron en la misma casa del Gobernador, que a nadie quiso ceder la honra de hospedarles; colmó de agasajos al Almirante, y todo marchó en paz y armonía durante los días que éste destinó al descanso y a restaurar sus fuerzas; pero cuando después llegó el caso de arreglar y dirimir las cuestiones de intereses y de atribuciones jurisdiccionales de las autoridades respectivas, hallándose muy confusas y mal definidas por las ordenanzas e instrucciones de la corona las que competían a Colón como Almirante de la Indias, y a Ovando como Gobernador de La Española, ocurrieron desde luego quejas y disidencias profundas entre ambos. El Gobernador puso en libertad a Porras, el más culpable de los sediciosos de Jamaica, y quiso formar causa a los que, peleando por sostener la autoridad de Colón, habían dado muerte a los rebeldes cómplices de aquel traidor. Para proceder así invocaba Ovando sus prerrogativas que se extendían expresamente a Jamaica; mientras que Colón alegaba títulos mucho más terminantes, que le daban mando autoridad absoluta sobre todas las personas que pertenecían a su expedición, hasta el regreso a España. Su firmeza impidió la formación del mencionado proceso.

Halló en el mayor desorden y abandono sus rentas e intereses de La Española. Lo que con mucho trabajo pudo recoger alcanzaba apenas para equipar los buques que debían conducirlo a España. No menor pesadumbre le causó el estado de devastación en que halló a la raza india, en su mayor parte exterminada, y lo que de ella quedaba sometido a dura servidumbre. Para evitar o corregir tan lamentables desórdenes habían sido ineficaces los esfuerzos de la magnánima reina Isabel la Católica en favor de Colón, instada por las quejas de Antonio Sánchez de Carvajal, su apoderado y administrador, y en favor de los indios; excitada su indignación por la noticia de las crueldades de Ovando, y especialmente por la matanza de Jaragua y la ejecución de la desdichada Anacaona. Colón vertió lágrimas sobre el fin de esta princesa y sobre la suerte de la isla que era objeto de su predilección. Horrorizado de cuantos testimonios se acumulaban a

sus ojos para convencerle del carácter feroz y sanguinario que fatalmente había asumido la conquista, llegó a arrepentirse de su gloria, y a acusarse, como de un desmesurado crimen contra la Naturaleza, de haber arrebatado sus secretos al Océano; sacrílega hazaña que había abierto tan anchos espacios al infernal espíritu de destrucción y de rapiña.

El Licenciado Las Casas, cuya amistad se estrechó íntimamente con el Almirante y su hermano Don Bartolomé en aquel tiempo, les hizo saber que Higuemota residía en Santo Domingo, y los dos hermanos quisieron ver por última vez a aquel vástago de la desgraciada familia real de Jaragua. Recibióles la joven india con el afecto de una hija, acostumbrada como estaba desde la niñez ala festiva afabilidad del ‘Adelantado. Al ver a éste recordó la infeliz los días de su pasada prosperidad, cuando inocente y dichosa, en el regazo materno y rodeada del cariño de Bohechio y sus súbditos, conoció a Don Bartolomé, que por primera vez conducía la hueste española a aquellas deliciosas comarcas. Lloró amargamente, como lloraba todos los días, sobre la memoria de su infortunada madre, sobre su amor desgraciado y sobre el porvenir incierto de su tierna hija. Los ilustres viajeros se esforzaron en consolar a aquella interesante víctima de tantas adversidades, y Colón, elogiando el desvelo de Las Casas por el bienestar de la madre y de la hija, no solamente le exhortó a continuar ejerciendo sus benéficos cuidados sino que se ofreció a ayudarle con todas sus fuerzas y su poder en tan buena obra, haciendo obligación de su casa y herederos la alta protección sobre aquella familia de caciques y especialmente respecto a la suerte y estado de la niña Mencía, cuya ideal hermosura se realizaba con la plácida expresión de su agraciado semblante, al recibir las paternales caricias de los venerables extranjeros; como si su infantil instinto le revelara todo el precio de aquella tutelar solicitud. El Adelantado, con su carácter franco y jovial, decía a su hermano: —Si yo tuviera un hijo, le destinaría esta linda criatura por esposa.

—¡Es muy hermosa, Bartolomé; será muy desdichada! —respondió a media voz el Almirante, con el acento de profunda convicción que le era habitual.

XX

ASTROS EN OCASO

No pasaron muchos días sin que Colón, enfermo de cuerpo y de espíritu, cansado de las continuas discusiones que tenía que sostener con Ovando para hacer valer sus derechos y restablecer sus mal parados intereses, concluyera sus preparativos de viaje y se embarcara con rumbo a España.

Esta última navegación no fue más feliz que las demás de todo su cuarto viaje de descubrimientos. La tempestad furiosa se obstinó en acompañar y maltratar las naves en que iban él y su familia, como si las olas del Océano quisieran vengarse del que doce años antes había vencido su resistencia y desgarrado triunfalmente el velo que ocultaba la existencia del Nuevo Mundo. Invirtieron casi dos meses en este viaje de Santo Domingo a San Lúcar, adonde llegaron los buques, desmantelados y amenazando

hundirse, el 7 de noviembre. Colón fue conducido a la ciudad de Sevilla, que miraba como su puerto de descanso, y los últimos días de su cansada existencia los pasó dirigiendo a la Corona sentidas representaciones en favor de los indios, cuya desgraciada suerte pintaba con los más vivos colores, y reclamando sus derechos y prerrogativas para su hijo Don Diego, paje de los soberanos. Todo su empeño porque se le hiciera justicia resultó inútil. Postrada su protectora, la magnánima Isabel, en lecho de muerte, Colón se vio ingratamente desatendido por Fernando el Católico, que a fuer de político calculador y egoísta, interesado además por sistema en la extensión del poder real, veía con celos el engrandecimiento de la familia del Descubridor, y se entregaba a las rastreras inspiraciones de sus émulos.

Murió Isabel en el mismo mes de noviembre del año 1504, y las últimas recomendaciones que hizo a su real esposo fueron en favor de la raza india, pidiendo perentoriamente el relevo y castigo de Ovando, por sus hechos atroces y sanguinarios. Estas generosas voluntades de la noble reina por de pronto quedaron sin cumplimiento; pero no deja de ser castigo terrible para un malvado ver sobre su nombre el perdurable anatema de sus crímenes, legado a la posteridad en los postreros instantes de una soberana grande y célebre en la Historia.

Colón no tardó mucho tiempo en seguir al sepulcro a su augusta protectora. La lucha moral a que su noble espíritu estaba entregado, viendo sometidas a discusión y a evasivas pérfidas sus más legítimas reclamaciones; recogiendo por todo premio de sus gloriosos afanes la ingratitud de un monarca infiel, envuelta, como por sarcasmo, en vacías demostraciones de aprecio y cortesía,

que, según escribió después Las Casas, nunca le fueron escaseadas por el rey Fernando; tantos disgustos y desengaños aceleraron el fin de sus días; y trasladado a Valladolid últimamente, el 20 de mayo de 1506 se extinguió aquella ilustre y fecunda existencia. Tuvo el consuelo de morir rodeado de sus hijos Diego y Fernando; y de varios amigos leales, entre los que se distinguían el fiel y valeroso Méndez, y su compañero en la heroica travesía de Jamaica a La Española, Bartolomé Fiesco.

XXI

EL CONVENTO

Tres años habían transcurrido desde la muerte de Colón. Durante ese trienio, ningún suceso público que interese a nuestra narración hallamos en las crónicas e historias de aquel tiempo.

Ovando continuó gobernando a la isla Española, y dando diversión a sus remordimientos—si algunos experimentaba por la ferocidad de sus pasados actos hacia los pobres indios—, en el ensanche y embellecimiento de la ciudad de Santo Domingo; en la

construcción de templos y edificios piadosos, y en la fundación de diversas poblaciones, de las que algunas subsisten todavía, como son Puerto Plata y Monte Cristi, y otras han desaparecido sin dejar el menor rastro o vestigio de su existencia: esta última suerte cupo a Santa María de la Vera Paz.

Allí prosperaba, más que ningún otro instituto de religión y utilidad pública, el convento de Padres franciscanos que tenían a su cargo la educación de los caciques del antiguo reino de Jaragua; y entre ellos, mimado y atendido más que ninguno, el niño Enrique.

Varias causas concurrían a la predilección de los reverendos frailes hacia el infantil cacique: en primer lugar, la gracia física y la feliz disposición intelectual del niño, que aprendía con asombrosa facilidad cuanto le enseñaban, y manifestaba una extraordinaria ambición de conocimientos literarios y científicos superiores a su edad. Todo llamaba su atención; todo lo inquiría con un interés que era la más sabrosa distracción de los buenos franciscanos. En segundo lugar, las recomendaciones primitivas del Licenciado Las Casas, frecuentemente reiteradas en cartas llenas de solicitud e interés por el niño que había confiado a aquellos dignos religiosos, de quienes en cambio se había él constituido procurador y agente activo en la capital de la colonia, para todas las diligencias y reclamaciones de su convento ante las autoridades superiores; al mismo tiempo, que bajo la dirección de religiosos también franciscanos, hacia los ejercicios preparatorios para abrazar el estado eclesiástico, al que de veras se había aficionado por el hastío y repugnancia que le inspiraban las maldades que diariamente presenciaba. Por último, Diego Velázquez, teniente de Ovando en Jaragua, seguía por su parte atendiendo solícito al infante indio, y proveyendo con cariñosa liberalidad a todas sus necesidades, como si fuera su propio hijo; no dejando adormecer su celo en este punto las frecuentes misivas del eficaz y perseverante Las Casas, con quien tenía establecida la más amistosa correspondencia.

De esta manera, Enrique recibía la mejor educación que podía darse en aquel tiempo: desde la edad de ocho años aprendía la equitación con el diestro picador que tenía a su cargo el hato de su padrino y protector, situado a media legua del convento. Dos años más tarde comenzó a ejercitarse en el arte de la esgrima, al que manifestaba la mayor afición; llegando poco tiempo después a merecer los aplausos del mismo Velázquez, cuya habilidad y maestría en la materia no reconocían superior.

Para esta parte de la instrucción de Enrique estaban señalados dos días a la semana, en que el muchacho, discurriendo libremente hasta el hato, seguido de su fiel Tamayo, respiraba con placer el puro ambiente de los bosques. Sin embargo, cuando terminados sus ejercicios volvía por la tarde al convento, al cruzar por la cumbre de una verde colina que cortaba el camino, sus ojos se humedecían, y su semblante, contraído por un pesar visible, tomaba la expresión de la más acerba melancolía. Desde allí se divisaba la casita que había sido de Higuemota, la pradera y el caobo de los paseos vespertinos; y este recuerdo, hiriendo repentinamente la imaginación del niño, le infundía el sentimiento intuitivo de su no comprendida orfandad.

Bien había preguntado a Las Casas primero, y a los frailes franciscanos después, por el paradero de Doña Ana y su tierna hija, habiéndose lisonjeado con la esperanza de volver a encontrarlas cuando el Licenciado le tomó consigo para regresar a Yaguana. Se le había dicho y se le repetía siempre que estaban en Santo Domingo, y que algún día se vería a su lado; y Las Casas, que de todo sabía sacar partido para el bien, le mandaba razón de ellas, estimulándole al estudio y a hacerse un hombre de provecho para que pudiera acompañarlas pronto y servirles de apoyo. Esta idea echaba naturalmente hondas raíces en el ánimo de Enrique, y es de creer que influyera mucho en su aplicación y en la temprana seriedad de su carácter.

Entre los religiosos que con más placer se dedicaban a la noble tarea de cultivar la inteligencia de los educandos en el convento de Vera Paz, era fray Remigio el que obtenía la predilección de Enrique, y el que con más infatigable paciencia contestaba a sus innumerables preguntas, y resolvía cuantas cuestiones proponía el niño. El padre Remigio era un religioso natural de Picardía en Francia, y su ciencia y la santidad de su vida lo hacían justamente venerable para sus compañeros, que lo trataban con tanto más respeto que al buen superior de la comunidad. En cuanto a éste, era un fraile muy anciano y taciturno, de quien se decía que en el siglo había sido un personaje rico y poderoso; lo que nada tenía de extraño, pues era muy frecuente en aquellos tiempos que príncipes y grandes señores acudieran a encerrar en el claustro, como a un puerto de refugio, la nave de su existencia, combatida y averiada por las borrascas de la vida; o a explicar acaso con las mortificaciones ascéticas algún crimen sugerido por la ambición y las demás pasiones mundanas. Este padre superior conservaba de su real o conjeturada grandeza pasada una afición decidida al estudio de la Historia, y su rostro melancólico y adusto sólo se animaba con la lectura que en las horas del refectorio hacían por turno los jóvenes educandos, de algunos de los altos hechos de la antigüedad griega y romana; alternando con trozos de la Sagrada Escritura, que de rigor estaba prescrita por la regla conventual.

Cuando la vez tocaba al joven Enrique, era fácil observar la profunda impresión que en su ánimo causaban los rasgos de abnegación, valor o magnanimidad. Mientras que los demás niños escuchaban con igual indiferente distracción las animadas narraciones de Quinto Curcio, Valerio Máximo, Tito Livio y otros célebres historiadores, el precoz caciquillo del Bahoruco sentía los transportes de un generoso entusiasmo cuando leía las proezas ilustradas en aquellas páginas inmortales. Fray Remigio usaba de este medio como el más a propósito para inculcar en el alma de sus alumnos el amor al bien y la virtud.

Había un episodio histórico que conmovía profundamente a Enrique, y sobre el cual prolongaba sus interminables interrogatorios, al paciente profesor. Era la sublevación del lusitano Viriato contra los romanos. ¿Cómo pudo un simple pastor, al frente de unos hombres desarmados, vencer tantas veces a los fuertes y aguerridos ejércitos romanos? ¿Quién enseñó a Viriato el arte de la guerra? ¿Por qué el general romano no lo desafió cuerpo a cuerpo, en vez de hacerlo matar a traición? Estas preguntas y otras muchas por el estilo formulaba aquel niño extraordinario; y el buen padre Remigio, entusiasmado a su vez, las satisfacía con el criterio de la verdad y de la justicia, depositando en el alma privilegiada de su discípulo gérmenes fecundos de honradez y rectitud.

De tan plausibles progresos intelectuales y morales se complacía el sabio preceptor en dar cuenta minuciosa, con harta frecuencia, a sus amigos el Licenciado Las Casas y Diego Velázquez. En todas las acciones del joven cacique se reflejaban los nobles sentimientos que tan excelente educación iba desarrollando en su magnánimo pecho. Manso y respetuoso para con sus superiores, compasivo para todos los desgraciados, sólo llegaba a irritarse cuando en su presencia era maltratado algún condiscípulo suyo por otro más fuerte; o cuando veía azotar algún infeliz indio, sobre el que al punto ejercía la protección más enérgica y eficaz, increpando la dureza del injusto agresor, y, en los casos extremos, acudiendo a las vías de hecho con la valentía de un halcón. Siendo considerado por todos como sí fuera hijo de Diego Velázquez, que gobernaba por delegación casi absoluta de Ovando aquella dilatada comarca, el celo impetuoso, y a veces imprudente, del audaz jovencito, en vez de proporcionarle riesgos y enemistades, le granjeaba el respeto de los opresores, que, admirando tanta energía en tan pocos años, acataban sus reproches llenos de razón y dictados por un espíritu de justicia y caridad.

Mojica, a quien hemos olvidado un tanto, iba también al convento una vez por semana a visitar a Enrique, a quien manifestaba mucho afecto por lisonjear a su padrino, el teniente gobernador. Una vez que fue a la capital, con objeto de rendir las cuentas de su mayordomía, volvió con recados de Doña Ana y algunos regalillos para el muchacho, que desde entonces sintió borrarse la antipatía que le inspiraba el meloso hidalgo. Este era buen músico, tañía la guzla morisca con mucha habilidad, y llevó su complacencia hasta dar su amiguillo, como llamaba a Enrique, varias lecciones que fueron pronto y bien aprovechadas. Sin embargo, habiendo oído un día al escudero de Diego Velázquez ejecutar en la trompa de caza un aire marcial, Enrique se aficionó a este instrumento que en poco tiempo tocaba con singular maestría, dándole la preferencia sobre el laúd árabe. Por más que parezcan triviales todos estos pormenores sobre el que primitivamente se llamó Guarocuya, ninguno de ellos es indiferente para el curso de nuestra narración; pues según los testimonios históricos de más autoridad, este esmero con que era educado el infante indio, en los días de la adversidad debía hacer más dolorosa su condición. Así creemos justificada la amplitud que nos hemos complacido en dar a este capítulo.

XXII

CAUSA DE ODIO

Un día —era en el verano de 1509—, la religiosa quietud del convento franciscano de Vera Paz fue interrumpida hacia las dos de la tarde por un estruendoso tropel de caballos, que se detuvo en el patio exterior del monasterio. Un momento después anunciaban al padre superior la visita del teniente gobernador Diego Velázquez, que en equipo de viaje iba a despedirse de los frailes, y a incorporar en su séquito a Enriquillo, como todos llamaban familiarmente al cacique del Bahoruco.

Había recibido Velázquez aquel mismo día la noticia de la llegada a Santo Domingo del nuevo Gobernador, el Almirante Don Diego Colón que reemplazaba al Comendador Frey

Nicolás de Ovando; y este cambio exigía imperiosamente la presencia del comandante español de Jaragua en la capital de la isla; tanto por el deber de ofrecer sus respetos al nuevo jefe de La Española, cuanto por la obligación de despedir a Ovando, que le había favorecido con su confianza; y por la conveniencia de definir personalmente con el gobernador Almirante su propia situación en lo sucesivo. Quería, por último, llevar a Enrique, no solamente por dar lucimiento a su comitiva con aquel simpático y distinguido mancebo indio; sino también por razones políticas que no carecían de fundamento. La administración de Ovando había sido despótica y cruel para con la población indígena, que decrecía rápidamente al peso de los malos tratamientos; y todos sabían en la isla cuál había sido la última voluntad de la Reina Doña Isabel sobre que se castigara al Comendador de Lares por sus actos sanguinarios, y las anhelosas recomendaciones de la ilustre moribunda al Rey su marido, a la princesa Doña Juana su hija, y al esposo de ésta, porque "se enseñara religión y sanas costumbres a los indios, se les protegiera y educara solícitamente, y no se consintiera ni diese lugar a que los indios vecinos e moradores de las Indias e Tierra firme ganada e por ganar, reciban agravio alguno en sus personas e bienes. E más mando que sean bien e justamente tratados; e si algún agravio han recibido, lo remedien e provean".

Los adversarios de Colón, los primitivos rebeldes de la colonia, apoyados y amparados por Ovando, formaban un partido privilegiado, que venía disfrutando desde hacía más de siete años todas las gracias y concesiones de la colonización, en detrimento de los que habían permanecido fieles a la autoridad del Almirante, y adictos a su persona en los días de su adversidad. La brutal explotación de los indios era el tema favorito de las quejas que estos partidarios de la justicia hacían llegar continuamente a la Corte, clamando contra la tiranía de sus afortunados antagonistas, y contra su propio desfavor. Su regocijo, pues, no tuvo límites al saber que un hijo del gran Colón llegaba a ejercer el primer mando del Nuevo Mundo, como Gobernador de La Española.

Estas circunstancias despertaron en el ánimo de Velázquez el recelo de verse envuelto en las serias responsabilidades que era consiguiente pesaran sobre Ovando y sus tenientes al efectuarse el cambio del Gobernador. Mientras más tardío había sido el cumplimiento de las piadosas voluntades de la Reina Católica, más severo se dibujaba el aspecto de esa responsabilidad; porque, desde que los colonos se convencieron de que el frío egoísmo del Rey Don Fernando en nada pensaba menos que en desagraviar la memoria de su noble esposa, creyeron asegurada para siempre la impunidad de su infame tiranía contra la desamparada nación india, y extremaron su destructora opresión, por el afán de lucrarse más pronto, siguiendo el no olvidado consejo del impío Bobadilla.

Al ver ahora llegar al hijo del Descubridor, cuyos generosos sentimientos guardaban perfecta armonía con los de la difunta reina, los malvados opresores tenían forzosamente que estar amedrentados; alzándose contra ellos para hacerles esperar el castigo de sus crímenes el grito aterrador de su propia conciencia. Natural era, por lo mismo, que todos los que en medio de aquel general olvido de los sentimientos humanos habían guardado algún respeto filantrópico y honesto, acudieran a proveerse de los testimonios que habían de acreditar su conducta a los ojos del nuevo Gobernador. Por eso Diego Velázquez llevaba a Santo Domingo en su compañía al joven cacique, para cuya orfandad había sido

en efecto una providencia tutelar, y que debía servirle ahora como prueba elocuente de sus sentimientos humanitarios. Complacíase, pues, doblemente en las predicciones que adornaban a su protegido, y una vez más experimentaba la profunda verdad del adagio vulgar que dice: hacer bien nunca se pierde.

Media hora más tarde los preparativos concernientes al viaje de Enrique estaban terminados, y éste, en traje de montar de aquel tiempo, se despedía de la comunidad entera en presencia de Diego Velázquez y los oficiales de su séquito. A todos los buenos religiosos iba el joven estrechando afectuosamente la mano. El prior y el padre Remigio bajaron hasta el portal acompañando a su pupilo, y por hacer honra al comandante Velázquez. Ambos abrazaron con efusión al conmovido mancebo, dándole el ósculo de paz y deseándole toda clase de prosperidad.

Enrique correspondió con lágrimas de sincera gratitud a estas expresivas demostraciones de paternal cariño.

En seguida montó en un brioso caballo andaluz que le aguardaba enjaezado vistosamente; su fiel Tamayo, conduciendo una muía que llevaba las maletas del joven, se reunió con los fámulos y equipajes de Diego Velázquez, y la abigarrada comitiva partió a buen paso por el camino de Santo Domingo.

Un jinete de mala catadura se acercó a poco andar a Enriquillo, que continuaba triste y cabizbajo; y tocándole familiarmente en el hombro le dijo:

—Anímate, mocoso, vas a ver a tu tía Higuera-rotta.

Enrique detuvo su caballo, y mirando con ceño al que así le apostrofaba, le respondió:

—Como os vuelva a tentar el diablo, desfigurando el nombre de mi tía, señor Don Pedro, tened Cuenta con vuestra joroba, porque os la romperé a palos.

Don Pedro de Mojica —que no era otro el bromista—, al oír esta amenaza, en vez de mostrarse ofendido, soltó una ruidosa carcajada: todos los circunstantes, incluso Velázquez, rompieron a reír de buena gana, y lo más extraño es que el mismo Enrique acabó por asociarse al humor de los demás, mirando sin enojo a Mojica.

La razón de este cambio súbito en sus disposiciones iracundas es muy llana: además de que en su bondadosa índole los movimientos coléricos eran muy fugaces, lo que el hidalgo burlón le había dicho en sustancia era que iba a ver a su tía Higuemota; y si le había ofendido la forma irrespetuosa empleada para hacer llegar a su oído este grato recuerdo, no por eso dejaba de inundarle en júbilo inmenso el corazón.

Por lo que respecta a Mojica, la expresa alusión hecha a una de sus más visibles imperfecciones físicas le había herido en lo más vivo de su amor propio, y desde entonces juró un odio eterno al joven indio; aunque disimulando sus sentimientos rencorosos cuanto lo exigían las circunstancias y su conveniencia personal, que era en todos los

casos su principal cuidado y el punto concreto de su más esmerada solicitud. Por eso pudo ahogar en una carcajada hipócrita, si bien convulsiva e histérica, el grito de rabia que se escapó de su pecho al escuchar la injuriosa réplica que en un raptó de pasajera indignación le lanzó al rostro Enriquillo.

XXIII

RECLAMACIÓN

Retrocedamos ahora un tanto, y narremos las interesantes peripecias porque hubo de pasar el advenimiento del joven Almirante Don Diego Colón a los cargos de Virrey y gobernador de la Isla Española y de las otras tierras del Océano descubiertas hasta entonces en las Indias de Poniente; como al goce de las demás dignidades y prerrogativas legítimamente heredadas de su glorioso padre; a cuya posesión le habían suscitado innumerables obstáculos la ingratitud y la codicia, que tanto como la envidia y la calumnia se aposentan habitualmente, desde las más remotas edades, en los palacios de los poderosos.

-Educado Don Diego en el de los Reyes Católicos, su carácter leal y sin doblez le había preservado de la corrupción ordinaria de las cortes: sus cualidades morales al par que su despejado talento y la distinción de toda su persona, dotada de singular gracia y apostura, hacían de él un cumplido caballero, digno por todos conceptos del grande apellido que llevaba y de sus altos destinos. Fue el suyo, sin embargo, como había sido el de su padre, luchar perpetuamente con la injusticia y la calumnia, herencia funesta que recogió como parte integrante de su vasto patrimonio.

Continuó el hijo las instancias y reclamaciones que dejó pendientes el ilustre Almirante al morir; y continuaron las dificultades y torpes evasivas que habían acibarado los últimos días de aquel grande hombre. Dos años, día por día, con incansable perseverancia estuvo el despojado heredero instando al Rey y al Consejo de Indias por la posesión de los bienes y títulos que le pertenecían; siempre infructuosamente.

La historia ha registrado una frase enérgica y feliz del joven reclamante a su soberano.

Acababa éste de regresar de Nápoles en 1508, y Don Diego volvió a la carga con nuevo ardor, invocando la equidad del Monarca, a quien dijo “que no veía la razón de que Su Alteza le negara lo que era su derecho, cuando lo pedía como favor; ni de que dudara poner su confianza en la fidelidad de un hombre; que se había educado en la misma casa real”.

El Rey contestó que no era porque dudara de él que difería satisfacerle, sino por no abandonar tan grande cargo a la ventura, a sus hijos y sucesores; a lo que replicó Diego Colón oportunamente:

“No es justo, Señor, castigarme por los pecados de mis hijos, que están aún por nacer”.

El impasible Fernando persistió en su infundada negativa, y lo único a que accedió fue al permiso que el alentado mancebo le pidió para entablar pleito contra la Corona por ante el Consejo de Indias, que de este modo pronunciaría sobre la legitimidad de sus derechos. El astuto Monarca no podía desear medio más adecuado a sus deseos de demorar indefinidamente y echar por tierra las razonables pretensiones de Don Diego.

Entonces principió un largo e intrincado proceso, que costó a Don Diego Colón mucho dinero y no pocas pesadumbres. No hubo sutileza que no saliera a la luz, promovida por la malignidad y la envidia, o bien por el deseo servil de agradar al Soberano a expensas del atrevido súbdito. Se rechazaba la pretensión de Diego al título de Virrey, arguyendo que la concesión hecha por los Reyes al Almirante Don Cristóbal de ese título a perpetuidad, no podía continuar, por ser contraria a los intereses del Estado y a una ley de 1480 que prohibía la investidura hereditaria de ningún oficio que envolviera la administración de justicia. Más lejos aún fue el atrevimiento de los enemigos de Colón, quienes declararon que el Descubridor había perdido el virreinato como castigo de su mal proceder.

Diego Colón, a fuer de buen hijo, volvió resueltamente por el buen nombre de su padre: desmintió en términos categóricos la imputación depresiva a la memoria del Almirante, que se asignaba como causa a la pérdida de la dignidad de Virrey. Acusó de criminal la audacia del juez Bobadilla que le envió prisionero a España en 1500 con el inicuo proceso formado en La Española, cuyos cargos y procedimientos fueron expresamente reprobados por los Soberanos en 1502, en cartas que dirigieron al ilustre perseguido expresándole el sentimiento que su arresto les había causado, y prometiéndole cumplida satisfacción. No menos victoriosamente deshizo Don Diego la audaz alegación de que su padre no había sido el primer descubridor de tierra firme en las nuevas Indias; y las numerosas pruebas testimoniales que adujo para sostener la gloria de ese descubrimiento fueron de tanta fuerza y tan concluyentes que llevaron el convencimiento de la verdad a todos los ánimos. El Consejo Real de Indias, contra las protervas esperanzas del Rey Fernando, inspirándose en la dignidad e independencia que tanto ‘enaltecieron en aquel siglo las instituciones españolas. falló unánimemente en favor de los derechos reclamados por Don Diego, reintegrando en todo su puro brillo el mérito de Colón.

Sin embargo de este glorioso triunfo del derecho contra el poder estaba muy lejos de haber llegado al cabo de sus pruebas la energía y la paciencia del joven Almirante. Esperó todavía algún tiempo que el Monarca, sin más estímulo que el deseo de mostrarse respetuoso con la justicia, le daría posesión de sus títulos y prerrogativas; pero cuando después de muchos días, consumido en la impaciencia de su inútil esperar, habló por fin al Rey pidiendo el cumplimiento del fallo a su favor, oyó con penosa sorpresa nuevas excusas y pretextos fútiles, sobre su extremada mocedad, la importancia del cargo de Virrey, y la necesidad de meditar y estudiar el asunto; razones todas que hicieron convencer a Don Diego de que jamás obtendría de su soberano el goce real y efectivo de sus derechos hereditarios, por más incontrovertibles que fueran.

XXIV

EL ENCUENTRO

Este gran retroceso en sus legítimas esperanzas exasperó al joven, que en muchos días no se presentó en la corte. Fernando, en cuanto notó su ausencia, se informó de él con vivo interés, porque a pesar de las sugerencias de su política egoísta no podía menos de profesarle afectuosa estimación, por sus distinguidas cualidades. Un paje fue de orden del mismo Rey a preguntar por Don Diego a su alojamiento, y volvió con la contestación de que se hallaba en cama con calentura.

A esta nueva, el Monarca expresó altamente su sentimiento y cuidado: tal vez la conciencia le remordía como culpable, por su injusticia, de la enfermedad del mancebo. Ante el interés que por éste manifestaba el Rey, los cortesanos, que en todo tiempo y en todas partes se parecen, empezaron a porfía a dar muestras de gran cuidado por la salud del joven Almirante. La inquietud y la emoción llegaron a su colmo cuando el Soberano, dirigiéndose a Don Fernando de Toledo, Comendador mayor de León y hermano del duque de Alba, le dijo estas palabras:

—Primo mío, ved de mi parte a Diego Colón, decidle cuánto siento su enfermedad, y cuán de veras le estimo.

El Comendador se inclinó respetuosamente, y se dispuso a cumplir el real encargo, a tiempo que el monarca volvió a llamarle, y le dijo en secreto algunas palabras.

Cuando llegó a la casa de Don Diego, el regio emisario fue recibido por Fernando Colón, que quiso excusar a su hermano de la visita diciendo que había dormido muy mal la noche anterior, y que en la actualidad descansaba; pero el Comendador insistió en ver al enfermo, afirmando que creía llevarle el alivio con su visita.

Conducido al aposento de Don Diego, le hallaron efectivamente en su lecho; pero al tomarle la mano el Comendador observó que no tenía alteración su calor natural, ni ofrecía ningún otro síntoma de enfermedad que un tinte de sombría tristeza esparcido en el semblante.

~¿Qué tenéis, Don Diego? —le preguntó en tono amistoso-; ¿Cuál es vuestro mal?

—Mi mal, señor, está en el corazón, que ya sangra y desfallece ante la injusticia del Rey.

—No habléis en tales términos de vuestro señor y el mío, —dijo el de Toledo frunciendo ligeramente el entrecejo—. Creed más bien que tendrá sus razones graves, ligadas con el bien del Estado, al no acceder a vuestros deseos.

—Es, señor —repuso Don Diego—, que no puedo conformarme con que la razón de Estado ahogue mis legítimos derechos; ni veo qué males pueden sobrevenir, al Rey ni al Estado, de que se me haga justicia, siendo como soy un fiel vasallo.

—Pues bien, Don Diego, no dejéis de serlo con vuestra impaciencia; ved que perderéis mucho con ello. El Rey, mi primo y señor, os quiere y estima, y en prueba de esta verdad, aquí me tenéis que vengo de orden suya a aseguraros su aprecio y cariño.

—Mucho agradezco a su Alteza y os agradezco a vos el cuidado, ilustre Comendador.

—Hay más todavía, señor Don Diego —continuó Don Fernando de Toledo—; traigo encargo del Rey de deciros que enteramente convencido de vuestra fidelidad, os propone el título de duque, con una cuantiosa renta sobre los beneficios de la corona, con tal que cedáis a ésta vuestros derechos y títulos heredados de Don Cristóbal, vuestro ilustre padre, que son incompatibles con las prerrogativas reales.

A estas palabras se incorporó Diego Colón, miró fijamente al comisario regio, y le dijo con voz sonora y ademán altivo:

—Dignaos decir al Rey, que yo, su fiel súbdito, consentiré gustoso en que me despoje de todo haber, de toda dignidad y preeminencia,

y en servirle como el último de sus soldados o como su más humilde vasallo, más bien que sacrificar voluntariamente, por pacto de vil interés, ninguno de los dictados que con testimonio de su gloria me legó mi inmortal progenitor.

Don Fernando de Toledo, profundamente conmovido, tendió la diestra al generoso mancebo, diciéndole:

—Tenéis razón, Don Diego; mucha razón. Adiós.

Tan pronto como el enviado del Rey le dejó solo, Diego Colón se levantó con vivacidad febril, se vistió y dispuso salir de paseo a caballo con su hermano Don Fernando. Este le objetaba la inconveniencia de presentarse en público cuando había hecho anunciar en palacio que estaba enfermo, y a esa circunstancia había debido la visita del noble Comendador, en nombre del Rey; pero el joven Almirante acalló los reparos de su buen hermano diciéndole que él no sabía fingir; que había dicho la verdad a Don Fernando de Toledo, y que su partido estaba tomado ya, conformándose con su suerte; y por consiguiente, que la tristeza y el abatimiento lo habían abandonado, como sucede siempre que el hombre acepta con ánimo resignado los reveses de la fortuna.

Era Fernando Colón, por la superioridad de su talento, así como la nobleza y generosidad de sus sentimientos y su educación filosófica, muy capaz de apreciar esta resolución varonil de Don Diego, y así, no hizo más que aplaudirla, y confirmarle en ella con elocuentes reflexiones.

Departiendo de esta manera los dos nobles hermanos, su paseo fue ameno y se prolongó hasta muy avanzada la tarde. Al regreso, ambos jinetes lleno el ánimo de ideas plácidas y el semblante iluminado con los reflejos de su pura conciencia, conversaban todavía animadamente, mientras que sus dóciles corceles marchaban airosos al paso regular y contenido, como cuidando de no interrumpir aquella agradable y discreta conversación. Iban así, atentos, el uno al otro, por la vasta alameda que conducía a la puerta principal de Valladolid, cuando se cruzaron con varios escuderos que precedían a una joven dama, acompañada de tres o cuatro señores, todos a caballo.

Los Colones saludaron cortésmente al pasar junto a la brillante comitiva, uno de cuyos jinetes, el Comendador mayor Don Fernando de Toledo, detuvo su caballo al contestar el saludo de los hermanos, y dijo:

—Parad todos, señores: ¿cómo así, Don Diego, tan lozano y arrogante, cuando suponía que estabais aún con vuestra calentura?

Recogieron los dos hermanos las bridas de sus caballos, y Don Diego contestó a la interpelación del Comendador:

—Señor; vuestra visita me hizo tanto bien, que mató como por encanto la melancolía que me atormentaba, y me sentí bueno en el acto.

—¿Sabéis, Don Diego, que el Rey está muy enojado con vos? Le he dicho palabra por palabra vuestra respuesta. Pero ¿qué hago? ¿Cómo os impido acercaros a saludar esta amazona, que no me perdonará tamaña descortesía?

Y el buen caballero invitaba con el gesto a sus interlocutores a acercarse a la joven y bella dama, que había detenido su caballo a algunos pasos de distancia.

Llegáronse a ella los tres, y mientras los hermanos dirigían sus cumplidos a la dama, el Comendador dijo a ésta:

—Maria, mi amada hija, felicita al Almirante Don Diego por su dignidad y entereza. Hoy ha dado gran prueba de si. El Rey mismo se ha quedado maravillado, y en vez de enojarse, Don Diego, desea volveros a ver, y espera que al fin quedaréis satisfecho de él.

Dichas estas palabras, Don Fernando saludó afectuosamente a los dos hermanos, y la joven al despedirse les dirigió una sonrisa candorosa, que expresaba de un modo inequívoco la más franca simpatía.

Alejáronse el uno del otro los dos grupos, narrando al pormenor el Comendador a su hija la escena de por la mañana en casa de Don Diego; mientras que éste repetía dos y tres veces, como hablando consigo mismo: —¡Qué hermosura tan espléndida!

Fernando Colón movió la cabeza maliciosamente, y guardó silencio respetando la preocupación de su hermano.

LA DEMANDA

Transcurrieron tres días desde la tarde del paseo y el encuentro de los dos hermanos con el Comendador mayor y su bella hija. Efectivamente lo era la joven Doña María, hija única de aquel gran señor, que tenía próximo parentesco con el Rey Don Fernando, y era hermano menor del poderoso Duque de Alba. Criada con gran recato en la casa de este último, y a la vista de la bondadosa duquesa, a cuyos cuidados había tenido Don Fernando de Toledo que confiar la infancia de su hija, por haber quedado viudo prematuramente; sólo hacia tres meses que, acabada de formar, y completada su distinguida educación, el Comendador había presentado en la corte aquel lozano botón de rosa, cuyo donaire y gentileza atrajeron inmediatamente la admiración y simpatía de la nueva reina, Doña Germana de Foix, y de la gente cortesana. Don Diego Colón no había tenido ocasión de verla: asistía diariamente, por mero deber, a la antecámara del Rey; pero consagrado en cuerpo y alma a sus reclamaciones, viendo tal vez con secreto disgusto el solio que había sido de su bienhechora, la grande Isabel, ocupado por otra princesa, al persuadirse de que nunca obtendría justicia, su mal humor y su despecho lo mantenían alejado de las recepciones solemnes de palacio, y de todo lo que tuviera aires de fiesta o diversión.

El momento en que se ofreció a su vista la amable y hechicera criatura, era el más oportuno para que sus sentidos, predispuestos con el bienestar de una reacción repentina de su ánimo — hasta aquel día presa de la irritación y la impaciencia—, transmitieran a lo más íntimo de su ser la plácida impresión que en un pecho juvenil y sensible no podía menos de causar tan soberana belleza. El corazón humano tiene horror al vacío, y mientras que el hielo de los años no llega a enfriar su ardor, necesita de objetivos que ejerciten su febril actividad: a una ilusión frustrada sigue una ilusión nueva; y un bien en perspectiva no tarda en compensar la pena del bien perdido, cuando la resignación se toma el trabajo de abrir la puerta a la esperanza.

Subordinado a esta ley constante, Don Diego, el mismo día en que, exagerando las intenciones del Rey Fernando, tomaba su partido y decía adiós a sus brillantes destinos como heredero del gran Descubridor, daba entrada en su franco y generoso pecho a un sentimiento gratísimo, a un dulce cuanto vehemente afecto, que venía a ocupar el puesto a que su legítima ambición, defraudada por la injusticia de los hombres, acababa de renunciar con más desdén que pesadumbre. Necesitaba un cuidado que lo distrajera, preservando de los embates del desaliento su resignación desinteresada; y el amor, numen fecundo de todas las inspiraciones magnánimas, presentaba a sus ojos, en hora feliz, un objeto digno de su adoración, al que debía ofrecer como tributo la efusión entera de su alma, consagrándole todos los altos pensamientos, los sueños de oro y los castos deseos de su ardiente fantasía.

Quedó, pues, Diego Colón deslumbrado por la hermosura y la gracia de Doña Maria de Toledo, y rendido al tiránico poderío del amor. Al tercer día de insomnio, de preocupación pertinaz y de indecisos antojos, el joven caballero, como quien al fin recoge las riendas a la vigorosa imaginación, entabló con su hermano Don Fernando el siguiente diálogo, a tiempo que les servían el desayuno.

—¿Sabes, Fernando, en lo que pienso?

—Lo adivino —respondió Fernando con su sonrisa benévola y sutil.

—No puedes adivinarlo —replicó Don Diego.

—Me atrevo a afirmarlo —replicó Don Fernando.

—Pues dilo desde luego, que probablemente vas a hacerme reír.

—Piensas —dijo con lentitud y gravedad Don Fernando-, en casarte con Doña María de Toledo.

El pobre Don Diego palideció, y con voz entrecortada repuso:

—Hombre, no hay tal...; yo si...; pudiera ser...; no del todo. Vamos, Fernando, francamente: has adivinado mi pensamiento.

—No era preciso ser hechicero para dar con el acertijo, Diego —dijo Don Fernando riéndose del aspecto sorprendido de su hermano-. Ese pensamiento te punza como una jaqueca desde la tarde del encuentro, y me persuadí de ello en el acto.

—Bueno, ¿y qué dices de esto? ¿Apruebas mi elección? Porque te declaro, mi querido Fernando, que, o me caso con Doña Maria, o renuncio al mundo y me hago fraile.

—¿Quieres que te diga mi parecer, Diego? Vamos esta tarde a visitar al Comendador mayor de León, como es nuestro deber, y le pides la mano de su hija.

Don Diego se quedó aturdido; le pareció exorbitante la frescura con que su hermano afrontaba el asunto, y le dijo:

—¿Estás loco, muchacho? ¿Cómo voy yo a salir así, hópote insalutato, con esa pretensión al Comendador?

—Mira, Diego; los matrimonios, o vienen de Dios, o vienen del diablo. Los de Dios se vienen por el camino real, y andan a la luz del día; los de Satanás buscan las veredas y escondrijos, y escogen tiempo y hora, como quien anda en acecho... No te encojas de hombros, ni te impacientes; óyeme: he reflexionado mucho en estos tres días sobre tu pasión por Doña María, y sus consecuencias probables. El recado del Rey, la visita del Comendador, el encuentro casual, todo me dice que es inspiración divina tu súbito amor;

y que ni debes ocultarlo, ni temer repulsas, ni diferir tu enlace con la ilustre casa de Alba. Si en vez de irte en derechura a tu objeto, te pones a imitar a los enamorados de mala ley, y andas tanteando el terreno, y andas buscando circunloquios, ¡te pierdes, Diego, te pierdes! Es imposible que Doña Maria no tenga pretendientes a porrillo; y ¡ay de ti, si te dejas tomar la delantera por otro que la merezca!

—Razón tienes, Fernando; esta tarde iremos a visitar al Comendador, pero tú serás quien abordes el asunto del pedimento; yo no me siento con el ánimo necesario.

—Allá veremos, Diego; si tú mismo en el momento crítico no puedes valerte, no tengas cuidado; me sobra decisión para sacarte del empeño.

Diego Colón abrazó a su hermano, y estuvo muy alegre el resto de la mañana. Enviaron un criado a anunciar su visita al Comendador para las tres de la tarde; y media hora después un lacayo de éste llegó a decirles que su señor los recibiría gustoso a la hora indicada.

Discutieron los dos todavía largamente su plan de conducta; y tanto hizo el joven Fernando, tan buena maña se dio en sus elocuentes y sagaces inducciones, deducciones y conclusiones, que logró convencer al medroso Don Diego de que el padre de su adorada accedería de buen grado a la proposición matrimonial, como sumamente ventajosa para las dos casas.

Llegó la hora de la visita, y por más que al ser introducidos los dos hermanos en el suntuoso salón de recibimiento del Comendador mayor, el enamorado mancebo estuviera todavía vacilando sobre cuáles fueran los términos más convenientes para formular su demanda, la acogida que les hizo el noble señor disipó inmediatamente sus temores.

Al ver a sus huéspedes, Don Fernando de Toledo se adelantó, y extendiéndoles ambas manos, dijo:

—Mucho me complace, ilustres caballeros, vuestra visita, y esta casa se honra con ella.

—Gracias, señor Don Fernando —dijo Don Diego, mientras que su hermano se inclinaba cortésmente—. Vuestra amable bondad nos atrae, y nos da aliento para mirar a vuestra altura sin vértigo...

—Tratadme con toda llaneza, amigos míos; —interrumpió el Comendador, temiendo sin duda que el discreto, según la moda de aquel tiempo, remontara tan alto que se perdiera de vista.

—Tal vez, señor —dijo entonces con su habitual sonrisa Fernando Colón—, llegue el caso de que os parezca demasiado familiar nuestra visita.

—¿Por qué? —repuso con naturalidad el Comendador.

—Porque además de cumplir el grato deber de saludaros, el objeto de nuestra visita es tratar de un asunto de familia.

—Nada puede serme más satisfactorio, amigos míos —volvió a decir el Comendador—, que vuestra confianza, y que lleguéis a persuadirnos de que todo lo que pueda interesaros me interesa.

Fernando Colón miró de un modo expresivo a su hermano, y éste tomó la palabra, exento ya de todo temor o aprensión.

—Pues bien, señor Don Fernando; hablaré con la franqueza con que hablaría a mi padre; os someteré el proyecto que he formado: si no mereciere vuestra aprobación, me lo significaréis lisa y llanamente, sin necesidad de explanarme razón alguna. Aceptaré sumiso lo que decidieréis, dando por mi parte estimación, sobre todo, a vuestra benévola amistad.

Este exordio modesto causó en el ánimo bondadoso de Don Fernando de Toledo una impresión altamente lisonjera, que acabó de predisponerle del todo en favor de Don Diego.

—Hablad, hijo mío —respondió con acento blando y conmovido.

—Aspiro a ese dulce nombre —prosiguió vivamente Don Diego—. Amo a vuestra hija, y deseo ingresar en vuestra ilustre casa. Esta aspiración podrá tacharse de desmedida; pero Cristóbal Colón me dio el ser, y si mis timbres son nuevos, los simboliza todo un mundo, nuevo también, descubierta por mi heroico progenitor.

—Guárdeme el cielo, señor Almirante —dijo Don Fernando—, de descender los prominentes y extraordinarios méritos de vuestro padre, así como soy el primero en apreciar vuestras prendas personales. No hallo, pues, excesiva vuestra pretensión; ni será mi voluntad el obstáculo en que pueda estrellarse. Tengo, no obstante, que llenar otros deberes; que pesar otras consideraciones, y consultar otras voluntades, antes de daros una contestación definitiva.

—Lo comprendo, señor; y estoy dispuesto a aguardar sin impaciencia todo el tiempo que creyereis necesario para vuestras deliberaciones: os debo ya gratitud, por haberos dignado considerar mi pretensión, en vez de rechazarla desde luego.

—Dentro de tres días, Don Diego —concluyó el Comendador levantándose de su sitio—, os comunicaré mi decisión.

Los Colones se despidieron, recibiendo nuevas demostraciones de cordial cortesía de parte de Don Fernando de Toledo.

Ya en la calle, Don Diego dijo con aire compungido a su hermano:

—¡Desahuciado estoy, Fernando; no hay esperanza para mí!

—Antes de tres días —contestó Don Fernando—, podrás llamar tuya a Doña María de Toledo.

Diego Colón cerró los ojos con un estremecimiento nervioso, como enajenado a la sola idea de alcanzar tan codiciada ventura.

XXVI

APOGEO

Después... No hemos de inventar, por el único interés de dar colorido novelesco a nuestra narración, peripecias que, alejándose de la verdad de los hechos, compliquen la sencilla trama de los amores del joven Almirante. La historia dice que su pretensión no halló obstáculos, y hemos de respetar la historia, aunque palidezca nuestro verídico relato, antes que recargar la acción principal y real de nuestros personajes con incidentes fabulosos y de grande efecto dramático, que sólo darían por resultado irritar nuestra pobre imaginación, y cansar la paciencia del benévolo lector.

Creemos, sí, indispensable poner a prueba esa paciencia, consagrando algunas líneas más al prosaico y monótono asunto de las fáciles bodas de Don Diego Colón.

Han transcurrido los tres días señalados por el Comendador mayor Don Fernando de Toledo, para dar su contestación definitiva a la demanda del enamorado joven. En el mismo salón de artesonado techo y resplandeciente de lujo donde hemos visto a los dos hermanos benévolamente recibidos por el ilustre magnate, se hallan reunidos los principales deudos, parientes y amigos de la casa de Toledo. El astro cardinal de aquella deslumbrante constelación es Don Fadrique, el jefe de la familia, el ilustre y poderoso duque de Alba, primo y valido del Rey Fernando, que le debía gratitud por recientes y muy importantes pruebas de acrisolada lealtad. Allí está también la duquesa su bella esposa, joven aún, cubierta de rico brocado y brillante pedrería. La acompaña un vistoso enjambre de gallardísimas y elegantes damas, prez y ornamento de la corte de Castilla; mas entre todas aquellas beldades atrae las miradas, y fascina con los celestiales y puros resplandores de su incomparable hermosura, la hija de la casa, la encantadora María de Toledo.

Acaba de cerrar la noche; pero sus tinieblas están vencidas y humilladas. En los salones y amplios corredores del gótico palacio del Comendador, numerosos blandones centellean en bruñidos candelabros, y la luz que proyectan puede competir victoriosamente con la del día.

Fuera, en los jardines, poblados de magníficas estatuas, y en la calle, reina la fascinadora claridad de la luna, que se destaca limpia y serena en un cielo azul, tachonado de millones

de fúlgidas estrellas. La primavera, coronada de rosas, adulada por el céfiro, que en su honor llena el ambiente con los perfumes robados a las flores, ostenta risueña sus más preciados atavíos.

Diego y Fernando Colón se presentan debidamente anunciados, y conducidos por Don García, hijo del duque de Alba, y otros dos apuestos jóvenes de la familia, que han ido a recibirles hasta la puerta principal del salón. Un murmullo general reina por algunos instantes a la vista de los dos simpáticos hermanos, y todos los semblantes se animan con una expresión de agrado sumamente lisonjera para los recién llegados.

Don Fernando de Toledo, después de las ceremonias del recibimiento y presentación de los Colones al duque y a los demás convidados; después de un breve rato de cumplidos galanteos tributados por Don Diego y su hermano a la duquesa y a las damas, toma la palabra, y elevando la voz en medio del silencio general, dice al duque de Alba:

—Hermano mío: yo os ruego que, como cabeza de nuestra casa, os dignéis declarar nuestro acuerdo al señor Don Diego Colón, y a los demás señores y ricas hembras aquí presentes.

Don Fadrique se puso inmediatamente en pie, asintiendo a la invitación de su hermano; saludó con una inclinación de cabeza a Don Diego y a la concurrencia; sentóse en seguida, y habló en estos términos:

—Señor Don Diego Colón: sometida vuestra demanda matrimonial a consulta mía y de la familia, por mi muy amado hermano Don Fernando, aquí presente, la consideramos detenidamente, y concluimos por calificarla de digna y aceptable. No era nuestro ánimo, sin embargo, violentar en lo más mínimo la voluntad de mí amada sobrina Doña María, cumplimos con el deber de explorarla, incitándola a manifestar sus disposiciones respecto a vuestra persona, con absoluta libertad e independencia. Obtuvimos su declaración, que os fue enteramente favorable... En seguida acudimos a impetrar la venia de nuestro muy reverenciado primo y Soberano, como era nuestro deber y nos es grato deciros que el regio consentimiento ha sido acordado graciosamente por su Alteza. Podéis, por tanto, considerar como vuestra prometida a Doña María de Toledo.

“Vais, pues, señor Don Diego Colón, a ingresar en nuestra familia; a ligar vuestra sangre con la sangre casi real de la casa de Toledo. No tenemos por desigual este enlace, y más bien lo creemos por todos títulos digno y honroso; pero sois joven; vuestra carrera personal va a principiar ahora; hasta el día sólo habéis tenido ocasión de manifestar vuestro carácter noble y pundonoroso. Por nuestra parte, nunca dimos cabida a la necia presunción de que las proezas de nuestros antepasados, el heredado lustre de nuestro linaje, habían de bastar a nuestra gloria y nuestro orgullo como grandes de Castilla; antes al contrario, creímos que aquellas ventajas fortuitas, hijas del acaso, ajenas de nuestros esfuerzos y de nuestra elección, sólo debían servirnos de acicate para no ser, en servicio de la Patria y de la Fe, menos que nuestros ilustres ascendientes; y estas manos, como las de mi hermano el Comendador mayor, han sabido ganar a lanzadas, contra infieles y

franceses; y este pecho ha podido obtener a fuerza de valor y fidelidad, timbres y preseas que han renovado y mantenido refulgente el brillo de los blasones de nuestra casa.

“Sois hijo del gran Cristóbal Colón, y sabéis, por consiguiente, a lo que estais obligado. Esperamos de vos que seáis siempre, por la virtud y el esfuerzo, digno de vuestro glorioso padre; y que el cielo os haga tan feliz como todos los presentes deseamos Si el discurso del noble duque pareciere al discreto lector un tanto ampuloso y difuso, tenga la bondad de recordar que en aquel tiempo, las reminiscencias de la Edad Media, que apenas acababa de pasar, se confundían con los primeros destellos de la civilización moderna; que el incomparable Miguel de Cervantes no había nacido todavía; ni, por lo mismo, estaba en la mente de ningún hombre el engendro feliz de aquel ingenio inmortal, que había de echar por tierra las sublimes fantasías caballerescas, a una con las abigarradas y enfáticas formas literarias que servían de marco a tan heroicos desvaríos y románticas locuras.

El Comendador confirmó con un signo de asentimiento lo dicho por su hermano Don Fadrique: el Almirante dio las gracias a ambos en sencillas frases y acento conmovido, y recibió las entusiastas felicitaciones de los circunstantes. Poco después se adelantó el Comendador con paso mesurado y majestuoso; tomó de la mano a Don Diego lo condujo donde estaba su prometida, toda ruborizada y temblorosa. Algunas discretas frases de Don Diego la tranquilizaron gradualmente; al cabo de media hora los dos afortunados novios se contemplaban con éxtasis, se confiaban en voz baja sus castos deseos y deslumbradoras esperanzas; los demás concurrentes hacían como que no veían la encantadora escena, y planteaban en animados grupos conversaciones distintas. Hubo sarao, profusión de delicadas golosinas, y reinó la alegría hasta la medianoche, hora en que terminó la fiesta de los esponsales, señalándose el plazo de veinte días para la conclusión y celebración del matrimonio.

Estos veinte días fueron sin duda los más felices de la vida de Don Diego, que tenía franquicia absoluta para visitar a su prometida, y los aprovechaba pasándose las horas, para él brevísimas, en familiar conversación con su adorada María, en casa de los duques. Llegó en esta época a su apogeo la fortuna de los Colones, a quienes la Corte entera tributaba aplauso y homenaje, habiéndose fundido la frialdad glacial del Rey al calor de la protección que hallaban en el duque los intereses de Don Diego. Desde entonces el soberano prodigó favor y agasajo a los hijos del gran Colón, y se complació en ser justo al fin. Tal es por lo común la justicia de los Reyes.

XXVII

DERECHOS HEREDITARIOS

Decir que las bodas de Diego Colón y María de Toledo fueron celebradas con soberbia pompa; extendernos a reseñar minuciosamente los pormenores de este fausto acontecimiento, sería, lo uno exponernos a ser tachados de superfluidad; porque

tratándose de personajes de tan elevada alcurnia, próximos parientes del Monarca el padre y el tío de la novia, no es necesario sino la asistencia del simple sentido común de nuestros lectores, para dar por supuesto que nada había de omitirse para revestir al suceso con todo el esplendor y lucimiento que la etiqueta española y el carácter ceremonioso de aquella época imponían a todos los interesados en el asunto; y lo otro, es decir, la narración de los incidentes de aquella fiesta, nos parece materia de muy pueril sustancia para distraer por más tiempo la atención de esos mismos lectores, a quienes, sobre el natural sentido común, creemos asistidos de algo más raro, que es el buen sentido; para distraer su atención, repetimos, de los hechos concretamente relacionados con los episodios más interesantes de esta verídica historia, que todavía está en el caso de consagrar algunas páginas más a aquellos prolegómenos, sin cuyo conocimiento sería muy difícil o imposible apreciar en su verdadero valor el carácter de los protagonistas y la índole moral de sus actos y su conducta.

Abreviaremos, pues, cuanto sea posible, nuestra revista retrospectiva de los acontecimientos, para seguir narrando concisamente las peripecias que aún nos separan de la acción prominente y el asunto principal de este desaliñado libro.

Los veinte días que transcurrieron entre los esponsales o la promesa matrimonial y el acto solemne de pronunciarlos cónyuges el juramento de pertenecerse recíprocamente por toda la vida, no fue tiempo perdido para los intereses de la naciente casa de Colón. El duque de Alba, que gozaba de absoluta privanza con el Rey, no era hombre que hacía las cosas a medias; y corriendo por su cuenta la fortuna de su nuevo sobrino, los autos en favor de éste, acordados por el Supremo Consejo de las Indias —que hasta entonces habían permanecido sin cumplimiento, como letra muerta— recibieron la sanción del regio exequatur, o sea la real venia, como entonces se decía. El Rey Don Fernando solamente regateó el título de Virrey para Diego Colón; aunque, si bien se examina, lo que regateó su Alteza no fue el título, que al cabo se concedió pro forma o in nómine, frase que en el indigesto lenguaje de los letrados de aquel tiempo significaba lo mismo que mera decoración, o vano adorno; lo que el Rey no sólo regateó, sino que negó obstinadamente, fue la efectividad de las funciones de Virrey, que a pesar de su real firma y palabra empeñada con el gran Cristóbal Colón, encontraba siempre exorbitante para el legítimo heredero de sus bienes y previamente definidos derechos como descubridor.

Don Fernando el Católico convenía de buen grado en que el Almirante Don Diego fuera el primer personaje del Nuevo Mundo; pero en punto a autoridad, el profundo político que había sabido fundar en España la preponderancia del poder real sobre las sediciosas pretensiones de los grandes, nunca podía desistir de amenguar las prerrogativas hereditarias del hijo de Colón. Una cosa había sido prometer, cuando el mundo cuya existencia afirmaba el oscuro navegante se conceptuaba generalmente como el sueño de una imaginación calenturienta; y otra cosa era cumplir, falseando los principios inflexibles de todo un sistema de gobierno, cuando ese mundo surgía con el esplendor de una realidad victoriosa, de las profundidades del Océano.

Por eso el Rey Fernando, al mismo tiempo que confería a Diego Colón la autoridad de Gobernador de la Isla Española y sus dependencias en reemplazo del Comendador

Ovando contra cuyas crueldades surgían, al cabo de tanto tiempo, en un rincón de la real memoria las apremiantes recomendaciones que hiciera al morir Doña Isabel la Católica; procuraba restringir disimuladamente esa autoridad, y meditaba la creación de la Real Audiencia de Santo Domingo, que se llevó a efecto un año después; y por la misma causa los émulos de Diego Colón en su gobierno, hallaron en la Corte oídos complacientes para sus torpes calumnias, acogidas más de una vez por la injusta suspicacia del Monarca...; pero no anticipemos unos sucesos a otros; que acaso tendremos que mencionar esas miserables intrigas en el curso de nuestra narración.

Todo estaba previsto y arreglado para la partida al Nuevo Mundo del Almirante Don Diego y su bella consorte; desde el día siguiente de su enlace un brillante y escogido acompañamiento de damas y caballeros distinguidos por su noble estirpe, tanto de la corte de Castilla como de las primeras casas de Andalucía, quedó formado en la ciudad de Sevilla, donde pasaron algunos días los Virreyes, como se les denominaba por todos, dando la última mano a los preparativos de viaje. Los tíos del Almirante, Don Diego y Don Bartolomé, cuya experiencia consumada en los asuntos de gobierno de las Indias se consideraba indispensable para la inauguración del mando de su sobrino, habían asistido junto con él a las últimas audiencias del Monarca y recibido las reales instrucciones, por las que debían regular sus consejos y los actos del joven Gobernador.

En cuanto a Fernando Colón, sus gustos modestos y su afición a los estudios le traían remiso a la idea de atravesar otra vez el Atlántico, de que tan ingratos recuerdos conservaba, habiendo experimentado los grandes trabajos y peligros del cuarto y último viaje de su padre; pero el mismo Rey Fernando, que estimaba su carácter y sus distinguidos talentos de un modo extraordinario, le instó porque también acompañara a su hermano a La Española, y pidiera para sí lo que mejor estuviera a sus deseos. Nada quiso el desinteresado joven, y sólo se determinó a hacer el viaje cuando Diego Colón le manifestó que, “sin él, su dicha habría de ser incompleta, porque de ella habían sido artífices principales la perspicacia y vivaz inteligencia con que él había alentado sus pretensiones matrimoniales”.

Embarcáronse todos estos ilustres personajes con su brillante y numeroso séquito, en el puerto de San Lúcar, donde los aguardaba una lucida escuadra de veintidós velas, el día 9 de junio de 1509, y después de mes y medio de próspera navegación, saludaron con indecible júbilo las verdes costas de la Isla Española, arribando a Santo Domingo al finalizar el mes de julio.

XXVIII

MUTACIÓN

No estaba el Gobernador Ovando en la capital de la colonia en aquellos días. Hallábase en Santiago, lugar muy ameno y salubre, a orillas del caudaloso río Yaque, cuya posición central le permitía atender a los negocios de todo el Cibao cómodamente; y vivía muy

ajeno a la idea de ser relevado del gobierno de la Isla. En igual descuido yacían todos los empleados y demás colonos al extremo de que un sobrino del Gobernador, que éste había hecho alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, llamado Diego López, faltando a sus deberes, se encontraba ausente de su puesto, y atendiendo a una granja o estancia que tenía, distante como dos leguas de la ciudad.

Al divisarse la escuadra compuesta de tan crecido número de bajeles, se cubrió de curiosos toda la ribera del mar, y algunos botes provistos de bastimentos salieron a cual más lejos a hacer su tráfico según solían cada vez que se avistaban naves en el horizonte. A poco rato una de estas embarcaciones regresó a tierra después de haber vendido sus víveres a una fusta que se había adelantado a los otros buques de la escuadra; y entonces supieron los curiosos la noticia del arribo del nuevo Gobernador, la cual cundió por toda la ciudad con rapidez eléctrica. Los oficiales reales y el Ayuntamiento, aturridos con tal novedad, se decoraron aceleradamente, corrieron a la marina, y embarcándose en una falúa de gala salieron a la rada a ofrecer sus respetos a los ilustres viajeros; pero por mucha diligencia que desplegaron, cuando los remeros se abrían por los pechos haciendo volar la embarcación oficial por fuera de la boca del puerto, ya la escuadra toda había echado anclas, y los barcos parecía que aguardaban con impaciencia, balanceados por las gruesas olas de la rada, el cumplimiento de las etiquetas de ordenanza.

Los regidores y oficiales abordaron a la galera capitana; fueron recibidos con agrado por Don Diego Colón y su familia, y formularon su voto ferviente de que cuanto antes hicieran su desembarco los insignes huéspedes.

Preguntó el Almirante por el Gobernador y el jefe de la fortaleza, y fue informado de su ausencia. Una hora después se dio la orden de levar anclas la nave capitana y las demás en que iban los equipajes mas preciosos: entraron con viento favorable en la ría, y se efectuó el desembarco en medio de un numeroso gentío, que al estruendo de los cañones de la escuadra haciendo las salvas de ordenanza, prorrumpió en vítores a los Colones con ese frenético entusiasmo a que tan fácilmente se entrega en todas partes, por motivos y razones más o menos fundadas, la ciega e impresionable multitud.

Brindaron los regidores al Almirante y su familia con un alojamiento tan conveniente cuanto las circunstancias de la colonia y la ninguna preparación del momento podían permitir; pero Don Diego les contestó que agradecía su ofrecimiento, no aceptándolo por razones políticas; y después de haber estado en el templo principal dando gracias a Dios cristianamente por su feliz arribo, se dirigió a la fortaleza, de la cual tomó inmediata posesión sin ceremonias ni cumplimientos de ningún género. A esta sazón ya los correos devoraban la distancia en todas direcciones, llevando la noticia de tan gran novedad a todos los ámbitos de la isla. Ovando se puso en marcha para la capital sin demora, y su contrariedad y enojo fueron grandes cuando supo la falta en que había incurrido su sobrino, el alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, no hallándose en su puesto al llegar el nuevo Gobernador.

Tal fue al menos el desahogo que dio a su descubrimiento, cohonestándolo con el indicado motivo. El Almirante y su esposa le hicieron el más amable recibimiento; pero

el irascible Gobernador insistía en deplorar con acritud la indisciplina de su joven pariente, y en su propósito de castigar el desorden de un modo ejemplar. Fue preciso que Don Diego interpusiera cortésmente su ruego en favor del delincuente, y Ovando hubo de deponer al fin el ceño, y encubrir del todo su mal humor, para entregarse en cuerpo y alma a los deberes de la etiqueta cortesana.

Inauguráronse, pues, grandes fiestas, convites, saraos, cabalgatas a los campos vecinos, y cuanto puede sugerir a los ingenios aduladores la riqueza desocupada. La colonia reunía todos los elementos de una pequeña corte, en la que resplandecían los más delicados refinamientos de la época. Los seis años de paz tiránica que Ovando llevaba en el gobierno habían elevado la isla Española al apogeo de su grandeza; los brazos de los indios, aplicados a las construcciones civiles bajo la dirección de entendidos arquitectos, habían convertido la humilde nereida del Ozama en una hermosa ciudad, provista de edificios elegantes y vistosos, con calles tiradas a cordel y casas particulares de aspecto imponente y gran suntuosidad interior; y el lujo se había desarrollado a tal extremo, que el adusto Rey Fernando, cuya mirada perspicaz todo lo veía en la vastísima extensión de los reinos y dominios sometidos a su cetro, hubo de dictar más de una vez pragmáticas severas, especialmente encaminadas a restringir la refinada ostentación a que estaban entregados los opulentos moradores de la isla Española.

Los Virreyes por su parte, jóvenes, recién casados y ricos, habían hecho las más ostentosas prevenciones para instalarse con el decoro de su rango en la opulenta colonia. Las damas de su séquito, “aunque más ricas de bellezas que de bienes de fortuna”, según la expresión usual de los historiadores de aquel tiempo, se ataviaban con todo el esmero y bizarría que sus altas aspiraciones y los ilustres apellidos que llevaban exigían de ellas; y los caballeros lucían análogamente los más de ellos los ricos trajes que el año anterior se habían hecho en Italia, cuando regresaron a España acompañando al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, que se retiraba cubierto de gloria de su virreinato de Nápoles. Se explica, pues, que el tren y boato de las fiestas y ceremonias públicas en la capital de La Española, justificaran el dictado de pequeña corte, que, siguiendo a más de un escritor de fama, hemos dado a la magnífica instalación de los Virreyes en su gobierno.

Ovando trató de poner pronto término a la mortificación que sin duda debía experimentar, participando de unos festejos que, sobre celebrar su propia caída, eclipsaban los mejores días de su finado poder en la colonia. Ya aceleraba sus preparativos de marcha, cuando un terrible huracán desató su furia sobre la isla, maltratando lastimosamente la lucida escuadra que había conducido a Diego Colón, y en que debía embarcarse el Comendador. La nave, capitana, que era muy hermosa, se fue a pique, cargada de provisiones y de otros efectos de valor, que aún no se habían desembarcado. Cuando al siguiente día salió el sol, sus rayos alumbraron un cuadro de sombría desolación, tanto en la costa como en el mar. Miserables despojos, fragmentos flotantes, árboles descuajados, casas de madera sin puertas ni techumbre, se ofrecían a la vista por todas partes. Afortunadamente, en la ciudad del Ozama era ya muy considerable el número de las casas y fábricas de cal y canto. Por fuerza hubo de demorarse la partida de Ovando, hasta rehabilitar los barcos que necesitaba para su regreso a España.

Este retardo dio lugar a otra mortificación mayúscula para el orgulloso Comendador, cual fue presenciar las publicaciones y apertura del juicio de residencia a que debían someterse sus actos de gobierno y los de sus alcaldes mayores.

Llamóse a son de trompa a los agraviados y quejosos, y en los lugares más públicos y concurridos se fijaron carteles o edictos declarando que se recibirían por espacio de treinta días las denuncias e inscripciones en demanda contra el que poco tiempo antes era omnipotente y gobernaba como señor absoluto las cosas de la colonia y del Nuevo Mundo; de donde conocían, según el historiador Herrera, que no es bueno ensoberbecerse en la prosperidad.

XXIX

INFORMES PERSONALES

Todo el empeño de Diego Velázquez y su séquito por hacer con rapidez el viaje desde Vera Paz a Santo Domingo resultó inútil. El huracán, obstruyendo los caminos y engrosando las aguas de los ríos y torrentes, hizo sumamente penosas y lentas las jornadas de los viajeros, que al cabo de doce días llegaron a la capital molidos, hambrientos y muy despojados ya del lucimiento y gallardía con que salieron de Jaragua.

Aposentóse Velázquez con su gente en una de las casas del Comendador Ovando, pues había hecho construir varias muy hermosas durante su gobierno. Hizo pasar respetuoso aviso de su llegada aquella misma tarde al nuevo Gobernador, pidiendo ser admitido a su presencia en la mañana del siguiente día, y excusáncose de no hacer su visita de homenaje inmediatamente, por el mal estado de todo su equipaje. El Virrey contestó defiriendo a la demanda, y absolviendo a Velázquez de los rigores de la etiqueta oficial.

Aquella noche se habló ampliamente de los recién llegados viajeros en los salones de la fortaleza, donde residía Don Diego Colón con toda su familia. Desde España venía sabiendo el joven Almirante cuánta era la importancia de Diego Velázquez en la colonia; como que éste y Juan Esquivel eran los tenientes de Ovando que sobresaliendo en habilidad y fortuna habían domado la fiereza de los indio! rebeldes de la isla, aunque con notoria diferencia en sus procedimientos; pues Velázquez, más sagaz y mejor político que Esquivel, había realizado la pacificación del Oeste haciendo todo lo posible por conservar la raza india; y en sus campañas de Batoruco y Haniguayagua no había dado cabida a la ferocidad que desplegara el famoso capitán de la guerra de Higüey.

Escuchaba el Almirante con vivo interés los informes que sobre todas aquellas personas, conocidas en La Española, le suministraba un señor anciano, de aspecto respetable por su blanca y luenga barba y fisonomía benévola. Era éste Don Francisco de Valenzuela, hidalgo y colono principal, que había pasado a la isla con el Descubridor en su segundo viaje, y avecindado en San Juan de la Maguana, donde poseía ricos hatos de ganado vacuno y caballar, se había mantenido fiel y consecuente amigo de la familia de Colón,

en su buena como en su mala fortuna. Se hallaba en la capital casualmente, a la sazón que llegó el nuevo Gobernador. Habló de Diego Velázquez con encomio, y luego pasó revista uno por uno a los individuos más distinguidos de las comarcas meridionales y occidentales que acompañaban al vencedor de Guaroa y de Hatuey; intercalando en sus disertaciones sobre cada uno curiosas noticias relativas al estado de la isla y a los pasados sucesos.

—Con el capitán Don Diego, decía, viene Valdenebro, uno de los dos caballeros que más corridos quedaron en la guerra de Higüey, cuando el primer alzamiento de Cotubanamá. Ni él ni su compañero Pontevedra volvieron a presentarse en esta ciudad desde aquel suceso, a consecuencia del cual se fue Valdenebro a vivir a la Maguana, y Pontevedra se embarcó para España, huyendo de la rechifla de sus compañeros de armas. Figúrense vuestras mercedes que esos dos hidalgos, muy preciados de valientes y diestros en toda suerte de esgrima, al comenzarse una facción en aquella guerra, estando los dos a caballo, vieron a un indio que estaba contemplándolos a campo raso, con aire desdeñoso y de desafío.

—“Dejadme ir a matarle”, dijo Valdenebro a su amigo; y lanzó su caballo en la dirección del indio. Éste se enfrentó al jinete y le disparó una flecha, a tiempo que el castellano le atravesó el cuerpo con su lanza; y el herido, sin dar muestra de dolor, se corrió por la misma lanza hasta asir las riendas de manos de Valdenebro. Al verse éste sin su lanza, sacó la espada y también la metió por el cuerpo al indio, que de igual modo se la quitó de las manos, teniéndola envasada en el cuerpo: sacó entonces el caballero su puñal, y lo hundió en el pecho al indio, que se lo quitó de las manos igualmente, quedando Valdenebro completamente desarmado. Acudió Pontevedra, que veía el caso, a herir al prodigioso indio con la lanza, y punto por punto repitió el herido la proeza, quitando al segundo combatiente lanza, espada y puñal, y dejando a ambos desarmados y confusos a la vista de todo el campo castellano: el heroico indio, como si desdeñara tomar venganza de sus agresores, se retiró entonces con todas las armas que tan esforzadamente conquistó, y fue a caer exangüe entre los suyos, que le aplaudieron con entusiastas alaridos.

Pocos instantes después rindió el espíritu, orgulloso y satisfecho.

—Notable caso —dijo Don Diego Colón—; y valor digno de los mejores días de Esparta. Mas, decidme: ¿no se averiguó el nombre de aquel bizarro higüeyano?

—Se hicieron diligencias infructuosas. Supe el caso de boca del mismo capitán Esquivel, que deploraba la terquedad o estupidez de aquellos salvajes, de quienes nunca pudo obtener noticia sobre un nombre tan digno de eterna memoria.

“Volviendo a Valdenebro, jamás ha podido consolarse de haber perdido feamente sus armas, a vista de los dos campos fronteros; ni había querido salir de la Maguana, adonde lo condujo su vergüenza, hasta ahora que, según acaba de decirme Don Diego Velázquez, ha conseguido éste vencer sus escrúpulos y reducirlo a que venga a besar las manos a los señores Virreyes.

“Además, trae consigo el capitán Velázquez a un mozo notable por su despejo y travesura, llamado Don Hernando Cortés, que se incorporó a la comitiva en Compostela de Azua, donde reside ha más de cinco años desempeñando la escribanía de aquel Ayuntamiento. Es hombre de gran talento y que promete ser de mucho provecho, aunque manirroto, pendenciero a veces, y muy atrevido con las mujeres ajenas. Ejerce gran predominio en cuantos llegan a tratarle de cerca, y parece nacido con un sello de superioridad, como si toda su vida hubiera acostumbrado mandar a los demás.

“También verán ustedes a un sujeto de cara y talle muy extraños, de éstos que vistos una vez no pueden olvidarse nunca. Este es un hidalgo que se ha enriquecido administrando los bienes de una señora india viuda de Hernando de Guevara...”

—Conozco la viuda y la historia —interrumpió Diego Colón—: mí buen padre me recomendó mucho, al tiempo de morir, la protección de esa señora y su hija: Don Bartolomé de Las Casas me ha hecho saber interesantes pormenores de ese asunto, y de qué pie cojea el tal administrador, Mojica de apellido, si mal no recuerdo.

—Precisamente. Pues entonces sólo me falta hablaros de un muchacho indio ahijado de Velázquez, que lo trae muy mimado, y tiene por nombre Enriquillo.

—También tengo noticia de ese joven cacique, y lo veré con mucho gusto —repuso Don Diego-. Me han dicho que es pariente de la viuda de Guevara, y que ambos pertenecen a la familia que reinaba en Jaragua. Deseo conocer esos lugares y la gente que los puebla, que se asegura es la más hermosa y distinguida de estos indígenas. Por lo que respecta a Enriquillo, Don Bartolomé dice que sus preceptores, los frailes franciscanos, escriben de él que su inteligencia extraordinaria hace honor a la raza india. Pronto lo veré por mí mismo, y compartiré gustoso con Velázquez la obligación de protegerle..—Me alegro de que tenga Usía tan buenas disposiciones para con él: ese muchacho, como el indio que desarmó a Valdenebro y Pontevedra, como Cotubanamá, y otros muchos, son la prueba más concluyente de que la raza indígena de estas regiones es tan aventajada en razón y facultades morales como cualquiera de las más privilegiadas de Europa o de Asia.

—Lo creo como vos, señor Valenzuela —dijo gravemente Don Diego-, y me propongo proceder en mi gobierno con arreglo a tan juicioso y bien fundado dictamen.

XXX

EFECTO INESPERADO

Mientras que Don Francisco de Valenzuela daba cuenta circunstanciada en la Fortaleza de la vida y hechos de Diego Velázquez y sus compañeros de viaje, éstos recibían en su alojamiento la visita de Don Bartolomé de Las Casas. Apresuróse Velázquez a recoger noticias sobre los cambios recientes ocurridos en el personal del gobierno de la colonia, y supo con satisfacción y regocijo que el nuevo Gobernador estaba muy altamente

predispuesto en su favor. Decía Las Casas modestamente que el Almirante había salido de España animado de esas favorables disposiciones; pero el capitán se obstinó en dar gracias al Licenciado con la más cordial efusión, atribuyendo a sus informes y a su influencia los buenos auspicios bajo los cuales iban a presentarse al nuevo árbitro de la fortuna y la riqueza en el mundo occidental.

Es indecible la emoción con que Enriquillo correspondió a su vez a las cariñosas frases que le dirigió Las Casas, al ser presentado a éste por Diego Velázquez. “Ved aquí vuestra obra y la mía,” había dicho éste a su antiguo consejero del Bahoruco; y fijando el Licenciado un momento su mirada de águila en las facciones del joven indio — ¡Enriquillo!—, exclamó—; ¡bendito sea Dios! ¡Cómo ha crecido este muchacho, y qué apostura y fortaleza está mostrando! Abrázame, hijo mío. ¿Eres feliz? ¿Estás contento?

—Mi padrino es muy bueno para mí, señor Licenciado —dijo Enriquillo-, y estoy contento porque os veo a vos, mi protector, y porque creo que vos me haréis ver muy pronto a la familia que aquí tengo...

—Ahora mismo, muchacho, si tu padrino lo permite. ¡De cuánto consuelo va a servir tu presencia a tu pobrecita tía! Mira, ella está enferma, muy delicada; pero no vayas a hacer pucheros y a amargarle el gusto de verte.

—No temáis flaqueza de mi parte —repuso el joven con tono firme y severo-. Me habéis escrito más de una vez que yo debo ser el apoyo de mi tía Higuemota y mi prima Mencía, y esa idea está clavada aquí, —concluyó, llevándose la mano al pecho.

Diego Velázquez prestó gustoso su venia a la excursión de Enriquillo con el Licenciado, y ambos se dirigieron con planta rápida a la morada de Higuemota.

Esta yacía reclinada en un ancho sitial de mullido asiento, y las sombras del sepulcro se dibujaban ya con lúgubre expresión en su semblante pálido y demacrado. Su hija, bella y luminosa como el alba de un día sereno, estaba a sus pies, en un escabel que daba a su estatura la medida necesaria para apoyar los codos blandamente en las rodillas de la enferma, reposando en ambas manecitas su rostro de querubín, con la vista fija en los lánguidos ojos de su madre.

Llegó Enrique, conducido por Las Casas, a tiempo de contemplar por breves instantes aquel cuadro de melancólica poesía; y luego adelantáronse ambos hasta la mitad del salón. Al percibirlos Doña Ana de Guevara hizo un movimiento, incorporándose lentamente.

—¿Sois vos, mi buen señor Licenciado? —dijo con su voz siempre armoniosa, aunque velada por la debilidad de la tisis que la consumía—. Muy a tiempo venís, y me parece que hace un siglo desde vuestra última visita.

—Es, señora, que en cuanto de mi depende, me propongo hacerme acompañar, siempre que llego a veros, de algún lenitivo a vuestra tristeza. El otro día creí traeros un consuelo

con la visita del señor Virrey y su buena esposa; hoy vengo con algo que creo ha de seros más grato.—Difícil es, señor Las Casas, que nada pueda complacerme más que aquella bondadosa visita de los señores Virreyes, de quienes tan ardientes protestas de amistad y protección recibí para mi y para mi amada hija.

—Pues bien: aquí está una persona que va a proporcionaros muchos momentos parecidos; pues tiene para con vos grandes obligaciones, y hasta... bastante próximo parentesco.

A estas palabras, el Licenciado tomó del brazo a Enriquillo y lo presentó a Doña Ana. El joven dobló una rodilla y dijo con voz balbuciente:

—Mi buena tía Higuemota, dadme vuestra bendición.

-¡Guarocuya! —exclamó con trasporte súbito Doña Ana— ¡oh, Dios mío! Señor Las Casas, ¡cuánta gratitud debo a vuestros beneficios! Me parece que recobro mis fuerzas... Sobrino de mi corazón, acércate; deja que yo bese tu frente.

E inclinándose Enriquillo hacia su tía, recibió efectivamente un ósculo de aquellos labios incoloros y fríos, con el mismo recogimiento religioso que se apoderaba de su ser cuando solía recibir la comunión eucarística en el monasterio de Vera Paz.

—Mira, Guarocuya —prosiguió la enferma, en una especie de acceso febril—; besa a tu prima; a la que, si Dios oye mis ruegos, ha de ser tu esposa.

Y diciendo estas palabras, Doña Ana inclinó la cabeza en el respaldo del sillón, cerró los ojos y guardó silencio. Las Casas y Enrique creyeron por breve espacio que dormía: la niña removió dos o tres veces la diestra de su madre, llamándola a media voz, con este dulce dictado: ¡Madrecita mía! Inútilmente; prolongándose demasiado el silencio y el sueño, Las Casas se decidió a tomar el pulso a la enferma, y reconoció con espanto que aquel era el silencio de la muerte y el sueño del sepulcro. Doña Ana de Guevara, o sea Higuemota, había dejado de existir.

Su corazón, desgarrado por todas las penas, connaturalizado con la adversidad, no pudo resistir la violencia de un arranque momentáneo y expansivo de alegría, una brusca sensación de júbilo; y su alma pura, acostumbrada a la aflicción y al abatimiento, sólo se reanimó un breve instante para volar a los cielos.

XXXI

IMPRESIONES DIVERSAS

El recibimiento que se hizo a Diego Velázquez en la mansión de los Virreyes, el siguiente día, a las nueve de la mañana, fue tan cordial como distinguido. El Almirante,

acompañado de sus tíos, acogió al comandante de Jaragua como a un antiguo amigo; lo presentó a la Virreina y sus damas, y le retuvo a almorzar en la Fortaleza.

Velázquez hizo a su vez la presentación de los individuos de su séquito, para cada uno de los cuales tuvo el Gobernador un cumplido afable o una frase cortés.

Echó de menos en aquel acto a Enriquillo: —Me habían dicho, señor Don Diego, que con vos había venido un joven indio, vástago de los caciques de Jaragua.

—Efectivamente, señor —contestó Velázquez—. Traje conmigo a Enriquillo, que así es llamado por todos, y a quien amo como a un hijo; pero un triste acaecimiento lo ha afectado de tal modo, que está en el lecho con una fuerte calentura.

Y Velázquez refirió la muerte de Higuemota, según se la había participado Las Casas.

—Mucho siento ese suceso —dijo el Almirante Don Diego—; y aquí comienza el cumplimiento de un deber que me impuso mi buen padre Don Cristóbal... Esposa mía, vos cuidaréis de la orfandad de la niña que tanta impresión os hizo con su rara belleza el otro día. Yo tomare a mi cargo la salud del joven Enrique, pues considero, señor Don Diego Velázquez, que vuestra instalación de viajero recién llegado no os ha de permitir holgura para esa atención.

—A ella ha provisto desde el principio mi excelente amigo el Licenciado Las Casas, que por el motivo que discretamente ha anticipado Vueseñoría, hizo conducir anoche mismo a Enriquillo al convento de padres franciscanos, con quienes reside ahora el Licenciado, y en donde mi ahijado estará perfectamente asistido..—No importa —repuso Diego Colón—; le enviaré mi médico, y cuidaré de que nada le falte.

Y dio las órdenes correspondientes en seguida.

Por su parte la Virreina, con esa solicitud caritativa que convierte en ángeles a las mujeres, fue en persona a separar a la huérfana del cadáver de su madre, sugiriéndole su compasión ingeniosa y tierna el más delicado artificio para conseguir su objeto sin desgarrar el corazón de la interesante criatura. Dictó además Doña Maria, de concierto con Las Casas, disposiciones perentorias para que los funerales de Higuemota se hicieran con el decoro y lucimiento que correspondían a su rango; y así se efectuó en la tarde de aquel mismo día.

El almuerzo fue servido, y se resintió al principio de la tristeza que como una nube envolvía los ánimos por efecto de aquella muerte, que había venido a remover los sentimientos compasivos de la concurrencia. El único que estaba preocupado y triste por causa distinta era nuestro antiguo conocido Don Pedro Mojica, reflexionando que las cosas podían venir de modo que se viera constreñido a entregar la administración de los bienes de la difunta con estrecha cuenta de sus operaciones. El vivo interés que manifestaban los Virreyes por la suerte de la niña heredera, parecía al codicioso hidalgo de pésimo augurio para sus intereses.

Poco a poco, sin embargo, y a pesar de estos preliminares, la buena sociedad y los vinos generosos hicieron su efecto, desatando las lenguas e introduciendo el buen humor en la bien servida y suntuosa mesa de los Virreyes. Diego Velázquez, sometido a la influencia de aquella atmósfera donde se confundían y combinaban los misteriosos efluvios de la juventud, la belleza y la opulencia delicada y sensual, sentía la impresión de un bienestar y una dicha no gustados por él hacía mucho tiempo. Pasaban por su imaginación, como ráfagas de luz y de armonía, las reminiscencias de los encantados cármes de Granada, en donde se habían deslizado entre risas y placeres, como las corrientes juguetonas de límpido arroyuelo entre las flores de ameno prado; los días de su feliz adolescencia.

Estas dulces y gratas memorias, a una con la magia de unos ojos negros como el azabache, que vertían el fuego de sus fascinadoras pupilas sobre la arrogante y simpática figura de Velázquez, causaron en el pecho del impresionable comandante súbito incendio de amor.

María de Cuéllar, amiga y confidente íntima de la Virreina, hija única del Contador Cristóbal de Cuéllar, poseía, con una belleza peregrina, ese encanto irresistible, ese inefable hechizo que todo lo avasalla, esparciendo en torno suyo inspiraciones celestes y el tranquilo embeleso de la felicidad. Contemplábalas extasiado, indiferente a cuanto lo rodeaba, un joven dotado de rara hermosura de tez morena y sonrosada, y cuyos labios rojos como la amapola apenas estaban sombreados por el naciente bozo. La linda doncella, después de satisfacer su femenil curiosidad analizando las facciones y el traje severo, al par que rico y elegante, de Diego Velázquez, volvió su rostro al susodicho joven, y le dirigió una sonrisa que encerraba todo un poema de ternura.

Velázquez se contristó visiblemente: había visto la expresiva demostración de la doncella, y no era dudoso que aquellos dos seres, que parecían hechos el uno para el otro, se adoraban recíprocamente.

Concluido el almuerzo, se formaron grupos que discurrían por la sala en conversación familiar. El comandante de Jaragua aprovechó la oportunidad para tomar del brazo a Hernán Cortés, diciéndole:

—Vos, que conocéis a todo el mundo, decidme: ¿quién es ese mozo de aire afeminado que os ha apretado la mano hace un instante?

—¿Aquél? —preguntó Cortés, señalando al consabido mancebo.

—El mismo —contestó Velázquez.

—Ese es Juan de Grijalva, natural de Cuéllar —dijo Cortés sonriendo—: le conozco hace mucho tiempo...; cuatro horas a lo sumo. —¿Dónde y cómo? —replicó Velázquez admirado.

—Esta mañana, vos dormíais aún, cuando yo salí a brujulear por la ciudad. Me dirigía a la marina; pero topé en el camino con Don Francisco Valenzuela, que me invitó a visitar

las caballerizas del Virrey, a lo que accedí de buen grado; y con tan buena fortuna, que llegamos a tiempo de ver a este mozo, que vos tenéis por afeminado, cabalgando en un endiablado potro cordobés, negro como la noche y fogoso como una centella... Me dio tentación de montar el impetuoso bruto, y Grijalva, muy complaciente, se avino a ello, haciéndome después grandes cumplidos por lo que llamaba mi destreza. En suma, quedamos íntimos amigos, como habéis podido observar; que yo no necesito mucho tiempo para conocer si un hombre merece mi amistad; y este joven hidalgo, a menos que yo me equivoque mucho, tiene gran corazón.

Velázquez oyó el animado relato de Cortés, y guardó silencio quedándose pensativo.

Llegó a este tiempo el médico del Virrey. Interrogado sobre el estado de Enriquillo, el grave doctor dio cuenta de su encargo con toda la solemnidad que requería el prestigio de la ciencia en aquel tiempo.

—Llegué al convento —dijo-, y con la venia del padre prior, a quien requerí en nombre de Vueseñoría, fui conducido a la celda que ocupa el joven enfermo. Es un doncel admirablemente constituido, de rico y generoso temperamento. La calentura, febris acuta, ha encontrado material abundante en qué hacer presa, abundan tia sanguinis; y el delirio me indicó un peligroso agolpamiento a la cabeza, con gestio imminens. Siguiendo las indicaciones de Avicena en estos casos, apliqué dos buenas sangrías en ambos brazos, y un pedilivium, baño de pies, hirviente, férvidus. Permanecí en observación por espacio de más de una hora, y vi el reposo apoderarse del paciente, restauratio causa requietionis. Ahora le he dejado profundamente dormido, con los pies envueltos en paños de aceite tibio, oleum cale factum; y certifico que, si los frailes que lo asisten le hacen guardar el régimen que he prescrito, a saber: dieta y tisana de ruibarbo, antes de un mes habrá recobrado la salud, proesanabit. Pero debo decir a Vueseñoría que lo dudo; porque entre aquellos padres vive un laico que sin miramiento alguno se ha atrevido a contradecirme y a llamarme cara a cara ignorante... stultus.

Y el doctor dijo esto último con un ademán cómicamente trágico.

—¿Quién ha tenido esa osadía, doctor? —exclamó el Almirante, sin poder contener la risa.

—Un quidam —respondió el médico-, que he visto venir más de una vez a visitaros, y a quien oí que los frailes apellidaban Licenciado Las Casas. En todo caso, si realmente es Licenciado, debería respetar un poco más la ciencia.

—Ciertamente —repuso Don Diego Colón—, es sujeto que goza de merecido aprecio, y me admira que os haya ofendido sin motivo.

—Pretendió que la tisana de ruibarbo —prosiguió el resentido pedante—, no valía para el caso lo que el jugo de la piña, y fue hasta a porfiarme que, para la calentura, Avicena hacía mayor recomendación del tamarindo que del ruibarbo... Califiqué de herejía la audacia de aquel intruso, y entonces, citándome textos en latín de no sé qué autores,

inventados en su caletre, acabó por decirme con gran desvergüenza que yo era un doctor indocto, un mentecato.

—No tengáis cuidado, mi excelente doctor —concluyó el Almirante—; yo pondré buen orden para que el desacato no se repita.

Diego Velázquez había asistido a todo este diálogo, manifestando el más vivo interés por lo que se refería a su protegido. Cuando el grave Galeno se retiró, el convidado, seguido de Cortés y su comitiva, se despidió del anfitrión y de las damas, diciendo que iba a cumplir el deber de velar por la salud de Enriquillo.

—Tened presente nuestro deseo de verle por acá tan pronto como convalezca —le dijo el Virrey, estrechándole cordialmente la mano.

XXXII

LUCHA SUPREMA

—¿Por quién tañen tan tristemente esas campanas? —preguntó en la tarde del mismo día el ex Gobernador Don Nicolás de Ovando a su sobrino Diego López. Por la dama india viuda de Guevara, señor tío, que murió anoche —respondió López.

—¡Válgame - ¡Válgame Dios, sobrino!... Y esas galeras ¿cuándo estarán repuestas y listas a emprender viaje? Tégame que si tardo aquí algunos días más, también por mí lancen esas campanas a los aires su fúnebre tañido.

Este melancólico augurio no se realizó; pero Ovando, minado por una secreta y cruel pasión de ánimo, se despidió de la isla un mes después de la muerte de Higuemota, haciendo donación de sus casas y heredades a los conventos de la colonia y al hospital de San Nicolás, que había fundado el mismo Comendador en Santo Domingo. El resto de sus días lo pasó en continuas molestias que le suscitaban las reclamaciones contra actos de su gobierno.

Fueron éstas en tan crecido número, que el Rey tuvo al fin que intervenir declarando que era transcurrido el término fatal de la residencia. No gustó mucho el célebre ex Gobernador de La Española el reposo que la bondad de su Soberano quiso proporcionarle y murió a los dos años de haber regresado a España. figúrasenos que para el inexorable tirano de La Española como para todos los déspotas que, abusando de una autoridad ilimitada, han legado cien crímenes a la memoria de la posteridad, los últimos instantes de la existencia transcurrieron entre las angustias de un combate moral, librado en los profundos antros de su espíritu. ¿por qué no pude más? —grita la soberanía humillada e impotente; ¿por qué pude tanto? —clama sobrecogida la conciencia.

SEGUNDA PARTE

I

ALIANZA OFENSIVA

La ambición deprava el ánimo, y como que se nutre a expensas de los demás afectos que exaltan y embellecen el corazón humano, Noble o rastrera; ya la excite un objeto grande y elevado, ya tomando el carácter vil de la avaricia sea provocada por un fin puramente sórdido y material, el primer efecto de la ambición es subordinar y avasallar a su imperio todos los sentimientos del hombre que llega a aceptarla como el móvil de sus acciones; arrollando sin piedad o abandonando con desdén cualquier consideración generosa que pueda servir de obstáculo a las aspiraciones preconcebidas.

No era vulgar la ambición de Diego Velázquez, de muy temprano acostumbrado a empresas arduas, a cargos de representación e importancia. Había sido Velázquez, bajo el gobierno de Ovando, el verdadero fundador de las villas y poblaciones del Sud-Oeste de La Española; era el más rico de los conquistadores, y el que más renombre había adquirido como organizador y administrador de los territorios que su pericia y su esfuerzo habían pacificado en pocos meses.

En rededor suyo, a su vista, Juan de Esquivel solicitaba del joven Almirante el cargo de poblar y gobernar la isla de Jamaica; Ponce de León, protegido del ex Gobernador Ovando, obtenía el gobierno de la bella isla de Puerto Rico; Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa organizaban en el puerto de Santo Domingo sus tan ruidosas cuanto desgraciadas expediciones al Continente; mientras que otros hombres de corazón igualmente intrépido y de imaginación ardiente, un Vasco Núñez, un Hernán Cortés y muchos más rumiaban en sus proféticos ensueños de gloria y de grandezas, proyectos inverosímiles, brillantes quimeras con que entretenían sus ocios, esperando la ocasión propicia para ejercitar su espíritu aventurero en las empresas que debían conducirles a la muerte, o al pináculo de la fortuna.

¿Había de permanecer Velázquez ajeno a este orden de ideas, conformándose con la fama y los laureles adquiridos, y dando por terminada su carrera como conquistador? Ni lo permitían sus años, que no llegaban a la edad madura, ni mucho menos el temple de su carácter, ya avezado a las emociones de la lucha, y a los goces del éxito, tan a propósito para desarrollar esa hidropesía del alma que se denomina la ambición.

Era, pues, ambicioso Diego Velázquez, por más que, como acabamos de decir, sus pensamientos se alzarán a no vulgares esferas. Pero de cualquier modo, esa pasión bastaba para desnaturalizar los buenos impulsos del corazón de Velázquez, y el amor llegaba algo tarde a tocar a sus puertas.

Fue esto una desgracia: si ese amor se hubiera enseñoreado como soberano de aquel pecho varonil, ahogando o excluyendo todo otro afecto que pudiera oponérsele, indudablemente la abnegación habría compartido su dominio, matando al nacer cualquier proyecto encaminado a destruir la felicidad de la hermosa e inocente María de Cuéllar. Pero el egoísmo despiadado estaba en vela, y la voz de las especulaciones positivas se dejó oír. Para eso estaba allí el odioso Pedro de Mojica, siempre astuto, siempre en acecho y a caza de favor o de lucro. Él tomó a su cargo combinar el amor y la ambición en los planes y proyectos de Velázquez. La posición, las riquezas del codicioso hidalgo estaban en juego; le era preciso asegurar la tutela de su sobrina Mencía, continuar con la provechosa administración de sus bienes patrimoniales: la influencia del comandante de Jaragua le interesaba por todo extremo; ¿qué le importaba lo demás? A todo trance quería granjearse un poderoso protector.

Conoció a primera vista, con su mirada perspicaz y penetrante, la naciente pasión de Velázquez por María de Cuéllar: vio el partido que de este incidente podía sacar para sus intereses, e inmediatamente se puso en campaña con la actividad que lo caracterizaba. En pocos días improvisó estrecha amistad con Don Cristóbal, el Contador real, padre de la linda doncella; sedujo diestramente la imaginación del incauto viejo con la perspectiva de un enlace por todos títulos adecuado y ventajoso, entre la joven dama y un hombre de tan magnífica posición y carrera como era Don Diego; y consiguió, a fuerza de maña y artificio, la venia paterna y casi una comisión expresa para sondear los sentimientos de Velázquez y abrir camino a una negociación matrimonial.

Así provisto de una facultad tan extensa, Mojica se fue en derechura a Velázquez, que le acordaba alguna distinción amistosa, y le dijo con familiar volubilidad:

—Señor Don Diego: vuestra merced es rico; es valiente, bien reputado, de todos bien quisto, guapo mozo...; y sin embargo no es feliz. ¿Qué le falta para serlo? Lo que le faltaba a Adán cuando estaba solo en el paraíso; una compañera.

—Puede que tengáis razón, Don Pedro —respondió Velázquez sonriendo.

—Estoy segurísimo, señor —repuso Mojica—; y en vuestra mano está el remedio. Podéis hacer elección entre las bellas damas que rodean a la Virreina y yo os respondo que cualquiera que sea la escogida, será vuestra.

—Voy a haceros ver, señor Mojica, que no es eso tan fácil como lo pintáis —dijo lentamente Velázquez—: mi elección está hecha; y sin embargo, la elegida no será mía: su corazón pertenece a otro.

—¿De quién se trata, señor? —insistió con vivacidad Mojica—. Quiero ser vuestro confidente; soy todo vuestro, y de antemano os respondo del éxito de vuestras pretensiones.

—Pues bien, amigo mío, os lo diré todo: hace días que suspiro por la bella, la hechicera, la divina María de Cuéllar: la amé desde el día que la vi por primera vez en la Fortaleza;

pero ella ama a otro: su corazón pertenece a Juan de Grijalva; tengo de ello la triste certidumbre.

—Tranquilizaos, señor; no es posible que ese mozalbete imberbe, sin nombre ni porvenir, sea el rival de un hombre como vos, ni se atreva a aspirar a la mano de la hija del Contador real, el mejor partido de toda La Española. Dejadme obrar, y os repito que Doña Maria de Cuéllar será vuestra esposa.

—Sin embargo —objetó Don Diego—; yo no querría la mano de esa niña sin su corazón; y ya os dije que ella lo ha dado a ese mozalbete imberbe que os parece tan insignificante.

—¿Qué decís? ¡Señor Don Diego! —exclamó con vehemencia Mojica—. A los diez y ocho años una niña no tiene voluntad seria, sino caprichos... ¿En qué fundáis vuestra creencia de que Grijalva sea el poseedor afortunado del amor de esa joven? Tomad la mano y estad seguro de que, en pos de la mano, el corazón será vuestro.

—Yo los he visto mirarse de un modo tan expresivo..., sonreír el uno al otro con aire tal de inteligencia, que... —insistió Don Diego como destilando las palabras, y en tono de vacilación y de duda, en el que evidentemente se notaba su deseo de ser derrotado por la vivaz argumentación de su interlocutor.

—En suma —concluyó Mojica—; con un poco de astucia todo se arreglará, y por meras sospechas y aprensiones basadas en apariencias engañosas tal vez, no debéis renunciar a la posesión de la criatura más bella y agraciada de toda la colonia, y a la alianza de familia con un hombre como el Contador, cuyas riquezas, unidas a las vuestras, os han de hacer el más poderoso de todos los pobladores de Indias, poniéndoos en aptitud de levantar vuestro nombre a la esfera de los más celebrados en las historias...

—Bien está, Mojica —interrumpió Velázquez con resolución—cedo a vuestra elocuencia.

Si tan fácil os parece que Doña María llegue a ser mi esposa, os confío mi suerte; emplead los medios que vuestra discreción os sugiera como más oportunos, y logrado el éxito, contad con que no soy un ingrato.

Así, el pacto quedaba hecho: los escrúpulos de delicadeza hacían lugar en el ánimo del enamorado Velázquez a la vanidad y a las especulaciones ambiciosas, que falseando su carácter, le habían de empeñar en una vía donde le aguardaban no pocas espinas y remordimientos.

Desde aquel punto, la pretensión amorosa del comandante de Jaragua descendió a la categoría de un negocio: se calcularon fríamente las probabilidades en pro y en contra, se hizo cuenta de los obstáculos que podrían presentarse, y se trazó el modo de eliminarlos, arrollarlos o suprimirlos... Por supuesto, que Mojica, cuyo espíritu de intriga y travesura hacia de él un precioso confidente para casos tales, se calló lo que ya sabía sobre las excelentes disposiciones que abrigaba el padre de Doña Maria de Cuéllar respecto a

Velázquez. En cambio proveyó a todos los detalles del plan de campaña que tenía por objeto la conquista de la mano, con, o sin el corazón, de la interesante doncella.

II

ANSIEDAD

Pertenecía el Contador real Don Cristóbal de Cuéllar, por sus principios y sus ideas, al siglo en que había nacido; ese fecundo siglo décimoquinto, que cierra la tenebrosa Edad Media con la caída del Imperio de Oriente, la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Mitad sombra y mitad luz, aquella centuria, al expirar preludiaba dignamente al gran siglo del Renacimiento de las letras y las artes, a que tanto contribuyó la emigración a Italia de los más ilustres sabios y literatos de la ya mahometana Constantinopla. Los últimos destellos del feudalismo, los postrimeros resplandores de una civilización grosera, que tenía por base el despotismo de los señores, y el envilecimiento de los vasallos aparecían más lívidos y siniestros al confundirse con los primeros albores de la Edad Moderna, cuando despertaba de su letargo secular el espíritu humano, y se acogía a la concentración del poder real como a un puerto de refugio contra la bestial opresión de los múltiples tiranos.

Imponíase a la conciencia de los pueblos la idea de la real potestad, como hoy se impone la idea democrática bajo la forma racional de la República, consecuencia del mayor adelanto de las ciencias morales y políticas. Y por un efecto natural del horror que inspiraban las reminiscencias del feudalismo, los entendimientos vulgares se inclinaban a convertir en culto apasionado y fanático el cumplimiento de los deberes de súbdito; extremo a que se ve llegar aun en nuestros días a muchos hombres de mérito, que creen encontrar en la exageración del principio de autoridad el precioso talismán que ha de preservar las sociedades modernas de la invasión de las ideas demagógicas; lo que no es sino un error funesto que tiende, aunque inútilmente, a hacer retroceder la historia, deteniendo el carro triunfal de la civilización y el derecho.

Inteligencia vulgar era la del señor de Cuellar, cuyo monarquismo idólatra iba hasta hacerle repetir con frecuencia que “por el servicio del Rey daría gustoso dos o tres tumbos en el infierno”. Hombre leal y honrado por lo demás, profesaba con entera buena fe sus principios y opiniones, llevándolos hasta las últimas consecuencias; y de aquí que sus ideas sobre la autoridad, y más que todo la autoridad paterna, lo condujeran, como era el común sentir en aquella época, hasta el punto de negar voluntad, y toda personalidad ante el supremo deber de la obediencia. Se concebirá pues, fácilmente, la conclusión que de semejantes premisas debía derivarse para la pobre corderilla que daba el tierno dictado de padre al señor de Cuéllar.

Una joven decente y bien educada, según el código social de aquel tiempo, nunca se casaba por su elección, sino por la voluntad de sus padres. En cuanto a la inclinación, las simpatías y las antipatías, eran asunto que nada tenían que ver con el matrimonio. No entraban en cuenta.

Pronto llegó el día en que, con la activa intervención de Mojica, Don Diego Velázquez obtuvo del Contador real la solemne promesa de que la joven Maria de Cuéllar sería su esposa.

La inocente criatura oyó con estupor la notificación del acuerdo paterno, que para ella equivalía a una sentencia de muerte.

—¡Padre mío! —balbuceó apenas, y sus labios trémulos se negaron a dar paso a las palabras.

Viendo su palidez mortal, el temblor de todo su cuerpo, Don Cristóbal la contempló con asombro.

—¿Qué te pasa, hija? —le preguntó con afectuoso interés—. ¿Estás enferma? ¿Quieres que llame a las criadas?

—No, padre mío —dijo Maria penosamente—. Quiero hablaros a solas... Esa noticia..., esa promesa de matrimonio que habéis hecho... No estaba yo preparada a eso... ¡Yo no quiero casarme! —añadió con vehemencia, y ya repuesta de su primera impresión—. No quiero dejar vuestro lado. ¡Ay! ¿por qué no está viva mi madre?

Y la pobre criatura prorrumpió en sollozos.

Su padre la miró conmovido; pero disimulando sus impulsos de sensibilidad, nubló el ceño y dijo con acento ligeramente irritado:..—¡Vamos, señorita! Se me figura que no estáis en vuestro juicio. ¿A qué viene ese lloriqueo? ¿Se trata de hacerte algún daño, o de unir tu suerte a la de un caballero joven, rico, de claro renombre y gran porvenir? Esa repugnancia por el matrimonio es un acto de rebelión de tu parte, y nada más. ¿Qué sabes tú lo que te está bien? Obedece a tu padre, como es tu obligación, y serás dichosa... Mi palabra está empeñada, y no hay más que decir.

—Pero... —repuso como concibiendo una idea súbita la atónita y azorada Maña—; ¿y la Virreina? ¿y el Almirante? ¿Habéis consultado la voluntad de ellos?

—No tengo ese deber, niña —dijo secamente Don Cristóbal—. Me basta con hacerles saber lo acordado y resuelto cuando llegue el tiempo oportuno, y lo haré de un modo que los deje satisfechos.

Un rayo de esperanza templaba la consternación de la doncella, que apenas escuchaba ya a su padre. Los Virreyes la salvarían. Esto pensaba la infeliz; y se aferraba a su pensamiento como el náufrago al frágil leño en que confía llegar a la ribera deseada.

Estaba resuelta a confiar su secreto a la Virreina; a decírselo todo. Todo en este caso no era mucho, pues que se reducía a hacer la confesión franca de sentimientos que ya la Virreina había traslucido, haciéndolos objeto de uno que otro delicado y gracioso epigrama, contra cuyo alcance la doncella, ruborizada y confusa, protestaba siempre.

Esta vez, tan pronto como pudo ir, según su diaria costumbre, a la Fortaleza, y se vio a solas con la Virreina, se arrojó toda llorosa en sus brazos, y le manifestó en frases entrecortadas por la emoción el estado de angustia en que se hallaba su ánimo, con el anuncio que le había hecho su padre de haberla prometido en matrimonio a Velázquez.

—Vos sabéis, señora —añadió—, que yo no puedo consentir en ese enlace, cuya sola idea me horroriza, porque más fácil me seña morir, que borrar de mi pecho la imagen del que adoro...

—¿Grijalva? —se apresuró a concluir la Virreina.

—Sí, señora —continuó la joven—; os lo negaba no sé por qué; os lo negaba con el extremo de los labios, aunque no me pesaba que estuvierais penetrada de la verdad. Mi fe en vos, en vuestra cariñosa amistad, me impulsaba a declararos todos mis sentimientos; pero me contenía no sé por qué importuna vergüenza de que ahora me arrepiento, pues quizás con más franqueza de mi parte, vos hubierais tenido medio de proteger mi inocente amor, haciéndolo autorizar por mi padre, y así se hubiera evitado este contratiempo.

Doña María de Toledo contempló con vivo interés a su amiga: amábala con fraternal ternura, y hubiera conquistado la felicidad de ella aun sacrificando una parte de la suya propia.

—¿Pero vuestro padre os ha dicho, según lo que me habéis referido, que había hecho formal ofrecimiento de vuestra mano a Don Diego Velázquez? —preguntó a la doncella.

—¡Oh! Si, señora, y eso es lo que me angustia. Conozco ami padre, y sé que sólo un grande empeño de parte vuestra y del señor Almirante pudiera hacerle desligarse de su compromiso.

La Virreina movió la cabeza con aire de tristeza y desconfianza.

—No es ese el medio, querida mía —dijo—. Mi esposo es demasiado fiel guardador de sus propios compromisos; muy esclavo de su palabra cuando la empeña, para poder esperar de él ningún paso en el sentido que vos indicáis. Además, él y yo no podríamos, sin faltar a todos los miramientos que nos impone nuestro rango, ofender a Don Diego Velázquez atravesando bruscamente nuestra influencia en el camino de sus aspiraciones; mucho menos cuando se trata de aspiraciones amorosas rectamente dirigidas.

María de Cuéllar sintió el frío de la muerte en el corazón al escuchar las juiciosas observaciones de la Virreina. Esta notó el efecto de sus palabras, y repuso con viveza:

—No quiere esto decir que todo esté perdido; no, mi querida María. Medios habrá para...

Estoy reflexionando... ¡Ea! —añadió después de una breve pausa—, creo hallar el camino.

Y con la decisión de quien está seguro de la lucidez de su idea, la noble señora agitó la campanilla de plata que descansaba sobre un velador de mármol negro, allí contiguo. A la vibración sonora y argentina acudió un escudero, y recibió esta orden de labios de la Virreina:

—Buscad en el acto a Enriquillo, y decidle que deseo hablarle.

El criado hizo una profunda reverencia, y salió presuroso de la estancia.

III

PRESENTACIÓN

La convalecencia de Enriquillo fue rápida; mucho más rápida de lo que podía preverse a juzgar por el informe del doctor Gil Pérez, que así llamaban al médico que por orden del Almirante fue al convento de los Franciscanos y tuvo aquella acalorada disputa con Don Bartolomé de Las Casas. Este, que vigiló asiduamente la asistencia del enfermo, según todas las probabilidades, llevó adelante su rebelión contra la autoridad del docto facultativo, y el resultado fue que antes de tres semanas Enrique, completamente libre de fiebre, aunque pálido y débil, salía de su aposento y discurría por los patios del convento a su entera satisfacción. El pronóstico del doctor había señalado un mes, según se recordará, como *máximum* de tiempo para que el enfermo, siguiendo fielmente sus prescripciones científicas, recobrarla la salud. Sea, pues, como fuere, salió cierto y victorioso el fallo de la ciencia.

Lleno de pesadumbre el mancebo, que no podía conformarse con haber visto desaparecer en un breve minuto a su tía Higuemota, a quien consideraba como al ser a quien debía mayor tributo de cariño y gratitud, solamente se consoló cuando Las Casas, siempre compasivo y eficaz, le hizo recordar el legado que encerraban las últimas palabras de la joven e infeliz viuda al morir.

Según el filántropo, aquel voto debía tener más fuerza que un testamento escrito, para los tres únicos testigos de la triste escena; a saber Enrique, la niña Mencía, y el mismo Las Casas.

Enrique, concluía el pródigo Licenciado, tenía doble obligación de resignarse y ser fuerte, para velar sobre el porvenir de su tierna prima, y cumplir las sagradas recomendaciones de la moribunda madre.

Es indecible el efecto de las oportunas representaciones de Las Casas en el ánimo de Enrique.

Desde aquel punto, juzgando vergonzoso e indigno el abatimiento que lo dominaba, compuso el semblante, se mostró dispuesto a arrostrar todas las pruebas y los combates de la vida, y solamente un vago tinte de tristeza que caracterizaba la expresión habitual de su rostro permitía traslucir la profunda melancolía arraigada en su espíritu, a despecho de su esfuerzo por disimularla.

El Licenciado Las Casas, en vista de tales progresos, concertó con Velázquez para de allí a pocos días la presentación de su protegido a los Virreyes. Hicieron proveerse al efecto de vestidos de luto a Enrique, cuya fisonomía, naturalmente grave, realizada por la palidez que su pasada enfermedad y la emoción del momento le imprimían, ostentaba un sello de distinción sobre manera favorable al joven cacique. Diego Velázquez, con aire de triunfo, lo hizo notar a Las Casas. Su vanidad estaba empeñada en que el muchacho pareciera bien a todos.

Cuando llegó Enrique a la presencia de los Virreyes, éstos lo acogieron con singular afabilidad y agasajo. Alentado por la bondad de los ilustres personajes y por la destreza con que Las Casas estimulaba su confianza, Enrique no tardó en manifestar el deseo de ver a su prima.

Inmediatamente fue conducido por la misma Virreina a sus aposentos, y de allí a un bello jardín situado en el patio interior de la Fortaleza, donde la niña, triste y silenciosa, escuchaba con indiferencia la conversación de las camareras de Doña María.

Al reconocer a Enrique, se levantó con vivacidad, y corriendo hacia él, lo abrazó candorosamente y lo besó en el rostro. El joven, contenido por la delicadeza de su instinto, no correspondió al saludo tan expansivamente, y se limitó a tomar una mano a la encantadora niña, mirándola con blanda sonrisa y no sin lágrimas que a pesar suyo rodaban por sus mejillas. La Virreina, conmovida, quiso distraerle diciendo:

—Vamos, Enrique, besa a tu prima.

El joven dirigió una mirada indefinible a la bondadosa gran señora, y repitió, meditabundo y como hablando consigo mismo:

—*¡Besa a tu prima!* Así me dijo *ella* a punto de expirar; y ni siquiera me dio tiempo para cumplir su recomendación...

—¿De quién hablas, Enrique? —preguntó con interés Doña María.

—De la que no existe ya: de mi querida tía Higuemota, que al morir me dijo como vos: “besa a tu prima”, en presencia del señor Bartolomé de Las Casas; y añadió, como última despedida: *a* la que un día, si Dios oye mis ruegos, ha de ser tu esposa.

Y Enrique tomó con ambas manos la linda cabeza de Mencía, besó con ternura su frente, y prorrumpió en sollozos.

La compasiva señora no pudo ver con ojos enjutos aquel acerbo pesar, y haciendo un esfuerzo para vencer su emoción, trató de distraer al joven diciéndole:

—¿Luego, Mencía será tu esposa, cuando ambos estéis en edad de casaros?

—Si yo no tuviera el propósito —respondió con acento profundo Enrique—, de cumplir esa última voluntad de mi tía, ¿qué interés

tendría en vivir? Debo servir de apoyo en el mundo a mi pobre prima, y sólo por eso quiero conservar la vida.

—¡Sólo por eso, niño! —dijo la Virreina en tono de afectuoso reproche—. ¿No amas a nadie más que a tu prima en el mundo? —¡Oh sí, señora! —replicó Enrique vivamente—. Amo a mis bienhechores; a Don Bartolomé de Las Casas, a mi padrino Don Diego, a mi buen preceptor el padre Remigio...

—Y espero —interrumpió Doña María—, que nos has de amar también a mi esposo y a mí, como nos ama ya Mencía. ¿Es cierto, hija mía?

—Sí, señora —contestó la niña—. Os amo con todo mi corazón.

Doña María la acercó a sí, besóla cariñosamente, y la retuvo estrechando aquella rubia cabecita contra su mórbido seno, como pudiera hacerlo una madre con el fruto de sus propias entrañas. Mientras que estas tiernas escenas pasaban en el patio interior de la fortaleza en medio de los floridos arbustos del jardín, Don Diego Velázquez, preocupado con la idea de su matrimonio, que en aquella mañana misma había concertado con Don Cristóbal de Cuéllar, y procediendo siempre bajo la inspiración de los consejos de Mojica, aprovechaba el tiempo para notificar al Almirante y a Las Casas que había pedido formalmente y obtenido del Contador real la mano de la hermosa María de Cuéllar.

—¡Qué me place, Don Diego! —exclamó el Almirante con franca alegría—; justo es que el mejor caballero se lleve la mejor dama... No hay en esto, Don Bartolomé, vejamen para vos, que me habéis dicho que no pensáis casaros...

—¡Oh señor! Yo estoy fuera de combate —dijo el Licenciado con afable sonrisa—. Y pues que estamos de confianzas, os diré que ya se acerca el día en que yo tome estado. Antes de tres meses, con la ayuda del Señor, seré, aunque indigno, ministro de sus altares; y vos, ilustre Almirante, en memoria de mi venerado amigo, vuestro insigne padre, seréis el padrino que me asista en mi primera misa, si no lo habéis a enojo.

—¡Por la Virgen santísima! Licenciado —respondió Diego Colón—, que nada pudiera serme más grato y honroso... Cierto es —repuso riéndose—, que según mi parecer, mejor

os hubiera estado imitar al teniente Velázquez eligiendo esposa entre tantas pobrecitas, cuanto hermosas damas, que a eso han venido al Nuevo Mundo; pero ninguna de ellas, supongo, se atreverá a tener celos de nuestra Santa Madre Iglesia.

—¡Ah! señor Almirante —dijo entre grave y risueño Las Casas—; sólo esta esposa me conviene; creedlo: sólo con ella, ayudado del divino espíritu que la alienta, podré dedicarme a consolar a *los que lloran*, como es mi vocación y mi deseo.

—Pues digo *Amén* de todo corazón, querido Licenciado —repuso alegremente el Almirante.

Prosiguió por el estilo y con tan buen humor la plática de los tres personajes amigos, hasta que regresó al salón Doña María, enteramente sola.

—¿Qué has hecho de Enriquillo? —le preguntó su esposo riendo— ¿Sin que te lo haya yo dado en encomienda, tratas de quedarte con él?

—Por hoy, seguramente; con permiso de estos señores -- contestó en igual tono la Virreina

—El y Mencía han manifestado tanto placer al encontrarse, que sería inhumano privarlos de estar juntos siquiera medio día.

—¿Y por qué no más tiempo? —insistió Don Diego Colón—. Si eso consuela a las dos pobres criaturas ¿por qué separarlos? Bien puede Enriquillo quedarse como paje en nuestra casa.

—Algo así le propuse; pero tanto cuanto fue su regocijo al decirle que iba a permanecer hoy con Mencía, así fue el disgusto que expresó ante la idea de vivir en la Fortaleza. Prefiere el convento, porque dice que no quiere dejar al señor Las Casas, a quien tiene mucho amor; como al señor Diego Velázquez y ya no recuerdo a quién más. Revela esa criatura un corazón bellísimo.

—De mi puedo asegurar, señora —dijo con aire sentimental Velázquez—, que lo amo como si fuera hijo mío.

—Nada hay que extrañar en que Enrique —agregó a su vez Las Casas, deseoso de recomendar más y más su protegido a los Virreyes-, prefiera la monotonía del convento a esta suntuosa morada. De muy niño le he visto melancólico por natural carácter; y luego, el hábito de sus estudios ha desarrollado en él tal aplicación, que sólo se halla bien escuchando las disputas filosóficas y teológicas que a la sombra de los árboles son nuestro único entretenimiento en las horas francas del monasterio.

—Convengamos, pues —dijo Doña María—, en un arreglo que a todos dejará satisfechos.

Siga Enrique al cuidado inmediato del señor Licenciado en San Francisco, y véngase a pasar los días de fiesta en esta casa al lado de su novia.

—¿De su novia! ¿Quién es su novia? —preguntó el Almirante.

—¿Quién ha de ser? Su prima Mencia, nuestra hija de adopción. Este es asunto consagrado y sellado por la muerte. —Y la Virreina refirió lo que Enrique le había comunicado en el jardín.

Las Casas, como testigo principal de lo ocurrido al morir Doña Ana de Guevara, confirmó en todas sus partes el relato del joven cacique, y formuló su indeclinable propósito de tomar a su cargo el estricto cumplimiento de las últimas voluntades de la difunta.

Todos hicieron coro al buen Licenciado en su generosa resolución, y desde aquel día pareció que la dicha y el porvenir de los dos nobles huérfanos estaba asegurado. No se justificaron después, en el curso fatal de los acontecimientos, esas halagüeñas cuanto caritativas ilusiones; que los empeños de la voluntad humana encuentran siempre llano y fácil el camino de la maldad; mas, cuando se dirigen al bien y los inspira la virtud, es seguro que han de obstruirle el paso obstáculos numerosos, sin que para vencerlos valga muchas veces ni la fe en la santidad del objeto, ni la más enérgica perseverancia e la lucha.

IV

EL BILLETE

Eran las tres de la tarde cuando Las Casas y Velázquez se retiraron de la Fortaleza. Doña María de Toledo regresó a sus aposentos despidiéndose de su esposo hasta la hora de comer, y poco después ocurrió la escena que hemos narrado con la joven María de Cuéllar, dejándola en el punto en que la Virreina hizo llamar a su presencia a Enriquillo.

No tardó el joven cacique en presentarse a las dos damas. Miró con curiosidad a la doncella; saludó, y esperó en actitud tranquila a que se le dijera el objeto de su llamamiento.

—Deseo saber de ti, Enrique —le dijo la Virreina— si has de ver a tu padrino, el señor Don Diego Velázquez, esta misma tarde.

—Mi intención es llegar a su posada antes de regresar al convento, señora —contestó Enrique.

—En ese caso, aguarda.

Y la joven señora se dirigió con paso rápido a su escritorio, trazó algunas líneas en una hoja de papel, y doblándola minuciosamente la entregó a Enrique.

—Vas a probar hoy mismo —le dijo— esa discreción que todos los que te conocen elogian en ti. Entrega este papel a Don Diego, y dile solamente que es de parte de Doña María de Cuéllar.

Al oírse nombrar, la doncella hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué hacéis, señora? —dijo a la Virreina—; Don Diego va a pensar mal de mí.—No tal, querida —replicó Doña María de Toledo—, Don Diego es caballero; lo que ese papel lleva escrito no puede comprometer a ninguna dama, y Velázquez vendrá a la conferencia a que se le convida, en la cual se convencerá de que debe desistir de su pretensión.

-¿Creéis? —objetó dudosa María de Cuéllar.

—Te repito que Diego Velázquez es caballero, y que lo más acertado es contar con su hidalguía en este caso -contestó la Virreina.

-Permitidme ver la misiva —dijo la doncella. Y tomándola de manos de Enrique leyó estas palabras:

“Conviene que oigáis de mi boca explicaciones que interesan a vuestra dicha, antes de proseguir en vuestro comenzado empeño. Esta noche a las nueve os aguardaré en el jardín de la Fortaleza. La puerta que da a la marina estará abierta.

—¡Una cita, señora! —exclamó la doncella cuando hubo terminado la lectura—. ¿Estáis en vos? A fe mía que no os reconozco. Vos, tan tímida, tan corta de genio antes de casaros... y os parece ahora tan sencillo que yo reciba un hombre a solas, por la noche, en el jardín...

—Nada hay que temer —insistió la Virreina—. Mi marido lo sabrá todo, y estoy segura de que aprobará lo que yo disponga, pues que se trata de conjurar lo que consideras como tu mayor desdicha.

—Y ¿qué habré de decir a Don Diego? El susto no me va a permitir hablar —dijo la pobre niña con acento de terror.

—Es preciso ser valerosa, criatura; y así evitarás mayores males. Di a Don Diego pura y simplemente la verdad; que no puedes amarle; que tu corazón pertenece a otro... Su orgullo no le permitirá continuar en el empeño de casarse contigo.

—Puede ser... -murmuró la joven, como vencida por las vehementes conclusiones de su amiga.

La Virreina se volvió a Enrique, que lo escuchaba todo con aire asombrado.

—Toma —le dijo-, lleva esto a tu padrino Don Diego; dile que se lo envía Doña María de Cuéllar; ¿entiendes bien, hijo? Doña María de Cuéllar. No me mientes a mí para nada.

—¿Y si me interroga mi padrino? Yo no sé mentir, señora —dijo muy formal Enriquillo.

—¡Esta es otra! Y ¿quién te dice que mientas, muchacho? Entrega el papel; di quién lo envía, y te vas sin esperar a que te pregunten nada.

Inclinóse Enrique, e hizo ademán de salir de la estancia.

—¡Oye, Enriquillo! ¿te vas de ese modo, sin despedirte de mi? Ven, besa mi mano. —Y la Virreina agitó al mismo tiempo la campanilla Enrique se aproximó y besó la mano que la gentil y bondadosa dama le ofrecía. En el mismo instante apareció el escudero que va se ha mencionado, y la Virreina le dijo:

—Mira, Santa Cruz, acompaña a Enrique; llévalo a despedirse de su prima Mencía; después te vas con él, le dejas llegar solo a donde se hospeda su padrino Don Diego Velázquez. ¿Sabes dónde es?

—Sí, señora Virreina —respondió el escudero.

—Aguarda a que salga de ver a su padrino —prosiguió la dama— y lo conduces al convento de franciscanos. Haz que le lleven ahora mismo una caja de frutas y dulces de España al convento. Adiós, hijo mío —añadió volviéndose a Enriquillo—; cuida de mi encargo, y el domingo volverás a pasar el día con nosotros.

Enriquillo salió con aire apesadumbrado; el lacayo fue acompañándole, y ambos cumplieron punto por punto las instrucciones de la Virreina.

V

EL CONSEJERO

No poco sorprendido quedó Don Diego Velázquez al recibir el papel y el recado que le dio Enrique. “Tomad esto de parte de Doña María de Cuéllar”, le dijo el mancebo; “y permitidme besaros las manos; que tengo prisa de llegar al convento”. El nombre de su amada, de la que reinaba en sus pensamientos y desde aquel mismo día le estaba prometida, resonó en los oídos del enamorado Velázquez como la detonación inesperada de un disparo de cañón. Quedó por un momento aturdido, con el papel en la mano, y cuando quiso procurar a Enrique para cerciorarse de que no había entendido mal sus palabras, ya el ágil mensajero había desaparecido.

—¡Qué prisa lleva ese muchacho! -exclamó el teniente—, pero veamos lo que dice este papel. —Y desdoblándolo aprisa, leyó dos o tres veces su contenido.

-¡Demonios! —exclamó— ¿Qué significará esto? Había convenido con Don Cristóbal en que mañana tuviera yo las vistas de ceremonias con mi novia; y ahora me vienen con una cita para esta noche ¡y en el jardín de la Fortaleza! ¿Qué misterio habrá en esto...?

Y Don Diego llamó en alta voz al criado que le servía.

-Ferrando —le dijo cuando se presentó— corre, vuela: búscame a Don Pedro de Mojica dondequiera que esté; dile que venga a verme en el instante.

El criado salió a escape, y Don Diego volvió a engolfarse en un mar de conjeturas sobre el billete que tenía en las manos.

—Es letra de mujer en esto no cabe duda —se decía—. Y sólo una persona de rango elevado escribe así. Pero ¿será efectivamente María de Cuéllar la que me llama o será alguna que toma su nombre para enredar mis cosas? Esta gente de corte es capaz de todo; y me da más miedo que todos los indios bravos que he combatido.

Y siguió así, poco a poco, dejando correr la imaginación a su antojo, y yendo tan lejos que llegó a convencerse de que algún envidioso le tendía una celada con ánimo de asesinarlo.

Compareció al fin Mojica, a tiempo que ya Diego Velázquez había decidido resueltamente no acudir a la cita.

Dio a leer el papel a su confidente, y le refirió cómo se lo había entregado Enriquillo.

El señor Mojica, tan pronto como se hubo enterado de todo, movió la cabeza con malicia y dijo:

—Sin duda, señor Don Diego, que aquí hay gato encerrado, pero no es lo que vuesa merced se figura. Es positivamente su prometida novia la que le convida a esa cita, y su objeto se reduce a haceros desistir del matrimonio.

—¿Lo creéis así? —dijo Velázquez con un brusco estremecimiento de sorpresa.

—¡Pardiez! —respondió Mojica—. Estoy seguro de ello: es más; la intentona está autorizada, cuando no preparada por los Virreyes: sin eso la jovencilla no se atrevería a daros cita para el jardín de la Fortaleza.

—Mucho me pesaría que el Almirante me hiciera tamaña deslealtad —observó Velázquez con acento de duda—, pero sea lo que fuere, decidme vos, buen Mojica, qué resolución debo tomar.

—Ir a la cita, señor —respondió el astuto consejero—. Este lance conviene jugarlo de frente.

Si el Almirante se anda con tretas, es bueno que vos exploréis su terreno: si es trampa que han armado mujeres solamente, veamos qué partido podéis sacar para vuestros proyectos, dejándoos coger como un inocente en esas redes, que al cabo no han de ser peligrosas para vos. Si os proponen algún partido, no concluyáis nada, y dad respuestas evasivas para ganar tiempo... No aceptéis nada sin deliberar conmigo antes... Ved que soy perro viejo y tengo los colmillos gastados a fuerza de experiencia.

—No tengáis cuidado, amigo mío; a nada me comprometeré sin tratarlo previamente con vos.

Pero decidme; y si el Almirante no entra por nada en esto, ¿no se ofenderá cuando sepa, si llega a saberlo, mi atrevimiento en celebrar citas dentro del recinto de su casa con una dama de tan alta jerarquía y tan querida de su esposo?

-Abandonad ese escrúpulo, señor Don Diego. El Almirante sabe ya, por vos mismo, que Maria de Cuéllar va a ser vuestra esposa. ¿Porque habría de llevar a mal el que vos acudierais a una cita, si es que llega el hecho a su conocimiento? id, pues, aprovechemos la ocasión para ver si nos desembarazamos del barbilindo de Grijalva.

—No os comprendo —dijo Don Diego con extrañeza.

—Pues yo me entiendo, y Dios me entiende, señor —replicó Mojica—. Grijalva sabrá oportunamente que vais a conversar con Doña Maria de Cuéllar esta noche. Por precaución llevad vuestra buena espada de Toledo; y además quedará yo con un escudero guardándoos las espaldas.

—Me parece que adivino vuestro pensamiento —dijo Velázquez— pero ¿y si se me tiende un lazo ya de acuerdo con Grijalva?

—No puede ser; no ha habido tiempo para tanto -respondió Mojica con seguridad—. No he perdido de vista a ese mozo desde que fuisteis a hablar con el Contador real esta mañana. Por fortuna, Hernán Cortés lo ha tomado por su cuenta hoy; lo ha hecho almorzar con él; esta tarde han salido juntos a caballo a ver una huerta que yo le ponderé mucho; y la cual, acá ínter nos, aunque fue del Comendador Ovando, no vale dos cominos. Ya veis que estoy en todo: cuando regresen de su paseo, tendré buen cuidado de entretener al bobalicón de Grijalva, hasta que llegue la hora de hacerle tragar su pulga, y curarlo radicalmente de su importuno amor.

—¿No tengo con qué pagaros, mi buen Mojica! —exclamó con transporte Velázquez—. Veo claro vuestro proyecto: esa cita me va a ser muy útil. Procuraré desempeñar bien la parte que me toca, y fuere anzuelo...

—Pescaremos con él al pescador —concluyó el corrompido confidente, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada, que a Velázquez le pareció el graznido de un ave de mal agüero.

—Quisiera dar aviso a mi prometida de que acudiré a su llama miento: ¿qué os parece Mojica?

—De todo punto innecesario, señor: si tratarais de negaros a la amable invitación de vuestra dama, estaría en su lugar ese aviso mas no así cuando ella debe aguardaros en el lugar señalado, y en ello no hay incomodidad de su parte: ¡oh! estad seguro de que no faltará la tortolilla a ese deber.

En estas materias la mujer más tonta sabe más que Séneca.

El dócil Don Diego se dio por satisfecho con las lúcidas explicaciones de su confidente, que ya había conseguido apoderarse de su ánimo y conducirlo como a un corderillo.

—Ahora —agregó Mojica— me voy a tomar un bocado y a aguardar a Grijalva para entretenerlo hasta la noche; no sea que Satanás, que no duerme, vaya a hacer una trastada. Es preciso evitar que el doncel y vuestra prometida se entiendan antes de que se verifique vuestra conferencia con ella. Estad listo a las ocho y media que os pondréis en marcha: os repito que vayáis bien armado, por lo que pueda acontecer. Grijalva ha de tener noticia de vuestra buena fortuna; esto entra en el plan; y no sabemos si sus extremos de celoso pueden conducirlo hasta algún desafuero... Para tal caso todo lo tendré apercebido. Adiós... ¡Ah! me olvidaba de algo importante: para mi. Ese demonio de Licenciado Las Casas está siempre enredando con la sucesión de Doña Ana de Guevara. Pretende que me quiten la administración de los bienes, y esto no lo debéis consentir, porque sería un vejamen injusto a este vuestro leal amigo y servidor. Confío en que sabréis defender mi buen nombre llegado el caso.

—Descuidad, Mojica, vuestra causa es la mía —respondió Velázquez—. Yo hablaré al Licenciado para que no os moleste, y haré cuanto pueda porque no se os cause pesadumbre por ese lado.

—¡Guárdeos mil años el cielo, señor! —dijo el codicioso intrigante con no disimulada alegría— y disponed de mi como de un fiel esclavo. ¡Hasta la vista!.

VI

ALARMA

Como lo había dicho Mojica a Velázquez, andaban de paseo por el campo Cortés y Grijalva, ya íntimos amigos. Su excursión a la granja o huerta del ex-Gobernador Ovando fue más penosa que entretenida: después de recorrer dos leguas de un camino lleno de lodazales, nada llegaron a ver de provecho. La tal huerta estaba punto menos que abandonada hacía algún tiempo: un esclavo africano y tres indios apenas se cuidaban de deshierbarla a trozos. Cuatro jumentos flacos, dos yeguas éticas y algunas gallinas fue cuanto vieron en aquel sitio los futuros adalides de la conquista de Méjico. Grijalva se

echó a reír, sobrellevando el chasco sin impaciencia: su carácter modesto y sufrido no podía alterarse por causas fútiles. Cortés no lo tomó con tanta frescura, y al ver la hilaridad de su compañero, exclamó:

—Admiro vuestra flema, señor Juan de Grijalva. ¡Por la Virgen! Ese tuno de Mojica, ese contrahecho mentiroso se ha querido burlar de nosotros.

—Necia burla sería ésta, señor Cortés. Prefiero creer que Mojica no habrá visto esta heredad sino hace algunos años; cuando el Comendador la miraba con algún cuidado: como en los últimos tiempos no le agradaba sino residir en el Bonaio, o en Santiago...

—¿Y por qué asegurar ese galápago lo que no le constaba con seguridad? Como si ayer mismo hubiera estado en este breñal, arqueó aquellas cejas tenebrosas, y me dijo: “Sabed, señor Cortés, ya que deseáis dejar a Azua y venir a fijaros aquí cerca, que nada puede conveniros tanto como la hermosa granja del Comendador... id a verla, y estoy cierto de que quedaréis encantado”. —¡Vaya un encanto! Ganas me dan de cortar al embustero aquellas descomunales orejas...

Grijalva seguía riendo de la mejor gana al oírlos chistosos desahogos de su irritado compañero. Pronto recobró éste su serenidad y buen humor, y emprendieron el regreso a la ciudad sin hablar más de Mojica, ni de la famosa huerta del Comendador.

—Cuando determiné acompañar desde Azua al teniente Velázquez —dijo Hernán Cortés reanudando la conversación— no pensaba permanecer lejos de mi casa y oficio sino una semana a lo sumo: ya va corrido un mes largo, y héteme vuestra merced tratando de echar raíces por acá.

Yo mismo me asombro de esta facilidad en cambiar de propósitos.

—Eso es propio y natural de hombres de imaginación viva, señor Cortés —respondió Grijalva—. Por mi parte os certifico que sólo una idea tiene fijeza en mí; las demás retozan como unas loquillas en mi cabeza: nacen, corren... y pasan.

—¿Y puede saberse cuál es esa vuestra idea fija, señor Grijalva?

—Mi amor —replicó lacónicamente el interpelado.

—Me lo figuraba, amigo mío; porque estoy en el mismo caso. Todas esas damas recién llegadas de Castilla con los Virreyes, no parece sino que fueron adrede escogidas para trastornar el seso a los que por aquí estábamos, medio olvidados ya de que hay ojos que valen más que todas las minas de oro, y que todas las encomiendas de indios. ¿Qué os parece la Catalina Juárez?

—Graciosa y honesta granadina en verdad, señor Cortés. Aunque pobre y modesta, merece un esposo de altas y nobles cualidades.

—Preso estoy en sus cadenas —repuso Cortés—, pero con risueña esperanza. ¿Y nada tendréis vos que comunicar al amigo, sobre el capítulo de vuestro amor, Don Juan?

—Mi amor —dijo el doncel a media voz, como recatándose aun de la soledad del bosque—, mi amor es un sentimiento tan grande y tan sano; de tal modo embarga todo mi ser, y absorbe todas las aspiraciones de mi alma, que solamente de él quisiera hablar, a todas horas y en todas partes. De él vivo; él llena y embellece todos los instantes de mi existencia, y a fuerza de dedicar mis pensamientos a la beldad que adoro, he llegado a identificar mis efectos con los suyos hasta el extremo de que si ella me aborreciera, yo me aborrecería.—Mucho amor es ése, Grijalva —dijo Cortés gravemente, mirando a su compañero con profunda atención.

—Tanto, Don Hernando, que el día que llegara a faltarme, me faltaría el calor, la luz y la vida —repuso con ardorosa animación el joven— y nada en el mundo tendría valor para mi.

—¿Ni las riquezas? ¿Ni la gloria? —preguntó Cortés.

—Ni la gloria, ni las riquezas —contestó Grijalva—. Sólo ese amor puede estimularme a desearías, y a hacer grandes cosas para adquirirlas.

—Pero ¿sois correspondido?

—Si por cierto; ¡y ése es mi orgullo!

—¿Os pesará completar vuestra confidencia, y decirme el nombre de vuestra amada?

—Quisiera decirlo a voces, pero no me es permitido; que soy pobre y no sé cuándo podré unirme a ella ante los altares. A vos, pues, Don Hernando, en toda confianza, os diré que mi cielo, mi luz, mi ídolo tiene por nombre... María de Cuéllar.

—¡Hermosísima es, a fe mía! —dijo Cortés con entusiasmo—; y os felicito por vuestra dicha en poseer el corazón de tan peregrina criatura.

En esta conversación siguieron los dos jinetes entretenidos hasta hallarse en las calles de la ciudad, seguidos a corta distancia del escudero que les había servido de guía en su poco afortunada excursión.

Se acercaba la noche cuando pasaron por la plaza principal, en dirección a la posada de Cortés: en su camino casi tropezaron con tres sujetos bien vestidos, que saludaron a los dos caballeros. Reconocieron éstos a Pedro de Mojica, acompañado de García de Aguilar y Gonzalo de Guzmán, hidalgos los dos de la primera nobleza de España; ambos jóvenes de gallarda figura y distinguidas prendas morales. Cortés se encaró con Mojica y le dijo entre adusto y chancero:

—¡Ea! contemplad vuestra obra; reíos de nosotros, pero os aconsejo que no repitáis la gracia, si en algo estimáis vuestras hermosas orejas.

—No os entiendo, Don Hernando —respondió Mojica con alguna inquietud—. Ni creo que mis pobres orejas os hayan hecho ningún desaguisado.

—No; ¿eh? ¡Cuidadías, Mojica; os lo repito!

Don García de Aguilar intervino en esta sazón, diciendo a Grijalva:

—Te aguardaba impaciente: anda a desmontarte, y sin tardanza te espero en mi alojamiento: tengo que comunicarte cosas de mucho interés para ti.

El tono misterioso en que pronunció Aguilar estas palabras hizo estremecer instintivamente a Grijalva. Espoleó su caballo, seguido de Cortes, a quien se volvió a poco andar para decirle:

—Presiento alguna mala noticia. ¡No he nacido con buen sino, Don Hernando!

VII

LA SOSPECHA

Salió el buen Tamayo muy gozoso a recibir a Enrique al portal del monasterio. Aún no había entrado Don Bartolomé de Las Casas, por quien se apresuró a preguntar el joven cacique.

Temí que no volveríais más al convento, Enriquillo. ¿Cómo os ha ido de visita y paseo?
— exclamó Tamayo.

—Bien y mal —contestó con algún desabrimiento Enrique.

—¿Cómo puede ser eso?

—¡Te haces pesado, amigo Tamayo! Déjame llegar a cumplir mis deberes con los padres, que tiempo quedará para que hablemos de todo lo que quieras. Toma esa caja y entra conmigo: la llevaremos al padre Prior, ya que él es tan bueno para nosotros: Don Bartolomé ha de alabarme la acción; ¡estoy de ello seguro! Amigo —dijo volviéndose al mozo indio que de orden del criado de la Virreina le había precedido llevando la caja de golosinas— siento no tener qué daros... ¡Ah, si! Mira, Tamayo, de aquellos dineros que te di a guardar el otro día, regalo de mi padrino Don Diego, tráeme para este buen amigo la mitad.

—¡Oh!, no, señor Enrique; no tomaré de vos nada: yo nací en el Bahoruco, y vos sois mi señor. ¡Adiós! —Y el mozo se fue a todo andar. Enrique hizo un movimiento de sorpresa, y luego, tras una breve pausa dijo en voz baja: ¡Su señor! No, no quiero ser señor de nadie; pero tampoco siervo: ¿qué viene a ser un paje...? —agregó con gesto desdeñoso.

Y se entró en el convento seguido de Tamayo, dando muestras de estar más tranquilo y sereno, desde que la vista de su alojamiento habitual borró las impresiones desagradables de su primera excursión a la Fortaleza.

Vio al padre Prior que tomaba el fresco en la espaciosa huerta del monasterio: fuese a él, le besó la mano con respetuoso comedimiento, y el buen religioso le recibió muy complacido; pero no quiso aceptar el obsequio que le presentaba Enrique.

—Guarda eso para ti y para mi amigo el señor Licenciado; pero no dejes de compartir tus golosinas con los otros muchachos del convento; y sobre todo, cómelas con moderación, pues pudieran hacerte daño, y te volverían las calenturas.

—Estoy de desgracia con vuestra merced, padre —replicó visiblemente picado Enrique— desairáis mi regalo, y luego me amonestáis para que no sea egoísta ni coma mucho. Siento que vuestra merced tenga tan mala opinión de mí.

—No, hijo mío; no pienso mal de ti: ahora es cuando echo de ver que eres un poquillo soberbio: ten cuidado con la soberbia, muchacho, que empaña el brillo de todas las virtudes.

—Vuestra bendición, padre.

—El Señor te conduzca, hijo mío.

Y el cacique se retiró al departamento donde estaba su dormitorio y el de Tamayo, contiguo a la celda que ocupaba el Licenciado Las Casas.

—Este Fray Antonio —iba diciendo entre dientes el joven— es muy santo y muy bueno; pero sale con un sermón cuando menos viene a cuento, y se desvive por hallar qué reprender en los demás. ¡Paciencia, Enrique, paciencia! ¡Acuérdate de los consejos del señor Las Casas! ¡Éste sí que es hombre justo, y que sabe tratar a cada cual como merece! ¿Qué sería de mi si me faltara su sombra? ¡Dios no lo permita!

Llegó a su cuarto, y entabló con su fiel Tamayo una larga y animada conversación, cuyo tema principal fue Mencia. Enrique estaba muy entusiasmado con la idea de ir todos los días de fiesta a visitar a su prima; y ofreció a su interlocutor que procuraría con empeño el permiso de ser acompañado por él, a fin de que tuviera también la satisfacción de ver a la niña, a quien Tamayo tenía gran amor, como a todo lo que le recordaba a Anacaona, Guaroa e Higuemota; de quienes, como de Enrique, tenía mucho empeño en ser considerado como pariente, y acaso lo fuera en realidad; llegando a acreditarlo en todo el convento a fuerza de repetirlo.

—¿Y qué otra cosa os agradó en la Fortaleza, Enrique? —preguntó Tamayo en el curso de la conversación.

—Me agradó mucho la Virreina al principio, pero después...

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar Tamayo.

—¡Nada, hombre, nada! —respondió Enrique con impaciencia. Lo que me disgustó fue ver en el camino, cerca de la Fortaleza, muchos pobres indios que cargaban materiales y batían mezcla para las grandes casas que se están construyendo, y los mayoresales que para hacerlos andar a prisa solían golpearlos con las varas.

—¡De poco os alteráis, Enrique! —dijo Tamayo con voz y gesto sombrío—. Acostumbrad, si podéis, los ojos a esas cosas o no viviréis tranquilo.

—Eso no podrá ser, Tamayo —contestó Enrique—. Mientras los de mi nación sean maltratados, la tristeza habitará aquí —concluyó tocándose el pecho.

En este punto del coloquio la noche cerraba, y sus sombras cubrían gradualmente el espacio, disipando los últimos arbores de la tarde: la campana mayor de la Iglesia del monasterio resonaba con grave y pausado son, dando el solemne toque de oraciones: Enrique y Tamayo se dirigieron al corredor o dilatado claustro a que correspondía su dormitorio, y allí encontraron congregada una parte de la comunidad. El Licenciado Las Casas acababa de llegar, y repetía con los religiosos devotamente la salutación angélica.

Terminado el rezo, Las Casas tomó a Enrique de la mano y comenzó a pasearse a lo largo de la extensa galería.

—¿Estás contento, Enrique? —fueron las primeras palabras que salieron de los labios del Licenciado: ésta era su pregunta habitual siempre que llegaba a platicar con Enriquillo.

El joven respondió, como lo había hecho a Tamayo: —Si y no, señor Las Casas.

—¿No te trataron bien?

—Mejor de lo que podía yo esperar, señor.

—Pues ¿por qué me dices que no estás del todo contento, muchacho?

—No os debo ocultar el motivo, y mi mayor deseo era decíroslo: yo estaba contentísimo con ver a mi prima; con la acogida que los señores Virreyes me dispensaron; y sobre todo, con la bondad de la Virreina, que llegó a parecerme, más que una persona de este mundo, una santa virgen, un ángel de los cielos, cuando la vi tan buena y tan cariñosa, tratando a la pobre Mencía como si fuera suya; pero a tiempo que más embelesado me hallaba y más olvidado de mis penas, aquella gran señora me dirigió estas palabras, que me dejaron frío, y me llenaron de pesadumbre: — “¿Quieres quedarte a vivir aquí y ser

paje de nuestra casa?” —No recuerdo en que términos le respondí; pero le dije que no, y desde aquel momento, no sé por qué todo me pareció triste y odioso en aquel rico alcázar.

—Y ¿por qué te hizo tanta impresión la pregunta bien intencionada de la Virreina —preguntó Las Casas, que examinaba con ahincada atención el semblante de Enrique.

—¡Proponerme ser paje! —contestó el joven—. ¡Servir como un criado; llevar con reverencia la cola de un vestido; aproximar y retirar sitials y taburetes! Estos son los oficios que yo he visto hacer en aquella casa a los que se llaman pajes; y los que no creo propios de ninguno que sepa traer una espada.

Las Casas movió la cabeza con aire pesaroso, al oír el discurso de su protegido.

—Volveremos a tratar de eso —le dijo— y ahora cuéntame: ¿cómo recibió la Virreina tu negativa, muchacho?

—Con la mayor bondad del mundo: se rió de mi respuesta, y no volvió a hablar más del asunto.

—¿Pues de qué estás quejoso?

—Ya me había olvidado de la proposición de ser paje, y conversaba distraído en el jardín con Mencia, cuando un criado, un tal Santa Cruz, me fue a llamar en nombre de la señora Virreina: fui corriendo, deseoso de complacerla, y me quede sin saber de mí, oyendo que tan noble señora me ordenaba mentir.

—¡Mentir! ¿Qué estás diciendo, Enrique? ¡Ten cuenta contigo, que me parece imposible eso que cuentas!

—A mí me parecía también estar soñando; pero por mi desdicha nada era más cierto: la Virreina me ordenó que entregara un papel, escrito por ella, a mi padrino Don Diego Velázquez, recomendándome le dijera que ese papel se lo enviaba Doña Maria de Cuellar.

—¡Poco, a poco, muchacho! —exclamó Las Casas sorprendido de lo que acaba de oír—. Baja la voz, y sigue diciéndome todo lo que te aconteció en la visita.

El joven narró todos los sucesos y accidentes de la tarde, concernientes a su persona, con naturalidad y franqueza. Acabado de enterar Las Casas, discurrió por el claustro con planta inquieta, yendo y viniendo por espacio de tres o cuatro minutos, presa de visible agitación, y al cabo exclamó como hablando consigo mismo:

—¡Esto no debe ser lo que parece; no puedo creer nada malo de esa noble señora! Mañana aclararé este misterio. —Y se retiró a la espaciosa celda que le servía de aposento.

VIII

EL AVISO

Juan de Grijalva, después de haberse despedido de Cortés, se dirigió a su casa a todo correr de su brioso y veloz caballo, y desmontándose a la puerta, dejó las riendas del bruto en manos del criado indio que salió a recibirlo; pareciéndole al mancebo siglos los minutos que empleaba en mudarse de ropa, con objeto de ir a conferenciar con su amigo Don García.

Los dos jóvenes caballeros tenían gran conformidad en su carácter y sus inclinaciones; y así, se amaban como hermanos, haciendo comunes sus penas y alegrías. Don Gonzalo de Guzmán, que aunque de alguna más edad que ambos, tenía su misma índole noble y generosa, se acompañaba de ellos con frecuencia, y Mojica había procurado trabar amistad con aquellos tres brillantes y cumplidos caballeros, obedeciendo tal vez a esa ley tan misteriosa como artística, de los contrastes, establecida por la sabia naturaleza en sus múltiples combinaciones de luz y sombra, de armonías y discordias, en todos los aspectos del ser, corpóreo o de razón; cuando no fuera guiado por el instinto positivista y especulador que inspiraba todas sus acciones, y que en las circunstancias del momento le imponía la necesidad de asentar sus mortales tiros a la pasión de Grijalva, de un modo indirecto al par que certero.

Y éste era, como se verá muy pronto, su objeto real y efectivo; el fin que se proponía al entablar relaciones de amistad con los tres jóvenes caballeros; entre los cuales hacía el deforme hidalgo la misma figura que un dromedario en medio de tres ágiles y gallardos corceles de batalla.

En aquella sociedad estaba seguro de tocar, cuando y como quisiera, las fibras del corazón de Grijalva, haciéndolas vibrar a su antojo, como si fueran las dóciles cuerdas de su vihuela morisca. Y así fue que, interesado en hacer llegar a los oídos del enamorado joven la noticia de su desgracia, acudió a la plaza principal, que era el punto en que habitualmente daban su paseo de la tarde los dos amigos íntimos de Grijalva; y a vuelta de las generalidades de costumbre, les dijo:

—Voy a participaros una interesante nueva: os recomiendo el secreto, porque se me ha comunicado por parte interesada, en toda confianza.

—Descorred los velos del misterio, Mojica, y contad con nuestra discreción —contestó Guzmán.

—Pues sabed que el teniente Gobernador Diego Velázquez se casa con Doña María, la hija de Don Cristóbal de Cuéllar.

—¡Qué decís! —exclamó con sorpresa García de Aguilar.

—Lo cierto —continuó Mojica—, hoy por la mañana ha obtenido la solemne promesa, hecha por el Contador, de que la bella María será suya.

—¿Y ella? —dijo vivamente Don García—. ¿Consiente María de Cuéllar en ese enlace?

—¡Vaya si consiente! —respondió con su sonrisa, feroz, a fuerza de ser sarcástica, el confidente de Velázquez—. ¿Creéis posible que un hombre tan rico y galán, con las demás buenas partes que adornan al teniente Gobernador, sea partido despreciable para ninguna dama?

—Con todo eso —repuso Don García— no creo que María acepte ese brillante partido.

—¿No lo creéis, eh? —replicó Mojica en tono irónico y socarrón—. Pues yo sé más todavía; y es que esta misma noche, a las nueve, los prometidos novios tendrán una entrevista íntima en el jardín de la Fortaleza.

—¡Mentís, infame Mojica! —dijo fuera de sí Don García—. ¡Eso no puede ser!

Gonzalo de Guzmán contuvo el impetuoso movimiento con que su amigo acompañó estas palabras y dirigiéndose a Mojica le dijo con voz alterada, aunque reprimida por un evidente esfuerzo de moderación:

—Lo que decís es muy grave, señor hidalgo; y si no lo probáis plenamente, seréis tratado por mí como un vil impostor.

—Id a las nueve a observar con cautela quiénes llegan a ocupar los escaños del jardín.— contestó tranquila y pausadamente Mojica— y creeréis al testimonio de vuestra propia vista.

En este instante fue cuando Cortés y Grijalva aparecieron a caballo, apostrofando el primero a Mojica, y anunciando García de Aguilar al segundo su comunicación interesante, en los términos que hemos relatado ha pocas páginas atrás.

Aguilar se despidió inmediatamente de su compañero, y se fue a su casa deseoso de hablar con Grijalva. Este apenas se hizo esperar diez minutos, pues tenía casi la certeza de que iba a saber algo concerniente a su adorada María; por ser aquél el amigo predilecto con quien se complacía diariamente en desahogar su corazón, hablando sin embozo del objeto de su puro amor.

Don García le refirió en pocas palabras lo que Mojica había revelado a él y a Guzmán respecto de Velázquez y Doña María de Cuéllar. Cuando acabó de enterar a su amigo de aquella gran novedad, observó en él que una palidez mortal cubría su rostro, y el cárdeno matiz que cercaba sus ojos daba a toda su fisonomía una expresión de espanto y de dolor. Por buen espacio guardó silencio.

—No puedo creer que mi desventura sea tanta —balbuceó al fin Grijalva, haciendo un esfuerzo para desembargar sus labios—, pero veré por mí mismo la verdad.

Su amigo le preguntó con vivo interés:

—¿Qué piensas hacer? —Y Grijalva contestó:

—Iré al jardín, poco antes de la hora indicada: conozco perfectamente aquel recinto: sus ángulos están decorados con espesas enredaderas a propósito para que al través de sus verdes festones puedan uno o dos hombres observar, sin ser vistos, cuanto pase en el jardín. Voy, contra mi gusto y mi carácter, a rebajarme hasta el papel de espía; pero se trata de una prueba decisiva para mi suerte futura; de la dicha o la desgracia de toda mi vida, y debo saber la verdad, cualquiera que ella sea, para morir de pena o castigar de muerte al impostor, según lo exija el resultado.

—Te acompañaré, Grijalva —dijo Don García tristemente—, pero mucho me temo que aquel Mojica nos haya dicho la verdad.

—¡Oh, Aguilar! No estoy yo, a fe mía, exento de temor; pero la duda me está haciendo ahora más daño del que puede hacerme el adquirir la certidumbre de mi desdicha. En mi situación, morir vale mejor que dudar.

—Y ¿qué harás si nuestros recelos se justifican en mal hora?

—En ese caso —dijo el joven con profundo abatimiento- no sé lo que haré, pero de ningún modo pienso entregarme a indignos arrebatos. Sólo que trate de violentar la voluntad de María la defenderé contra el mundo entero.

—Bien, Grijalva; yo estaré a tu lado en todo caso —dijo aún más conmovido el generoso Aguilar—. Si tuvieses necesidad de un brazo y una espada, me tendrás dispuesto a todo por ti; pero creo, como tú, que lo más digno y heroico será vencerte a ti mismo, si María falta a la lealtad que te debe.

—No la culpes ni la acuses, Aguilar —replicó vivamente Grijalva—. Si llego a ver mi desgracia, la falta será mía, que no merezco ser dichoso: y debo resignarme a los decretos del destino: sí ella no me ama ya, debo atribuirlo a que el cielo no me hizo amable, ni digno del tesoro de su amor. ¡No, amigo mío! Yo no quiero ver culpa en esa criatura, que es luz y norte de toda mi existencia; y antes cesará de latir mi corazón que condenarla porque deje de amarme a mí, y ame a otro.

—¡Eso es delirar, amigo Don Juan! —dijo Aguilar mirando severamente a su amigo—: Lo que dices no tiene sentido común. No creo que debas enfurecerte ni hacer extremos de celoso por la versatilidad de tu dama; pero vería con mucho pesar que le celebraras la gracia; porque eso también sería indigno de ti.

—No me comprendes, Aguilar, y lo siento —respondió con amargura Grijalva—. Sería preciso que amaras como yo amo para comprenderme. Pero, ¿si no fuera cierto el aviso de ese Mojica! ¡Si fuera una infame calumnia!... ¡Ah! creo que nos hemos dejado llevar demasiado lejos por la facilidad de creer el mal: siendo así, ¿qué mayor prueba de que no merezco el amor de aquel ángel!.—Bueno es que lleguemos a verlo, amigo mío —insistió Don García—. No abandones tu propósito de templanza a todo evento, y vamos a las nueve al jardín.

—¡Sí, por cierto! Pero entre tanto, no atreviéndome a ver el rostro peregrino de la que ya vacilo en llamar mi amor, no iré al salón de los Virreyes esta noche, y hasta las nueve, las tres horas que faltan me van a parecer una eternidad.

—Quédate a cenar conmigo, Grijalva. En verdad, que he debido pensar antes en que no habrás comido desde esta mañana; a menos que lo hicieras con Cortés en el campo.

—No, a fe mía; pero no me hace falta. Ni podría tomar un bocado, según la inquietud que me acongoja. ¡Oh, mi buen Aguilar, soy un cobarde, y voy a sucumbir en esta prueba!

Y el pobre joven, perdiendo toda la serenidad que a costa de grandes esfuerzos venía aparentando, dio expansión al dolor, y se arrojó convulso en los brazos de su afectuoso amigo.

IX

NUBE DE VERANO

Otro diálogo interesante, casi al mismo tiempo que los referidos de Enrique con el padre prior de los franciscanos, y de Grijalva con García de Aguilar, sostenía la candorosa y benévola María de Toledo con el Almirante su esposo.

Dominada por el anhelo de salvar a su angustiada amiga y de enjugar el llanto, cuyo tibio rocío había impregnado su compasivo seno, la noble Virreina no pudo advertir que había entrado desde sus primeros pasos encaminados a aquel fin, en un derrotero falso, en el que iba comprometiendo imprudentemente el propio decoro y olvidado los miramientos de su rango; ligereza muy disculpable en ella, si se atiende a su inexperiencia, y a la generosidad del móvil a que obedecía.

Diego Colón presto atento oído a la narración que le hizo su esposa, enterándole del conflicto en que estaba María de Cuéllar, y de la diligencia que ella, la Virreina, había juzgado oportunamente para evitar la desgracia de su amiga.

Contaba la Virreina con la plena aprobación de su marido, a quien había hallado siempre complaciente y propicio a todas sus voluntades, pronto a acatar como imperiosas leyes sus más insignificantes deseos; por lo que fue extraordinaria su sorpresa al ver que el

Almirante, una vez enterado de todo, la miraba con sañudo semblante, y le dirigía, trémulo de ira, estas duras palabras:

—No os reconozco, señora, en esa acción inconsiderada; y la loca que debéis estar, cuando habéis llegado a comprometer vuestra dignidad y vuestra fama en una intriga de semejante naturaleza, haciéndoos protectora de ajenos amoríos. ¡Cómo! ¡Una cita en nuestra casa! Y vos habéis escrito de vuestra mano el papel en que se convida a un hombre, que nos debe obediencia y respeto, a que se venga en son de inferir una ofensa a nuestra honra! ¿Y me habéis creído bastante débil e inepto, para autorizar cosas tales...?

La pobre señora, abrumada bajo el peso de tan severos reproches, aturdida por la inesperada acogida que hallaban sus inocentes propósitos, no acertaba a justificarse, ni sabía lo que la pasaba. Era la primera vez que veía nublarse el cielo de su conyugal amor. Las lágrimas acudieron en tropel a sus hermosos ojos, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—¡Diego! ¡Jamás pude creerte tan cruel e injusto conmigo! Mi yerro ja sido grande, sin duda, pero no merezco tan terrible pena...

Toda la ira de Diego Colón se desvaneció tan pronto como hirió su oído el timbre melodioso de aquella voz trémula y casi apagada por el llanto. Acudió vivamente a tomar ambas manos a su esposa, y por una transición rápida del enojo a la ternura, la atrajo hacia su pecho diciéndole con solícito afán:

—¡Ah, perdona, bien mío! No he tenido tiempo de reflexionar lo que te he dicho. He debido comprender que de tu parte no podía haber sino tantas y puras intenciones, que han equivocado el camino por falta de experiencia. ¿Culpa en ti? ¡Imposible, luz de mis ojos! Has ido un tanto imprudente, y nada más: tratemos de remediar el yerro.

Tranquilizada con este blando lenguaje, María de Toledo convirtió sus pensamientos al interés principal de complacer a su amado esposo, procurando borrar, con su docilidad y asentimiento absoluto a todas las observaciones y reflexiones del Almirante, hasta el recuerdo de la momentánea borrasca que acababa de pasar.

Ella no sabía sentir a medias, ni fríamente; y como sucede a todos los caracteres apasionados e impresionables, los puntos de vista del asunto que la preocupaba habían cambiado para ella radicalmente, desde que el severo razonamiento del Almirante había sofrenado los ímpetus de su generosidad. Entregada a la abnegación de la amistad, incapaz de cálculo como de egoísmo, la Virreina se había olvidado de sí, por pensar demasiado en la aflicción de su amiga. Don Diego Colón, procediendo fundamente como hombre celoso de su honra y del buen orden de su casa, evocó rudamente los respetos personales de que no había hecho cuenta su inexperta esposa, y convencida ésta de la razón y justicia con que era censurada su inadvertencia, su principal deseo fue ya expiarla a costa de cualquier sacrificio.

—¿Qué debo hacer, querido esposo, para enmendar mi disparate? —decía con cariñosa insistencia a Don Diego.

—Déjame reflexionar un poco —respondió el Almirante—. Yo, como tú, desearía encaminar las cosas de esa pobre María de Cuéllar por el sendero de sus más cumplida satisfacción y felicidad; pero poner en juego para conseguirlo la dignidad de tu nombre y tu persona; eso no. en semejante alternativa, primero tu que nadie; y que Dios ayude a la prometida de Velázquez, si nosotros no podemos ayudarla.

—Pero ¿crees tu que no podamos hacer nada por la pobrecita? ¡Ay, Diego! Si a mí me hubiera querido casar con otro que no fueras tu...

—Acaso habría accedido a ello sin pena, María. Siempre le queda a uno esa mortificación en el pensamiento, cuando las relaciones amorosas se entablan previo el paterno permiso.

—¡Ingrato! ¿A qué viene eso ahora? Bien sabes que mi corazón no ha conocido otro amor que el tuyo.

El Almirante besó riendo la frente casta y serena de su esposa, por toda contestación.

—¿Qué sera de la pobre María de Cuéllar, Diego, si la abandonamos a su suerte? No olvides este punto —volvió a decir la Virreina.

—Haremos por ella lo que se pueda —contestó el Almirante—. En primer lugar, es indispensable que Diego Velázquez nos devuelva el papel escrito de tu mano que tiene en su poder; y de eso me encargo yo. Después, es necesario ganar tiempo, para ver de conseguir que el matrimonio no llegue a realizarse, sin que Velázquez pueda quejarse de desaire o negativa. Es un hombre cuya amistad necesito conservar a todo trance: el poder tiene esa clase de exigencias; y no es la menos punzante de sus espinas esta obligación de fingir afectos y encubrir sentimientos, a que se ve constreñido un hombre franco y leal, constituido en autoridad pública. Conformémonos por ahora con que el matrimonio se fije a un año de plazo; lo que no creo que Velázquez repugne, si su misma prometida novia le escribe en este sentido, dejándole creer que no hallará otros obstáculos a sus aspiraciones. Esta es la parte que a ti te corresponde; es decir: hacer que tu joven amiga escriba de su mano esas cuatro líneas que me traerás sin tardanza. El tiempo urge; la noche está cercana y tengo que adoptar otras disposiciones. Hasta luego.

Y el Almirante volvió a imprimir otro beso en la tersa frente de María de Toledo, que se retiró pensando en la mejor forma de cumplir el encargo de su esposo, a quién quería dejar completamente satisfecho.

FIN